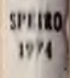
Marcel Clément

El Comunismo frente a Dios

MARX MAO y MARCUSE

speiro 1974



DATOS Y NOTAS ACERCA DEL CAMBIO DE ESTRUCTURAS.—Por *Juan Vallet de Goytisolo.*

DE LA JUSTICIA SOCIAL.—Por *Jean Madiran.*

NEOMARXISMO Y LIBERTAD.—Por *José Antonio G. de Cortázar y Sargaminaga.*

BALMES, ¿QUÉ DIRÍA HOY?—Por *Juan Roig y Gironella,* S. I.

LA OBJECIÓN DE CONCIENCIA (Su problemática ante la Moral y el Derecho).—Por *Gonzalo Muñiz Vega.*

LOS OBJETORES DE CONCIENCIA, ¿DELINCUENTES O MARTIRES?—Por *Gonzalo Muñoz Vega.*

ESTUDIO CRÍTICO SOBRE EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO Y RELIGIOSO DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN.—Por *Dom Georges Frénaud,* O. S. B.

EL FENÓMENO HUMANO DEL P. TEILHARD DE CHARDIN.—Por *M. L. Guérard des Lauriers,* O P.

LA ADVERTENCIA DEL SANTO OFICIO SOBRE LAS OBRAS DEL P. TEILHARD DE CHARDIN: REFLEXIONES SOBRE EL TEILHARDISMO.—Por *Louis Jugnet.*

TEILHARD Y LOS NO CREYENTES.—Por *Louis Jugnet*

EL MITO DEL PUNTO OMEGA DEL P. TEILHARD DE CHARDIN.—Por *José Antonio G. de Cortázar y Sagarminaga.*

MARITAIN Y TEILHARD DE CHARDIN.—Por *Rafael Gambra.*

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA.—Por *Jean Madiran, Marcel Clément, Raoul Pignat, Jean Ousset* y *Gabriel de Armas.*

EL SENTIDO RELIGIOSO EN LA HISTORIA DE ESPAÑA.—Por *Gabriel de Armas.*

CARACTERES DEL TOTALITARISMO MODERNO.—Por *Jean Madiran.*

AUTORIDAD Y TOTALITARISMO.—Por *Gabriel de Armas.*

CULTURA Y REVOLUCIÓN.—Por *Marcel Clément, Louis Daujarques, Gustave Thibon,* y *Jean Ousset.*

LAS "SOCIETES DE PENSEE" Y LA POLITICA DE LOS FRANCMASONES.

LAS MATEMÁTICAS Y LA REALIDAD.—Por *Julio Garrido.*

SOBRE LA *HUMANAE VITAE.*—SU ALCANCE Y SU OBLIGACIÓN.—Por *Bernardo Monsegú,* C. P.

EL PROCESO LEGAL CONTRA LA FAMILIA.—Por *Michel de Penfentenyo*

EL CAMPESINADO.—Por *Hélion de Beaulieu,* con prólogo de *Juan Vallet de Goytisolo.*

AGRICULTURA, SOCIALISMO Y SOCIALIZACIÓN.—Por *Francisco de Gomis Casas.*

PODER Y PROPIEDAD EN LA EMPRESA.—Por *Louis Salleron.*

EMPRESA Y PROPIEDAD EN LA *GAUDIUM ET SPES.*—Por *Louis Salleron.*

LA TECNOCRACIA Y LAS LIBERTADES. I parte, por el *Club Jean-Louis Richard.* II parte, por *Louis-Marie Ferrier* e *Yves Le Penquer.*

HABLEMOS DEL SOCIALISMO.—Por *Vladimiro Lamsdorff-Galagane.*

EL SOCIALISMO, RUINA O CHAFALLO.—Por *Michel de Penfentenyo.*

EL SOCIALISMO CONTRA EL PROGRESO.—Por *Jean de Saint-Chamas.*

EL MUNICIPIO EN LA ORGANIZACIÓN JURÍDICA.—Por *Francisco Puy Muñoz.*

COLEGIOS PROFESIONALES-ESTADO-SUBVERSION.—Por *Germán A. de Sotomayor* y *José Antonio Camón.*

ESTAMPAS DE CHILE.—Por *Juan Vallet de Goytisolo, Francisco Elías de Tejada, Gonzalo Ibáñez Santamaría, Carlos Francisco Cáceres C., Juan Antonio Widow* y *A. R. G.*

PUBLICACIONES ESPECIALMENTE RECOMENDADAS

ASOCIACIÓN CORDOBESA DE DERECHO AGRARIO — Cruz Conde, 17. Córdoba.

VIDA CAMPESINA Y PROGRESO EN EL MUNDO MODERNO.—Por *Alain Thoranches* y *Pierre Bevillard.*

SOCIALISMO Y PROPIEDAD RURAL.—Por *Antonio de Castro Mayer, Geraldo de Proença Sigaud, Plinio Correa de Oliveira* y *Louis Mendonça de Freitas.*

EURAMÉRICA — Madrid.

EL AMOR HUMANO.—Por *Jean Marie Vaissière.*

TAURUS, EDICIONES.

SOCIEDAD DE MASAS Y DERECHO.—Por *Juan Vallet de Goytisolo.*

ED. ESCELICER.

EL RETO: LO QUE PONE EN JUEGO LA SUBVERSIÓN.—Por *Eduardo Coloma.*

EL COMUNISMO FRENTE A DIOS

DEL MISMO AUTOR

EN FRANCÉS

Le sens de l'histoire (N.E.L.)
La joie d'aimer: essai sur le mariage (N.E.L.)
La femme et sa vocation (N.E.L.)
Le chef d'entreprise (N.E.L.)
La corporation professionnelle (N.E.L.)
Enquête sur le nationalisme (N.E.L.)
France pays de mission ou de démission (Ipso)
Le communisme face à Dieu: Marx, Mao, Marcuse (N.E.L.)
Catéchisme des sciences sociales (N.E.L.)
Le travail: dialogue avec le capital (L.A.P.)
Lettre au Général de Gaulle (D.M.M.)
Le socialisme: dialogue avec G. Montaron (Beauchesne)
Le Crist et la Revolution (L'Escalade)

OBRAS AGOTADAS

Evaluation des dommages subis par la France et l'Union indochinoise. Institut de conjoncture, 1947.
Salaire et rendement, P.U.F., 1947.
Exploitation de la main-d'oeuvre française par l'Allemagne, 1948.
Esquisses pour l'homme, 1948.
Les Encycliques sont-elles applicables?, 1949.
Le Grand Retour, 1950.
Introduction à la doctrine sociale de l'Eglise, 1951.
L'Economie sociale selon Pie XII (2 tomes), 1953.
Scènes de la vie sociale, 1955.
Education familiale du jeune homme, 1960.
Traité de formation sociale, 1961.

EN CASTELLANO

Cristo y La Revolución (Unión Editorial, 1972).
Las tres Revoluciones (en "Cultura y Revolución", Speiro, 1970).
La educación: principios fundamentales (en "La Educación de los hombres", Speiro, 1974).

MARCEL CLÉMENT

EL COMUNISMO FRENTE A DIOS

MARX - MAO - MARCUSE

SPEIRO, S. A.
1 9 7 4

I. S. B. N. 84-7344-072-2

Depósito legal: M - 24444 - 1974

Imprenta Aguirre - Gral. Alvarez de Castro, 38

MARX es el profeta
MARCUSE, su intérprete
MAO, su espada.

(Un slogan «estudiantil».)

PROLOGO

Despojado del fárrago intelectual, de los problemas secundarios y de las minucias de las investigaciones eruditas, de las cuales sólo hemos retenido lo esencial, el comunismo aparece destacado en relieve. A través de las páginas que siguen, hemos intentado delinear el conjunto de dicho relieve.

Es hoy un deber para todos aquellos que tienen conciencia de los valores que están en juego en la agresión espiritual, a la cual se entrega el comunismo. CONOCER su realidad y sus métodos —conocer y utilizar las armas espirituales de que disponemos para cerrarle las puertas de la historia—.

Ahora bien, la única manera realista de hacerle conocer por todos aquellos que no son especialistas en la materia, consiste en presentar una síntesis del comunismo de manera rigurosamente objetiva, pero, por decirlo así, en perspectiva. Eso es lo que hemos intentado.

Inmediatamente después de los acontecimientos que pusieron de manifiesto la inadaptación social de una parte de la juventud francesa, su "contestación global" de la sociedad de consumo, y su deseo de participación, la exposición de las grandes líneas de la política cristiana puede hallar todo su valor —y todo su realismo— frente a la estrategia del ateísmo militante.

M. C.

EL COMUNISMO ES LA PAZ

¡El comunismo es la paz! A pesar de la invasión de Budapest en 1956 y de Praga en 1968, éste es el tema constante de la propaganda soviética. Pero, ¿de qué paz se trata? Lenin nos lo señaló:

«El socialismo se opone a la violencia ejercida contra las naciones, e, incluso, a la violencia en general... Sin embargo, hasta ahora, nadie ha deducido por ello que el socialismo se oponga a la violencia revolucionaria... El mismo razonamiento se aplica a la violencia contra las naciones. Esto no impide que los socialistas se muestren partidarios de la guerra revolucionaria.»

Lo que significa que hay que oponerse a la guerra entre las naciones, pero para sustituirla, en el mundo entero, por la guerra de clases, por la guerra revolucionaria. El Papa Pío XI ya lo había explicado, en 1937, en la encíclica *Divini Redemptoris*:

«Viendo el deseo de paz que tienen todos los hombres, los jefes del comunismo aparentan ser los más celosos defensores y propagandistas del movimiento por la paz mundial; pero, al mismo tiempo, por una parte, excitan a los pueblos a la lucha civil para suprimir las clases sociales, lucha que hace correr ríos de sangre, y, por otra parte, sintiendo que su paz interna carece de garantías sólidas, recurren a un acopio ilimitado de armamento.» (N.º 59.)

Meditemos estos dos textos. Sin duda son proféticos. Pero, sobre todo, deben hacernos comprender que los acontecimientos políticos actuales no pueden ser juzgados adecuadamente, MÁS QUE POR AQUELLOS QUE SE HAN TOMADO EL TRABAJO DE ESTUDIAR seriamente al comunismo.

¿Quieren emprender este estudio? Las siguientes páginas han sido escritas para hacerlo posible. En efecto, partiendo de los escritos de los jefes comunistas, aprovechando la lección de los acontecimientos ocurridos desde 1917, y a la luz de las enseñanzas pontificias, especialmente de las del Papa Pío XI en su encíclica *Divini Redemptoris Promissio*, y de las de los discursos posteriores de Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, se puede llegar a adquirir un conocimiento, no minucioso, pero sí profundo del comunismo. Pero para llegar a esto, necesariamente hay que recorrer tres etapas.

Primera etapa: EL MARXISMO. En el fondo de todo lo que

hoy sucede hay una filosofía: la filosofía de Karl Marx. Es una filosofía materialista y es necesario conocerla si queremos saber cuáles son los motivos profundos que mueven a los jefes comunistas.

Segunda etapa: EL LENINISMO. Marx fue un profeta. Anunció que el comunismo era inevitable... Pero durante toda su vida no estableció las bases de un movimiento realmente revolucionario. Fue Lenin, único jefe de la revolución comunista en Rusia desde 1917, quien llevó a cabo un plan prodigioso para la conquista del mundo y comenzó a ponerlo en obra. La táctica y la estrategia de esta conquista mundial constituyen el leninismo.

Tercera etapa: EL MAOISMO. La técnica de la conquista del mundo, según el marxismo-leninismo, se ha «perfeccionado» bajo la influencia de Stalin y, sobre todo, de Mao-Tsé-Tung. La técnica empleada por este último para conquistar China, ha sido repetida en muchas partes del mundo: Indochina, Grecia, Cuba, Argelia, Hispanoamérica... Esta técnica de la guerra revolucionaria constituye, actualmente, la forma más extendida del marxismo-leninismo. La rivalidad de Moscú y Pekín ha contribuido a darle el trágico semblante de la revolución cultural.

Estudiaremos, pues, sucesivamente, estas tres realidades de nuestra época, no sin antes hacer la siguiente observación:

Prácticamente, en menos de quince años, dieciocho países han caído bajo la dominación comunista: la sovietización de Polonia, Alemania Oriental, Hungría, Checoslovaquia y Rumanía, precedió a la expansión en Asia Oriental: Corea del Norte, norte de Indochina... En numerosos países, especialmente de Africa y, sobre todo, de América del Sur, se prepara una evolución similar.

Esto no tiene nada de fatal. PERO LLEGARA A SERLO, si nos limitamos a ser los espectadores aterrados de una conquista, cuyos métodos nos sorprenden, porque son NUEVOS.

La resistencia al comunismo es posible. Es, primeramente, una lucha espiritual, pero no únicamente, porque es también una resistencia en el orden temporal a las técnicas de la guerra psicológica. Para llegar a ser capaces de oponer eficazmente esta resistencia es necesario estudiar.

«*Son muy pocos* —deploraba Pío XI en *Divini Redemptoris*— *los que han podido penetrar la verdadera naturaleza y los fines reales del comunismo.*» (N.º 15.)

Por consiguiente: ¡trabajemos!

PRIMERA PARTE

¿QUE ES EL MARXISMO?

Karl Marx nació en 1818, en Tréveris, en la Prusia renana. En 1837, a los diecinueve años, se matriculó en la Universidad de Berlín, primero en Derecho, emprendiendo después los estudios de Filosofía. Su tesis para el doctorado versó sobre Demócrito y Epicuro, los grandes materialistas de la antigüedad. Bajo la influencia de Feuerbach, pronto se hizo también materialista.

Contrajo matrimonio con una joven de la aristocracia de Tréveris, Jennie von Westphalen, el 23 de junio de 1843. A fines de este año se marchó a París, de donde fue expulsado dos años después por revolucionario. Durante los años siguientes fue expulsado también de Bélgica, de Alemania y, nuevamente, de Francia. A fines de 1849, se estableció en Londres, donde permaneció hasta el fin de sus días, en 1883.

El pensamiento de Karl Marx es una síntesis de tres principales corrientes intelectuales:

a) *La filosofía alemana.* Dos grandes filósofos alemanes ejercieron gran influencia sobre Karl Marx. Fueron ellos Hegel, del cual Marx tomó la idea del evolucionismo dialéctico —más adelante veremos el sentido de estas palabras—, y Feuerbach, de quien tomó el materialismo.

b) *El socialismo francés.* Durante su viaje a París, Karl Marx tuvo ocasión de encontrarse con los principales socialistas de la época. Aunque se opuso a ellos, no por eso fue menos incitado a reflexionar sobre su pensamiento.

c) *La economía política inglesa.* Fue a través de su amigo y fiel discípulo Federico Engels, como Karl Marx se inició en la economía política, tal como se había formulado en Inglaterra desde los tiempos de Adam Smith. La teoría marxista será, esencialmente, una crítica de dicha economía política, sin que por eso deje de tomarla como base.

Vemos así que la obra de Karl Marx aparece como un esfuerzo de síntesis entre las tres grandes corrientes del pensamiento antirreligioso de su época: la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa. Aunque estas tres corrientes tratan de distintas materias y tienen diferentes perspectivas, no por eso deja de ser común su punto de partida: todas ellas ignoran o desprecian a Dios,

su Providencia y su Ley. Karl Marx, dotado de espíritu de síntesis, evidentemente no recibió este don de Dios para poner una ilusoria unidad entre estos errores con objeto de hacerlos aparentemente coherentes entre sí, y mucho más nefastos aún... Sin embargo fue en esto en lo que trabajó toda su vida.

Para exponer el pensamiento de Karl Marx, estudiaremos sucesivamente:

1. Su filosofía: el materialismo dialéctico.
2. Su sociología: el materialismo histórico.
3. Su economía: el materialismo económico.

CAPÍTULO PRIMERO

La filosofía marxista:

EL MATERIALISMO DIALECTICO

La filosofía de Karl Marx es un materialismo dialéctico. Para comprender correctamente lo que esto significa, estudiemos el sentido de estas dos palabras, cuidadosa y sucesivamente.

1. ¿QUE ES EL MATERIALISMO?

Karl Marx no inventó el materialismo. Ya entre los antiguos griegos y latinos algunos pensadores habían afirmado esta filosofía. Epicuro, Demócrito y Lucrecio fueron los primeros materialistas. ¿Qué es lo que esto significa?

El gran problema del hombre, SU MAYOR PROBLEMA, consiste en saber

— De dónde viene, y

— A dónde va...

En otras palabras, el gran problema del hombre consiste en saber cuál es su CAUSA.

Hay dos grandes respuestas a este interrogante. O bien, todo lo que existe ha sido pensado y concebido por un espíritu creador y ordenador, y, en consecuencia, la causa del hombre y del mundo es Dios.

O bien, todo lo que existe no tiene otra causa que la materia, y hasta el mismo espíritu HA NACIDO de la materia. El materialismo no niega la existencia del espíritu, pero niega que la realidad espiritual sea otra cosa que un aspecto o un producto de la materia misma. De aquí que el espíritu humano no sobreviva al cuerpo que lo segrega. Por lo tanto, a los ojos de los materialistas, lo que llamamos alma no es inmortal. Producto de la materia, el espíritu desaparece y se aniquila cuando la materia se descompone.

Karl Marx se opone sin esfuerzo al materialismo de la Antigüedad, y trata a sus fundadores de «materialistas groseros». En particular, les reprocha que hubiesen considerado a la materia como compuesta de átomos inertes, y que hubie-

sen imaginado la constitución del mundo en forma demasiado mecánica. Afirma que, para él,

la materia es autodinámica.

Sabemos hoy, desde el descubrimiento de la energía atómica, que la materia contiene, en efecto, en su constitución íntima, un formidable potencial de energía. ¿Presentía Karl Marx esta realidad? Sea como sea, es un hecho que aseguró que la materia es al mismo tiempo movimiento, y que, por eso, por sí misma se mueve, se desarrolla, evoluciona y se transforma.

De acuerdo con el claro resumen de Pío XI, los comunistas *«enseñan que sólo existe una realidad, la materia, con sus fuerzas ciegas, la cual por evolución llega a ser planta, animal, hombre. La sociedad humana, por su parte, no es más que una apariencia y una forma de la materia, que evoluciona del modo dicho y que por ineluctable necesidad tiende, en un perpetuo conflicto de fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases. En esta doctrina, como es evidente, no queda lugar alguno para la idea de Dios, no existe diferencia entre el espíritu y la materia, ni entre el cuerpo y el alma; no existe una esperanza del alma posterior a la muerte, ni hay, por consiguiente, esperanza alguna en una vida futura.»* (N.º 9.)

El materialismo de Karl Marx es, por lo tanto, un materialismo evolucionista. No es la Providencia quien guía la historia de las naciones. Es el movimiento ciego que anima a la materia desde sus orígenes. A aquellos que les preguntan cuál es la causa de este movimiento que anima a la materia, los marxistas responden que él mismo es su propia causa, que basta comprobar que existe, y que el desarrollo de todo lo real tiene que ser explicado sólo por la evolución de la materia.

por consiguiente, el hombres es dios.

Karl Marx analizó muy profundamente la alternativa frente a la cual se encuentra el hombre:

— O bien el hombre tiene una causa externa y DEPENDE de ella.

— O bien el hombre es su propia causa y la humanidad entera no es más que la materia consciente haciéndose, por así decir, cargo de sí misma, y, en este caso,

el hombre es INDEPENDIENTE.

Hay que reconocer que muchos cristianos no tienen la lucidez de plantear el problema en términos tan claros. Creen en Dios, están seguros de que Dios es la causa de su

vida, y, también, de que Dios es su fin último. Y sin embargo, en múltiples ocasiones viven como si fuesen independientes de Dios, o como si sólo dependiesen de El en pequeña escala.

¿Quieren que leamos a Karl Marx?

«Un hombre sólo se considera independiente cuando es su propio amo, y sólo es su propio amo cuando es a sí mismo a quien debe su propia existencia. Un hombre que vive por gracia de otro se considera un ser dependiente. Pero vivo completamente por gracia de otro, cuando no solamente le debo el mantenimiento de mi vida, sino que, además, es ese otro quien ha creado mi vida, quien es la fuente de mi vida, y, si mi vida no es mi propia creación forzosamente tiene tal razón fuera de ella...»

Insistamos sobre este punto: Karl Marx, en el texto anterior, es muy lógico. Si hubiese aceptado creer en Dios, probablemente hubiese edificado todo a su alrededor... Ahora bien, prosigue:

«Pero como toda la supuesta historia del mundo NO ES NADA MAS QUE LA PRODUCCION DEL HOMBRE MEDIANTE EL TRABAJO HUMANO, y, por consiguiente, el devenir de la naturaleza para el hombre, tiene éste la prueba evidente, irrefutable, de su nacimiento de sí mismo, de su origen» (1).

Hagamos notar, desde ahora, que cuando Marx habla del *hombre,* no se refiere jamás a la persona humana considerada individualmente. Para él, el hombre es todo lo que es materia pensante, considerada indistintamente. Cuando afirma que la historia del mundo no es nada más que la producción del hombre mediante el trabajo, no quiere decir que sea cada individuo quien se crea por su propio trabajo. Quiere decir que todo lo que es materia pensante es producto de la actividad colectiva de la humanidad, sin que nada superior al hombre pueda existir o jugar papel alguno en el devenir del mundo.

Considerar que la materia es autodinámica, y que la historia del hombre no es nada más que la producción del hombre mediante el trabajo humano, no corresponde, es cierto, a la experiencia común de la humanidad. Por eso Marx lo deplora:

«La creación es una representación difícil de eliminar de la conciencia popular, pues esta conciencia no comprende que la naturaleza y el hombre existen por sí mismos, porque tal experiencia contradice los datos evidentes de la vida práctica» (2).

---

(1) KARL MARX: *Obras completas,* t. VI, pp. 38-40 (ed. fr.).
(2) *Idem,* p. 38.

Sin embargo, ésta es la tarea gigantesca en la cual se hallan empeñados los comunistas: eliminar la creación por Dios de la conciencia del hombre.

No obstante —e importa señalarlo desde ahora—, no debe creerse que el comunismo «forma» en primer lugar «materialistas». Tal método sería contrario a la pedagogía leninista. Sobre este extremo, deberemos leer las páginas definitivas de Jean Madiran:

«En la mayor parte de los casos, aquellos que, creyendo o deseando hablar del COMUNISMO, hablan del MARXISMO, no han comprendido nada de la realidad comunista.

«Porque no se trata de la penetración de una «doctrina», ni de la argumentación de una «filosofía»: no se trata de las realidades que habitualmente evocan los vocablos de «filosofía» y «doctrina». Seguramente, los comunistas profesan el marxismo, y, lógicamente, todo su comportamiento proviene del marxismo. Es seguro también que la difusión intelectual del marxismo favorece al comunismo. Pero lo esencial no está ahí...

»El comunismo, que es marxista, presenta esta particularidad capital: la colaboración que busca, que suscita y que organiza de muy buena gana, es la de auxiliares QUE NO SON MARXISTAS. Esa es la colaboración que favorece más eficazmente la realidad de su acción, y la que es esencial a su progreso. Se puede disparar sin cesar sobre el «marxismo» durante un siglo, sin estorbar demasiado ni al comunismo ni a su difusión, ni a aquellos que colaboran con él.» (*Itinéraires*, n.° 41, pp. 56 a 90.)

Para extender su dominio sobre el mundo, el comunismo no forma en *primer lugar materialistas*, ni busca en *primer lugar* adhesiones al marxismo. Por el contrario, regularmente progresa invitando a los no-comunistas a combatir al mismo enemigo, en el mismo momento y sin hablarles de doctrina.

Pero su objetivo permanece inalterable. Consiste en realizar una humanidad nueva: una humanidad conscientemente materialista. El ateísmo, con Marx, cambia de significado. No es ya una simple negación de Dios. Es la afirmación de la naturaleza y del hombre como realidad total, como devenir fundamental.

Para el militante y, sobre todo, para los que constituyen el «aparato» del Partido, el materialismo marxista constituye una actitud muy íntima del alma. Constituye un descubrimiento a hacer un buen día: el cielo está vacío... Todo es materia, el hombre no es nada más que materia, grasa, huesos, nada más... NADA. Un espantoso drama metafísico, les es impuesto así a los seres humanos, para conseguir arrancar de lo más íntimo de su alma el sello espiritual que Dios allí ha puesto.

Se trata, en cierta forma, de una especie de atroz cirugía espiritual. Los que son sometidos a ella salen mutilados, a veces para toda la vida. En adelante, Dios está muerto en su alma. Su inteligencia ha sido manipulada, y se han establecido circuitos de ideas, de tal manera, que, en lo sucesivo, la idea de que exista algo que no sea la materia les parece un absurdo.

Cuando la operación ha tenido un completo éxito y ha producido un «materialista consecuente», a éste los cristianos le parecen locos, retrasados y retrógrados. La oscuridad misma en la que se ha entenebrecido su inteligencia, se le aparece como una evidencia interior. La luz se ha hecho intolerable para su espíritu, le hace vociferar y le vuelve vengativo. Tanto él, como sus semejantes, no disimularán su odio a Dios y a la religión, más que cuando, por táctica, fingen tender la mano a los cristianos para mejor engañarlos.

Tocamos aquí un punto fundamental. El materialismo de Marx no es una idea, una representación pura y simple en la superficie de la inteligencia. Si se nos permite emplear este término: es una *espiritualidad.* Cuando el alma de los que así son formados se libera en cierta manera, queda separada lo más radicalmente posible del Todopoderoso y de su Ley, y llega a ser, en el pleno sentido de la palabra, capaz de todo. Matar, asesinar o engañar les llega a ser tan indiferente como dejar vivir o decir la verdad. Lo que los hombres normales llaman el bien o el mal, ya no son más que *medios* entre las manos de los que, a sí mismos, se llaman «materialistas consecuentes». Nosotros consideramos a la guerra como un mal y a la paz como un bien. Para los marxistas la guerra o la paz son simples medios. Para un materialista que llega hasta el fin, ya que Dios no existe, la misma paz es un arma de guerra.

2. ¿QUE ES LA DIALECTICA?

Marx elaboró así una filosofía materialista, e introdujo en ella una exigencia lógica que ningún ateo, antes que él, había llevado tan lejos. Pero este materialismo reviste un carácter aún más particular. Es un materialismo *dialéctico.*

Consideremos primero esta palabra. No es Marx quien la inventó. Existía bastante antes que él. En efecto, los filósofos de la antigua Grecia practicaban ya un método que llamaban dialéctico (la palabra viene del griego dialego).

El método dialéctico de Platón, por ejemplo, es aquel según el cual los hombres se esfuerzan en reflexionar mediante el intercambio de ideas y la mutua corrección de los errores que pueden cometerse. En una palabra, es el método del

diálogo. Cada uno expone su punto de vista, pone objeciones al punto de vista expuesto, y, cuando en ambas partes la lealtad del espíritu es total, las inteligencias progresan hacia la verdad.

Una de las caracterísicas de la dialéctica de los griegos consistía en discernir las contradicciones internas del pensamiento del interlocutor. Efectivamente, en todo error hay una contradicción, y, si uno llega a encontrarla, el argumento es irresistible.

3. ¿QUE ES LA DIALECTICA MARXISTA?

En la obra de Karl Marx la palabra dialéctica no tiene ya, en absoluto, el mismo sentido que en Platón o en Aristóteles. Designa también un método de pensamiento, pero ese método es sólo una aplicación del materialismo de Marx.

Decir que este materialismo es dialéctico, equivale a decir, no sólo que la materia es autodinámica, sino también que evoluciona bajo la influencia de una perpetua oposición de fuerzas.

Para penetrar profundamente el pensamiento marxista en este punto es necesario subrayar que, para Marx, lo que es dialéctico se opone a lo que es metafísico.

Desde el punto de vista marxista, la actitud metafísica es aquella que afirma la primacía del espíritu sobre la materia, y la que, por tanto, en última instancia, admite una creación del mundo. Hay un Creador y una creación. El Creador piensa de una vez para siempre, y las cosas se van realizando, a medida que se desarrollan en la naturaleza, en función de la idea del Creador y por su Omnipotencia.

Tenemos algunos ejemplos. En la concepción que Marx llama metafísica, Dios concibe eternamente el cielo y la tierra, los vegetales, los animales, el hombre y los ángeles. Cada género, cada especie, cada individuo, a través de su propio desarrollo, hace que alcance la existencia la concepción del Creador según un fin definitivamente fijado.

Esta concepción la parece a Marx «metafísica», porque, para él, la realidad simplemente física, simplemente natural, no es nada más que la materia en evolución. Puesto que no hay Creador, no hay un pensamiento preexistente que sirva de medio a cada especie, a cada género y cada individuo en la creación. Para Marx

sólo el cambio es real.

Como la materia en evolución no obedece a una ley transcendente, únicamente está sometida a las fuerzas inmanentes que en sí misma posee. Y dado que estas fuerzas no están

sometidas a ningún ordenador, ni están ordenadas, ni sometidas unas a otras con miras a un fin previamente definido. Por lo tanto, para ser consecuente, el materialismo necesita completarse con un evolucionismo dialéctico, es decir, con la afirmación de que la materia evoluciona en una sucesión initerrumpida de oposiciones y de contradicciones.

Stalin expresó esta idea de la siguiente manera:

«Los fenómenos de la naturaleza son eternamente movedizos y cambiantes, y el desarrollo de la naturaleza es el resultado del desarrollo de las contradicciones de la naturaleza, el resultado de la acción antagónica de las fuerzas de la naturaleza» (3).

Escuchemos ahora a Mao-Tsé-Tung, que ilustra la tesis dialéctica con un indudable poder imaginativo:

«Sin vida, no hay muerte; sin muerte, no hay vida. Sin alto, no hay bajo; sin bajo, no hay alto. Sin desgracia, no hay felicidad; sin felicidad, no hay desgracia. Sin fácil, no hay difícil; sin difícil, no hay fácil. Sin hacendado, no hay arrendatario; sin arrendatario, no hay hacendado. Sin burguesía, no hay proletariado; sin proletariado, no hay burguesía. Sin yugo nacional imperialista, no hay colonia y semi-colonia; sin colonia y semi-colonia , no hay yugo nacional imperialista. Así ocurre con todos los contrarios. En determinadas condiciones, por una parte se oponen mutuamente, y, por otra parte, están recíprocamente ligados, se interpenetran, se impregnan mutuamente, son interdependientes» (4).

Los marxistas generalmente resumen el método dialéctico en cuatro leyes, a las cuales llaman

las cuatro leyes dialécticas.

Para tener una visión marxista de la naturaleza y de la sociedad a todo lo largo de su desarrollo, hay que aplicarles las cuatro leyes siguientes:

1. *Ley de interdependencia.* No se debe considerar jamás a un fenómeno particular aisladamente. Es un error dejar a la botánica estudiar la flor y a la astronomía estudiar el sol. No existen por un lado las flores, por otro las nubes y la lluvia, y por un tercero el sol y su acción, etc..., hay un inmenso todo material en evolución, cuyas partes, sin excepción, deben de ser consideradas en sus inter-reacciones permanentes. Asimismo, cuando se trata de analizar a una sociedad humana, no se debe analizar cada clase o cada nación

(3) STALIN: *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, página 8. Ed. Sociales (fr.).

(4) MAO-TSÉ-TUNG: *Los cuadernos del comunismo*, p. 807, agosto 1952 (ed. fr.).

separadamente, sino, esencialmente, el movimiento de interdependencia que las une.

2. *Ley de evolución.* No debemos mirar nunca a la ciencia como una clasificación abstracta de géneros o de especies. La única ciencia consiste en el análisis del movimiento, en el análisis de la evolución. Sobre este punto Marx es muy preciso: «*Sólo conocemos una única ciencia: la ciencia de la Historia. La Historia, considerada por dos caras, puede dividirse en historia de la naturaleza y en historia del hombre. Sin embargo, estas dos partes son inseparables*» (5).

3. *Ley de contradicción.* Puesto que todo es interdependiente, que todo está en evolución, y que, por otra parte, no hay ordenador supremo, el movimiento interno de la materia en la naturaleza o en la sociedad, espontáneamente, sólo puede ser una sucesión de choques y de contradicciones. El movimiento inicial, al afirmarse como *tesis,* necesariamente, a causa de la interdependencia, perturba todo lo que le rodea. Así, pues, dicha tesis, inevitablemente, engendra la fuerza que se le resiste, a la que Marx, siguiendo a Hegel, denominó *antítesis.* Esta antítesis se opone a la tesis en un conflicto que, por sí mismo, engendra, en el curso de una nueva etapa, un nuevo estado de la materia en evolución: la *síntesis.* Así, si en la vida vegetal la tesis es la generación de las plantas, su corrupción será la antítesis. Pero esta corrupción puede servir para el desarrollo de una nueva planta, lo que constituye la síntesis. Al examinar lo que es el materialismo histórico, veremos cómo aplica Marx la ley de la contradicción a la historia de las sociedades humanas.

4. *Ley del salto cualitativo brusco.* Finalmente, Marx enseña que la naturaleza no sólo es materia en evolución, sino también que, a veces, esta evolución se ve acelerada por el paso brusco, por ejemplo, de una especie a otra. Así, la aparición de la conciencia en la serie animal, se habría operado, de acuerdo siempre con las afirmaciones marxistas, por un salto cualitativo brusco. La transición del mono al hombre tuvo lugar, sin duda, bajo la influencia de la lucha de los monos contra el medio hostil, y por el desarrollo de la conciencia que, dicha lucha, habría hecho brotar en ellos repentinamente...

Un texto de Engels.

Para finalizar este primer capítulo, consagrado a la exposición del materialismo dialéctico, leamos el siguiente texto de Engels que, no solamente resume lo esencial del pensa-

---

(5) KARL MARX: *La ideología alemana* (en Morceaux choisis, página 77).

miento marxista, sino que, además, le comunica, por así decir, la voluntad de profanar:

«*La gran idea fundamental es aquella, según la cual, el mundo no debe ser considerado como un complejo de cosas acabadas, sino un complejo de* procesos *en los que las cosas aparentemente estables, al igual que sus reflejos intelectuales en nuestro cerebro, las ideas, pasan por un cambio interrumpido de devenires y de decadencias, de donde, finalmente, y a pesar de todos los azares aparentes y de todas las momentáneas vueltas atrás, un desarrollo progresivo acaba por surgir a la luz del día. Esta gran idea fundamental, especialmente desde Hegel, ha penetrado tan profundamente en la conciencia común que, bajo esta forma general, no encuentra ya casi contradicción... Ante ella, no hay nada definitivo, absoluto y sagrado; muestra la caducidad de todas las cosas, y, para ella, nada hay más que el proceso ininterrumpido del devenir y de los transitorio, de la ascensión sin fin de lo inferior a lo superior, de la que, ella misma, sólo es el reflejo en el cerebro pensante*» (6).

Ante la dialéctica no hay nada definitivo, absoluto y sagrado. Reduce todas las cosas, incluso las más santas, a la evolución de un devenir, a la tensión de un conflicto. La práctica habitual de este método hace a la inteligencia incapaz, por así decir, de comprender al mundo, a la sociedad y a la historia, de otro modo que como un sistema evolutivo de fuerzas en conflicto. Todo análisis científico que no ponga de relieve un conflicto será considerado metafísico, despreciable y sin valor. Así, al alma ya separada de Dios por la «espiritualidad» materialista la dialéctica le aporta un nuevo elemento de torsión: en adelante se complacerá en disfrutar del análisis de los conflictos, en sistematizarlos, en hacer su teoría...

El Creador del mundo es Dios. Y, como nos dice S. Juan, Dios es amor. Según Karl Marx, el principio creador del mundo es la materia en evolución. Y la esencia de la materia es el conflicto, la repulsa del otro, el Odio.

Entonces resuenan gravemente las palabras del Papa Pío XI, cuando, dirigiéndose a los Obispos en la Encíclica *Divina Redemptoris,* les dice:

«*Procurad, venerables hermanos, con sumo cuidado que los fieles no se dejen engañar. EL COMUNISMO ES INTRINSECAMENTE MALO, y no se puede admitir que colaboren con el comunismo en terreno alguno los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana.*» (N.° 60.)

---

(6) ENGELS: *Ludwig Feuerbach,* p. 81 (ed. fr.).

CAPÍTULO II

La sociología marxista:

EL MATERIALISMO HISTORICO

La sociología de Karl Marx es el resultado de la aplicación a la historia del materialismo dialéctico que acabamos de estudiar. Se trata, para Marx, de relatar la historia de la humanidad desde los orígenes hasta nuestros días, mostrando, por un lado, que el desarrollo de la humanidad sólo es una parte del desarrollo de la naturaleza material, y, por otro, que la evolución social no ha sido jamás otra cosa que una sucesión de conflictos generadores de progreso.

1. DEFINICION DEL HOMBRE

El pensamiento más profundo de Karl Marx es su odio a la idea de creación. La causa de todo lo que existe no se halla fuera del mundo, sino que es el mismo mundo, la materia dinámica en evolución. Marx interpreta también la vida animal como una etapa de la naturaleza en su esfuerzo por crearse a sí misma. Para Marx, los órganos de los animales son una «tecnología natural». No tienen otro sentido que el de PRODUCIR las condiciones MATERIALES de la vida. Sobre este punto, Karl Marx es muy preciso:

«Darwin atrajo la atención sobre la historia de la tecnología natural, es decir, sobre la formación de los órganos vegetales y animales CONSIDERADOS COMO INSTRUMENTOS DE PRODUCCION para la vida de las plantas y de los animales» (1).

Así la naturaleza se produce a sí misma. Es necesario comprender profundamente lo que esta presentación tiene de esencialmente atea.

El Creador hizo al mundo para el hombre, al hombre para Cristo, y Cristo es para Dios. O sea, que todo lo que existe en la naturaleza, directa e indirectamente, se hizo con miras a un fin. Los ojos están hechos para ver, los pulmones para respirar, los dientes para masticar, los oídos para oír... Así,

(1) K. MARX: *El Capital* (Morc. Ch., p. 105).

el organismo de los animales y vegetales ha sido concebido por Dios con miras a un fin.

Karl Marx invierte esta evidencia. No es el Creador quien ha hecho los órganos de los seres vivos para permitirles alcanzar los fines a que son destinados. *Son los géneros de los seres vivos, quienes, por sí mismos, constituyen la expresión de la actividad creadora de la materia en evolución.* Los órganos no ponen de manifiesto el plan de una inteligencia creadora. Constituyen nada más que el proceso de autofabricación de la materia viviente. Esta fabrica por sí misma lo que necesita para crearse: la tecnología natural de los órganos vegetales y animales.

Marx prepara así la demostración ulterior, según la cual va a definir al hombre como la etapa de la materia que se ha hecho capaz de producirse a sí misma consciente y voluntariamente.

«*El uso y fabricación de instrumentos de trabajo, aunque en germen ya en las especies animales, caracteriza el proceso específicamente humano y, por ello, Franklin pudo definir al hombre como «a tool making animal», un animal que fabrica herramientas*» (2).

Aquí tenemos, pues, la definición marxista del hombre:

UN ANIMAL QUE FABRICA HERRAMIENTAS.

Advirtamos claramente que ésta no es una definición de la *naturaleza humana...*, porque si hubiese una naturaleza humana habría un Creador. Es una definición de lo que, en el espíritu de Marx, reemplaza a la naturaleza: el «proceso» humano. Lo que caracteriza a la materia que se ha hecho capaz de pensar, no es el hecho de que piense, sino el que llegue a ser capaz de equiparse a sí misma para producirse más perfectamente.

Los antiguos paganos definían al hombre como un animal racional. Los teólogos prefieren definirlo como un espíritu encarnado. En ambos casos, el hombre aparece como una persona compuesta de un cuerpo físico y de un alma espiritual e inmortal. Por el contrario, Karl Marx ya no ve en la inteligencia razonable del hombre el fundamento de una eminente dignidad, sino solamente una capacidad superior de la materia en su esfuerzo para crearse a sí misma.

2. EL PRIMER HECHO HISTORICO

Así, el primer hecho histórico, no es la creación por Dios de la pareja original como nos enseña el Génesis; sino la

(2) *Idem* (Morc. Ch., p. 104).

capacidad fortuita de la materia en evolución para crearse a sí misma como resultado de la posibilidad humana de fabricar herramientas.

«*El primer hecho histórico* —escribe Marx— *es, por lo tanto, la producción de medios para satisfacer necesidades, la producción de la vida material; y, verdaderamente, esto es tanto un hecho histórico, como una condición fundamental que, al igual que hace miles de años, deberá de cumplirse hoy, en cada hora del día, para que, sencillamente, los hombres puedan seguir viviendo*» (3).

De donde resulta que la historia entera no será principalmente la historia de los actos humanos sociales, sino la historia del desarrollo de las condiciones materiales de la producción. El mismo amor conyugal no tiene más significado que el de representar un caso especial de la autoproducción de la humanidad por sí misma: «*Los hombres, que diariamente renuevan su propia vida, comienzan a hacer a otros hombres, a reproducirse*: *éstas son las relaciones entre hombre y mujer...*» (4). Así, la familia, al igual que la persona, no corresponde a un orden natural. Es un aspecto del proceso social. Las relaciones de «reproducción» constituyen solamente un caso particular de las relaciones sociales de «producción».

En cuanto al Trabajo, muy lógicamente ocupa en la concepción marxista el mismo lugar central que, en la realidad cristiana, ocupa el Amor. Dios creó al hombre por amor, y por amor el hombre vuelve a El que es su principio y su fin. Para el materialismo histórico, la humanidad se crea a sí misma mediante el trabajo, y el trabajo constituye el acto propio del hombre, el acto por el cual la humanidad al producirse ella misma se deifica, debiendo únicamente su creación y su salvación a sí sola.

3. EL MOVIL DIALECTICO DE LA EVOLUCION

Puesto que el hombre es un animal que fabrica herramientas, un problema práctico se plantea desde que éstas se encuentran fabricadas. Dichas herrramientas, ¿van a pertenecer a personas individuales, o al grupo social?

Van a pertenecer a personas o a grupos privados, y esta propiedad privada, sostiene Marx, hace entrar en la Historia la contradicción que será el móvil de la evolución humana durante siglos: «*La ley de la propiedad privada que reposa sobre la producción y circulación de mercancías, por su dia-*

---

(3) K. MARX: *La ideología alemana* (Morc. Ch., p. 103).
(4) *Idem* (Morc. Ch., pp. 76-79).

léctica propia, interna e inevitable, se transforma directamente en su contrario» (5).

La clase propietaria produce necesariamente la clase revolucionaria, pues toda propiedad de los bienes de producción provoca forzosamente, según Karl Marx, la explotación de aquellos cuyo único recurso es su trabajo inmediato:

«En el mismo instante en que se inicia la civilización, la producción comienza a fundarse en el antagonismo de los órdenes, estados y clases, esto es, en el antagonismo entre el TRABAJO ACUMULADO y el TRABAJO INMEDIATO. Sin antagonismo no hay progreso. Esta es la ley que la civilización ha seguido hasta nuestros días. Hasta ahora las fuerzas productivas se han desarrollado gracias a este régimen de antagonismo de clases» (6).

Tenemos ahora todos los elementos útiles para comprender la teoría marxista del materialismo histórico. En primer lugar, Marx admite que a los hombres que poseen medios de producción les es imposible servirse de ellos de manera conforme a la razón, o sea, en provecho ordenado de la comunidad entera. El hombre es un animal que fabrica herramientas, pero, al igual que los animales, esencialmente está entregado a la concupiscencia del instinto. Si posee medios de producción, necesariamente los usará para explotar a los que no los poseen, y estos últimos se rebelarán contra los primeros. Y así es como, desde los orígenes de la humanidad, la propiedad privada de los medios de producción constituye el móvil dialéctico de la evolución social.

4. UNA CONCEPCION ANTITRINITARIA

Es necesario meditar sobre lo que tiene de perversa esta concepción marxista del progreso social.

Volvamos a considerar su tema fundamental. El progreso de la economía está asegurado por la clase explotadora, que, en su provecho, aumenta y perfecciona la capacidad de producción. Para ello, dicha clase explotadora contrata y alimenta a aquellos que no tienen más recurso que el trabajo inmediato, a los cuales, simultáneamente alimenta y explota, al acaparar para sí sola el producto de su trabajo. Así, la clase explotadora —la tesis— ENGENDRA la clase explotada, puesto que la hace vivir, y, al mismo tiempo, LA DESTRUYE, puesto que la explota.

Después de cierto tiempo, la clase explotada toma conciencia de su destino y de la fuerza que representa, y entra

---

(5) K. Marx: *El Capital* (Morc. Ch., p. 148).
(6) K. Marx: *Miseria de la filosofía* (Morc. Ch., p. 140).

en conflicto violento con la clase explotadora. Se rebela, y juega así el papel de antítesis, de principio de oposición que se vuelve contra la tesis. Marx expresa así este proceso: «*En una cierta etapa de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o con lo que sólo es su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad, en el interior de las cuales se había movido hasta este momento... Entonces se abre una era de revolución social*» (7).

De la oposición violenta de las dos clases, de la lucha de clases, resulta una nueva organización de las fuerzas de producción, «síntesis» del conflicto precedente, que, ulteriormente, se presentará para proporcionar así la tesis de la evolución futura.

Apartemos nuestras miradas de esta manera de escribir la historia, cambiemos de repente y por completo de propósito, y, pidiendo a Dios que eleve nuestros espíritus, esforcémonos por evocar uno de los misterios que Cristo nos ha revelado: el Misterio de la Trinidad. En efecto, solamente en la perspectiva de este misterio puede uno presentir la espantosa malicia del pensamiento marxista.

En la Trinidad vemos al Padre, fuente del amor increado, que se conoce totalmente a sí mismo, y que, conociéndose totalmente, se expresa totalmente, se manifiesta totalmente.

Nosotros, los hombres, nos conocemos mal... De nuestro pasado sólo sabemos los hitos más notables. Del porvenir lo ignoramos todo... Y, sin embargo, pronunciamos palabras. Narramos nuestros recuerdos, formulamos nuestros proyectos... Y muy a menudo nuestras palabras son sólo un soplo rápidamente disipado.

En la Trinidad, el Padre se conoce totalmente y se expresa totalmente. Y su Palabra es única como El, pues es simple. Su Palabra es viviente como El. Su Palabra es personal como El. La expresa y la formula eternamente. La engendra eternamente, Y esta Palabra, este Verbo eterno, es el Hijo, la segunda Persona de la Trinidad.

El Hijo es eternamente acción de gracias hacia el Padre. Cuando aquí abajo un niño recibe algún regalo que le colma de alegría, se precipita en los brazos del padre o de la madre para agradecérselo de todo corazón. En la Trinidad, el Hijo es eternamente impulso de gratitud y de amor hacia el Padre. Igual que hay don total del Padre al Hijo en la generación eterna del Verbo, hay también don total del Hijo al Padre en el retorno de amor, en la acción de gracias de la Sabiduría eterna hacia su fuente sublime. Y estos dos movimien-

---

(7) K. MARX: *Contribución a la crítica de la economía política*, p. 4. Ed. Giard (fr.).

tos, el don del Padre al Hijo y el don del Hijo al Padre, eternamente se encuentran, eternamente se unen. Este doble don engendra el Cambio deslumbrador del Amor increado. El amor del Padre por el Hijo, y el amor del Hijo por el Padre, engendran eternamente la persona viviente que expresa su unión y, como dicen los teólogos, la espiración de su amor. Es ésta el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, de la que el mismo Jesús nos ha dicho que es el Espíritu de consolación, el Espíritu de gozo.

Porque el Padre es el amor dado. El Hijo es el amor recibido. El Espíritu Santo es el amor intercambiado, y, en consecuencia, el Espíritu de consolación y de gozo, puesto que todos tenemos la experiencia de que la alegría del amor es la alegría del intercambio.

Esta vida trinitaria se nos comunica en toda su verdad con el bautismo, y deberá crecer en nosotros para enseñarnos a renunciar y a darnos, con el fin de que entre los miembros del Cuerpo Místico, en la familia, en la ciudad, en la patria, en la familia de las naciones, el espíritu de amor del Paráclito, animen todas las relaciones sociales y permitan a la cristiandad dar testimonio.

Ahora, conservando en nuestro espíritu esta luz celestial, volvamos de nuevo nuestras miradas hacia las desdichadas concepciones teóricas de Marx. Este afirma que la evolución dialéctica de las clases es condición necesaria para el progreso.

Pero, ¿qué es la clase-tesis? ¿Qué es esa clase que engendra su antítesis y que constituye otros hombres dándoles la vida y, POR ESTE MISMO HECHO, los explota? ¿Acaso no es la odiosa, la abominable, la espantosa caricatura de la paternidad? El padre, en lugar de darse para engendrar, aparece como una especie de monstruo que devora necesariamente a aquellos mismos a quienes transmite la vida. La clase-tesis es la imitación diabólica de la paternidad, LA CONCEPCION DIALECTICA DE LA PATERNIDAD.

Y, ¿qué es la clase antítesis? ¿Qué es esa clase que sólo existe por la actividad de la clase-tesis, y que, sin embargo, no tiene más destino que el de rebelarse contra ella y destruirla a su vez? ¿No es, simétricamente, la abyecta caricatura de la filiación? En lugar de ser acción de gracias, retorno de amor hacia el padre, el hijo espera a ser lo bastante fuerte para volverse contra su propia fuente y, si le es posible, aniquilarla. La clase antítesis es la imitación diabólica del hijo, LA CONCEPCION DIALECTICA DEL HIJO.

¿Y qué es la lucha de clases? ¿Qué es este movimiento diabólico que, a través de la historia, opone a los que engendran y a los que son engendrados? ¿No es la expresión del odio del propio Satanás hacia el divino Espíritu de Amor, la susti-

tución de la eterna concordia por el eterno conflicto, el Odio plantado en pleno corazón de las relaciones humanas en el lugar y sitio del amor? ¿No es acaso LA CONCEPCION DIALECTICA DE LA TRINIDAD?

La Encarnación del Hijo de Dios permitió comunicar la vida trinitaria a la humanidad pecadora, aunque rescatada. El pensamiento marxista y su concreta realización por la tragedia comunista, introducen, dentro de esta misma humanidad, un espantoso fermento anti-trinitario.

No se equivocaba Pío XI cuando, hablando de esta revolución, escribía en *Divini Redemptoris* lo siguiente:

«*SUPERA EN AMPLITUD Y VIOLENCIA A TODAS LAS PERSECUCIONES QUE ANTERIORMENTE HA PADECIDO LA IGLESIA. Pueblos enteros están en peligro de caer de nuevo en una barbarie peor que aquella en que yacía la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor.*

»*Este peligro tan amenazador, como habréis comprendido, venerables hermanos, es el «comunismo bolchevique» y ateo, que pretende derrumbar radicalmente el orden social y SOCAVAR LOS FUNDAMENTOS DE LA CIVILIZACION.*» (Número 3.)

5. EL «SENTIDO DE LA HISTORIA»

Podemos ahora intentar dar una imagen de la visión marxista de la Historia, la cual es, a la vez, profundamente perversa y extremadamente simplista: «*La vida social, escribe Lenin, está llena de contradicciones... El marxismo ha proporcionado el hilo conductor que, en este laberinto y en este caos aparente, permite descubrir la existencia de leyes: la teoría de la lucha de clases*» (8).

Como en un fresco, vemos en el comienzo del manifiesto comunista publicado por Marx y Engels en 1848, en el segundo párrafo, esta afirmación monumental: «*Toda la historia de la sociedad humana, hasta hoy día, es la historia de la lucha de clases.*»

He aquí las etapas de dicha lucha.

«*Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo, maestro-artesano y jornalero, en resumen, opresores y oprimidos, enfrentados unos contra otros en un conflicto incesante, sostuvieron una lucha sin tregua, una lucha, ora enmascarada, ora abierta: una lucha que terminaba cada vez, o por un trastorno revolucionario de la sociedad entera, o por la destrucción de las dos clases en conflicto... Los siervos de la Edad Media engendraron los burgueses de los pri-*

(8) LENIN: *Karl Marx y su doctrina*, p. 16 (ed. fr.).

meros municipios. En esta burguesía de los municipios se desarrollaron los primeros gérmenes de la burguesía moderna... Las armas que sirvieron a la burguesía para derribar al feudalismo, actualmente se han vuelto en contra de ella... Los hombres que también utilizarán estas armas —los obreros modernos, los proletarios— será ella quien les habrá engendrado» (9).

Reconsideremos estas diversas etapas.

a) *La comunidad primitiva.* Si creemos a Engels, en el comienzo de la humanidad, el hombre, es decir, el proceso material capaz de producir su propia tecnología, desconocía completamente la propiedad privada. La propiedad colectiva de los primeros instrumentos de producción traía consigo la propiedad colectiva de los productos.

b) *La esclavitud.* Cuando «las condiciones históricas» se cumplieron, esto es, cuando las fuerzas productivas y la división del trabajo se hicieron más complejas, algunos individuos tendieron a asegurarse la posesión de esas fuerzas. Entonces hizo su aparición la propiedad privada, y, con ella, la economía del cambio, que, inmediatamente, trajo consigo la esclavitud. En ese momento, el hombre era aún el principal instrumento de producción. La primera propiedad privada del hombre fue, pues, el hombre. El esclavo era una cosa del amo de que éste disponía absolutamente. A la explotación del amo (tesis) se opondrá la rebelión de los esclavos (antítesis). Comienzan así la lucha de clases que siempre dará la victoria a la antítesis sobre la tesis, victoria que constituye el irresistible «sentido de la historia».

c) *La plebe.* Las civilizaciones de la antigüedad, tales como las de Atenas y Roma, muestran una nueva forma de lucha de clases. La historia de Atenas relata la elevación progresiva del partido popular que arrebata la autoridad al partido aristocrático. La historia de Roma muestra la elevación de la plebe en su oposición dialéctica al patriciado...

d) *El feudalismo.* Para los marxistas el régimen feudal no es más que la transposición, coronada por una «superestructura» católica, de las habituales relaciones sociales dialécticas. Los señores son la clase tesis; los siervos, la clase antítesis. El movimiento de los municipios será el preludio del nacimiento de la burguesía.

e) *El capitalismo.* La elevación dialéctica de la sociedad burguesa desgastó, poco a poco, el poder de la nobleza. La Revolución Francesa expresó la victoria de la antítesis burguesa sobre la tesis aristocrática. La burguesía, que antes de 1789 era la clase antítesis, se transformó en la clase tesis durante el siglo XIX, y engendró al proletariado al cual explota.

---

(9) MARX y ENGELS: *Manifiesto comunista* (núms. 2 a 16).

f) *La dictadura del proletariado.* Marx la presenta como sigue: «*La última etapa de la revolución proletaria es la constitución del proletariado como clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado se servirá de su dominación política para arrancar progresivamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los medios de producción en las manos del Estado, o sea, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar lo más rápidamente posible la masa de las fuerzas productivas*» (10).

La dictadura del proletariado, en la perspectiva marxista, no es, de ningún modo, la última etapa. Es una fase de transición, en el curso de la cual deberá ser «liquidada» la propiedad privada, y, de esta forma, al encontrarse así abolido el fermento dialéctico, llegará a ser posible realizar, por etapas sucesivas, el socialismo, en el que cada uno recibirá según su trabajo, y, más tarde, el comunismo, en el que cada uno recibirá según sus necesidades, y que constituirá la «fase superior» de toda la evolución.

Esta teoría del sentido de la Historia la describió el Papa Pío XI, en la encíclica *Divini Redemptoris*, en los siguientes términos:

«*La sociedad humana, por su parte, no es más que una apariencia y una forma de la materia, que evoluciona del modo dicho y que por ineluctable necesidad tiende, en un perpetuo conflicto de fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases. En esta doctrina, como es evidente, no queda lugar alguno para la idea de Dios, no existe diferencia entre el espíritu y la materia, ni entre el cuerpo y el alma; no existe una vida del alma posterior a la muerte, ni hay, por consiguiente, esperanza alguna en una vida futura. Insistiendo en el aspecto dialéctico de su materialismo, los comunistas afirman que el conflicto que impulsa al mundo hacia su síntesis final puede ser acelerado por el hombre. Por esto procuran exacerbar las diferencias existentes entre las diversas clases sociales y se esfuerzan para que la lucha de clases, con sus odios y destrucciones, adquiera el aspecto de una cruzada para el progreso de la humanidad. Por consiguiente, todas las fuerzas que resistan a esas conscientes violencias sistemáticas deben ser, sin distinción alguna, aniquiladas como enemigas del género humano.*» (N.º 9.)

6. LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO ORIGINAL

Cuando se echa una rápida ojeada a la evolución marxista del sentido de la historia, ¿no está uno tentado de pensar «que hay algo de verdad»? En efecto, ¿no asistimos, desde los

---

(10) *Idem.*

orígenes de la humanidad, a una sucesión de conflictos? ¿No han manifestado siempre los que poseen, en mayor o menor grado, un egoísmo antisocial? ¿No han sido tentados siempre los que no poseen por las pasiones de la envidia, e, incluso, del odio?

El simple hecho de formular estas preguntas va a permitirnos, una vez más, captar en el acto la intrínseca perversidad del marxismo.

No fue Karl Marx quien reveló al mundo que había un fermento «dialéctico» en la humanidad. No fue Karl Marx, fue el mismo Dios. Basta leer el Génesis para descubrir que las consecuencias del pecado original fueron, precisamente, las que introdujeron la división en el mismo hombre, en la pareja humana y en todas las relaciones sociales.

En el propio hombre, la contradicción nació en el instante siguiente a la primera falta: «*Entonces abriéronse los ojos de ambos y comprendieron que estaban desnudos, por lo cual entretejieron hojas de higuera e hiciéronse unos ceñidores*» (Génesis, III-7). El hombre descubre entonces que está dividido en sí mismo. El sentimiento de vergüenza le invade: una parte de él se avergüenza de la otra parte. He ahí, como más tarde dirá San Pablo, que descubre «una ley en sus miembros que CONTRADICE la ley de su espíritu».

De igual modo, el pecado original ha introducido una contradicción en la sociedad del hombre y de la mujer. Si bien es cierto que, en el plan divino, el hombre es la cabeza y la mujer el corazón, no lo es menos que las consecuencias del pecado original redujeron durante siglos a la mujer a una condición indigna de la nobleza de su vocación. Los comunistas interpretan como una ilustración del materialismo dialéctico lo que, en realidad, sólo es la consecuencia del dominio de los instintos en la sociedad conyugal después de la caída.

Karl Marx interpreta el trabajo como un conflicto dialéctico entre el hombre y la naturaleza. El hombre, mediante un esfuerzo penoso, mediante una lucha, arranca al universo sus secretos y consigue dominarlo. ¿Pero no es esto también el resultado de la caída? «*Maldita sea la tierra por tu causa; con fatiga te alimentarás de ella todos los días de tu vida*» (Génesis, III-17). No era ello así antes de la caída. La contradicción no está en la esencia de las cosas. Es fruto de la infidelidad del hombre.

En las relaciones sociales, en general, Marx afirma, como una ley de la evolución, la teoría de la lucha de clases: los desgraciados contra los dichosos. ¿Acaso no nos cuenta la Escritura, pero con perspectiva completamente diferente, el primer conflicto social: «*Y dijo Caín a Abel, su hermano:*

«¡Vamos al campo!» Y cuando estaban en el campo, acometió Caín a su hermano Abel y lo mató» (Génesis, IV-8).

Finalmente, Marx interpreta las relaciones internacionales como la aplicación del esquema de la lucha de clases a los pueblos ricos y a los pueblos pobres. Ahora bien, también aquí la Escritura nos muestra el desacuerdo internacional en la época de la torre de Babel, como uno de los frutos emponzoñados del pecado original.

Por así decir, tenemos ahora, ante nuestros ojos, dos visiones del mundo: la visión cristiana y la visión marxista. Echemos una mirada de conjunto sobre cada una de ellas.

Para Marx el conflicto no es consecuencia del pecado; es condición de progreso. No es consecuencia del mal; es condición del bien. Luego, lógicamente, mediante la multiplicación de los conflictos será como se conducirá a la humanidad al término de su esfuerzo: la abolición del derecho de propiedad privada. Una vez abolido este derecho, la persona humana, como consecuencia de ello, deja de ser propietaria, no ya solamente de lo que *tiene*, sino de lo que ella *es*. Pertenece al grupo, o más exactamente a la empresa comunista y, de hecho, a sus dirigentes. Los conflictos —la experiencia lo demuestra— no por ello disminuyen...

Marx describe el mal como si fuese el bien. El principio de toda redención es el odio entre hermanos. Es necesario buscar con cuidado los gérmenes de todas las contradicciones sociales con el fin de poder:

EXTERIORIZAR LOS CONFLICTOS

y llevarlos hasta su supremo grado de violencia. Aquellos que colaboran a este progreso del odio organizado, son los únicos amigos verdaderos de la humanidad. Los que se abren a la reconciliación y al amor, son reaccionarios y mentirosos a los que es preciso «liquidar».

En la realidad, que es natural y cristiana, Dios es amor, y el fruto del amor es la felicidad. La infidelidad de nuestros primeros padres, con su negativa al amor, hizo en el mundo el sufrimiento y la muerte. La contradicción es, por tanto, fruto del pecado. Pero la Redención ha tenido lugar. Cristo, al morir en la cruz, obtuvo la suprema victoria sobre la contradicción, la victoria que juzga toda la Historia. Rescatándonos, nos ha merecido la gracia, no de no sufrir ya más, sino de poder, por amor, ofrecer el sufrimiento. El nos ha merecido la gracia de poder amar a nuestros enemigos, de poder perdonar a los que nos persiguen y de bendecir a los que nos maldicen. Así los frutos de la Redención nos permiten:

y encontrar, en el amor divino, el secreto de la fuerza que permite devolver bien por mal y servir, por así decir, de amortiguador final a cada movimiento «dialéctico».

No es esto una teoría, un sueño o una utopía. Es una realidad histórica de la que somos beneficiarios, aunque a veces actuemos como hijos pródigos. Como Pío XI afirmó: La venida del Salvador «*inauguró una nueva civilización universal, la civilización cristiana, inmensamente superior a la que el hombre había hasta entonces alcanzado trabajosamente en algunas naciones privilegiadas*» (11).

7. LA TEORIA DE LA ALIENACION

Pero, ¿qué es la religión para Marx? Escuchémosle:

«*Es el hombre quien hace la religión y no la religión al hombre. La religión es la conciencia que de sí mismo tiene el hombre, bien cuando aún no se ha encontrado, o bien cuando se ha perdido. Ahora bien, el hombre es el mundo del hombre, el Estado, la sociedad. Este Estado y esta sociedad producen la religión, conciencia falseada del mundo, ya que es un mundo falseado... la miseria religiosa es, a la vez, la expresión de la miseria real, y la protesta contra esta miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el alma de un mundo sin alma, el espíritu de un mundo sin espíritu. Es el opio del pueblo. La destrucción de la religión como felicidad ilusoria del pueblo es una exigencia de su felicidad real. Exigir la renuncia a sus ilusiones sobre su situación, es exigir la renuncia a una situación que tiene necesidad de ilusión. Por tanto, la crítica de la religión es, en germen, la crítica del valle de lágrimas del que la religión es la aureola. La crítica arranca las flores imaginarias que cubren las cadenas del hombre, no para que lleve cadenas sin adornos y sin ilusión, sino para que las rechace y coja la flor viva. La crítica desengaña al hombre con objeto de que piense, actúe y forme su realidad como un hombre que ha alcanzado el uso de la razón*» (12).

Llegamos así al último punto fundamental de la sociología marxista: la crítica de la religión, contenida en lo que llaman teoría de la alienación.

Esta teoría es compleja. Para hacerla comprender, utilizaremos la siguiente comparación:

---

(11) Pío XI: Encíclica *Divini Redemptoris* (núm. 1).

(12) K. MARX: *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel.*

Supongamos que el techo de la habitación en donde nos encontramos sea un espejo vuelto hacia abajo. Aquel que levante la cabeza no debe descubrir en el techo más que la imagen de lo que se encuentra debajo de él. Si, de entre los presentes, algunos descubren en el espejo algo diferente del reflejo de lo que se encuentra en la habitación, su caso es inquietante. Por ejemplo, si alguien viese en el espejo del techo nubes o aviones, plantearía un problema... Y si esas mismas personas temiesen la lluvia a causa de las nubes, o las bombas a causa del avión que descubren en el espejo del techo, su desequilibrio sería todavía más evidente. Finalmente, si esas personas, para no ser bombardeadas, deseasen entrar en negociaciones con los presuntos ocupantes de dicho avión y prometerles obediencia, se harían enteramente *dependientes* de una realidad inexistente creada por su propia imaginación. Estarían ALIENADOS.

Apliquemos este ejemplo en el marco de la teoría marxista. El mundo no es más que la materia en evolución. El pensamiento humano no es más que el reflejo de lo que pasa en la materia. Si en el pensamiento humano, simple espejo de la materia, se encontrase la existencia supuesta de una realidad no material, tal como Dios, la ley moral, el derecho, etc., será porque este pensamiento no es «objetivo», puesto que refleja algo diferente de la realidad material. Luego, la religión no es una realidad objetiva... Pero los que creen en Dios no solamente se representan en su pensamiento una realidad no material, sino que, aún más, se hacen dependientes de ella. Se han hecho, por tanto, *extraños* a su propia naturaleza, ya que, en lugar de considerarse como un estado de la materia capaz de hacerse cargo de su propia creación, se consideran seres que dependen fundamentalmente de una realidad extraña, no humana... están ALIENADOS.

Esto ha quedado bien expresado por un especialista en filosofía alemana, al comentar a Feuerbach (del cual tomó Marx esta teoría de la alienación): «*Al trascender todas las aspiraciones que lleva consigo en un Ser ficticio, creado por la necesidad y la imaginación religiosa, el hombre religioso se despoja, aliena la mejor parte de sí mismo en provecho de una ficción; empobrece otro tanto su naturaleza humana; más aún, encuentra placer en empobrecerla, en humillarla, en esclavizarla, y, a la vez, aparta el interés y la esperanza de su vida de la realidad, de la existencia terrestre, corporal, para trasladarla a un más allá quimérico, a un cielo imaginario. La religión se transforma así en un vampiro de la humanidad que se nutre de su sustancia, de su carne y de su sangre*» (13).

---

(13) SPENLÉ: *La pensée allemande*, p. 122.

8. LA INFRAESTRUCTURA Y LA ESTRUCTURA

Si la creencia en Dios y la religión son alienaciones, si para la humanidad son como un principio extraño que impide que esa humanidad se apropie de su propia esencia, ¿cómo están tan profundamente impresas en la inteligencia humana? Y si la religión es sólo una ilusión, ¿cómo tiene tanta importancia a todo lo largo de la Historia?

Este problema, formulado de diversas maneras, es la preocupación de Marx, y uno de los resortes de su intensa actividad intelectual. Estaba obsesionado por el deseo de JUSTIFICAR su ateísmo, de cerrar todos los caminos del pensamiento humano hacia su Creador y Redentor, de tapar todas las fisuras a través de las cuales pudiese filtrarse aun la luz celestial.

Piensa que la vida social se desarrolla en tres planos: la infraestructura, la estructura y la superestructura.

a) *La infraestructura* se compone de la totalidad de las fuerzas productoras en un momento dado. El propio grupo social, la fuerza de trabajo que representa, el equipo de energía y de material de que dispone, y la división de trabajo que establece, tales son los elementos de la infraestructura. Estas condiciones materiales de la producción *determinan*, con mayor o menor rapidez, tarde o temprano, una estructura jurídica que se adapte a ellas.

b) *La estructura* está compuesta por el conjunto de las relaciones de distribución, o en otras palabras, por el régimen de propiedad. Cuando la infraestructura está constituida por herramientas individuales, la estructura tiende a la propiedad privada. A la inversa, cuando las condiciones de producción se exteriorizan mediante las herramientas colectivas de las grandes fábricas modernas, la estructura tiende a la propiedad colectiva.

A medida que se desarrolla la evolución dialéctica de la humanidad aparecen contradicciones, no sólo entre las clases sociales, sino también entre la infraestructura y la estructura. El desarrollo del progreso técnico produce nuevas formas en la división del trabajo, y éste trae consigo nuevas condiciones jurídicas de distribución: «*En la producción social de su existencia, los hombres mantienen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productoras materiales. El conjunto de dichas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre*

la cual se eleva una superestructura jurídica y política, y a la que corresponden unas formas definidas de conciencia social» (14).

9. COMO NACE LA SUPERESTRUCTURA

Tenemos un ejemplo. En la Edad Media, según Karl Marx, el régimen feudal correspondía a determinadas condiciones de producción. En este régimen, los señores constituían la clase explotadora y los siervos la clase explotada. En esta época, la infraestructura, como ya sabemos, estaba constituida por las fuerzas productoras, resultantes del estado de progreso técnico y de la división del trabajo. La estructura era la repartición de la propiedad que concentraba en manos de los señores un dominio, más o menos considerable, en el cual los siervos estaban obligados a trabajar. En cuanto a la superestructura... era la religión católica.

Según Karl Marx, en proporción a la insatisfacción de las necesidades de la clase explotada, esta clase, pudiéramos decir que por compensación, proyecta el sueño religioso que la consuela del mundo real. Si el señor de la tierra no es un hombre justo, si guarda para sí el producto del trabajo de los campesinos, es porque, más allá de esta vida, hay otro Señor que compensará a éstos de los sufrimientos y de las injusticias. Por consiguiente, de la explotación nace la necesidad psicológica de una superestructura consoladora. Para aumentar su verosimilitud, los explotados se hacen dependientes del mundo absolutamente justo que imaginan, y aceptan sacrificios para merecerlo. De este modo —según Marx— el proceso dialéctico de la explotación constituye el origen profundo de las superestructuras religiosas.

Por su parte, los señores encuentran en la religión un instrumento de un notable poder para desalentar la resistencia de la clase explotada y para paralizar o retrasar su rebelión. La religión, pues, es, siempre a la vez, un producto de la ingenuidad de los explotados y del cinismo de los explotadores. Como brutal conclusión tenemos que, en la materia pensante en evolución, la creencia en Dios sólo puede ser obra o bien de las clases engañadas o bien de las clases explotadoras o sus cómplices.

Si desde los orígenes de la humanidad las religiones y las ideas morales han estado presentes e impregnado la conciencia humana, ello procede de la presencia del fermento dialéctico, ¡la propiedad privada y la lucha de clases que en-

---

(14) K. Marx: *Contribución a la crítica de la economía política,* p. 4. Ed. Giard (fr.).

gendra...! El razonamiento de Marx puede expresarse esquemáticamente de la siguiente manera: mientras haya propiedad privada, habrá lucha de clases; mientras haya lucha de clases, habrá secreción de la superestructura. Por tanto, la alienación religiosa es, en cierta manera, el resultado de la alienación económica. El comunismo, al abolir la propiedad privada, suprime, a la vez, la lucha de clases y la necesidad de la religión. A medida que se vaya estableciendo el comunismo, la religión llegará a desaparecer por completo. El hombre dejará de estar alienado, de ser transformado en extraño a sí mismo al ver hechos religiosos, morales y jurídicos en situaciones que son puramente materiales y económicas. Será liberado de los «embaucamientos». Sabrá que la humanidad verdaderamente es dueña de su destino. El aniquilamiento de toda religión será la señal de su redención.

10. RETORNO A LO REAL

En primer lugar, es necesario subrayar la falsedad de la teoría según la cual la infraestructura determina la estructura. El Papa Pío XII, enérgicamente, enseñó sobre este punto lo siguiente: «*Y no se diga que el progreso técnico se opone a un régimen tal (de propiedad privada) y arrastra en su corriente irresistible toda la actividad hacia haciendas y organizaciones gigantescas, frente a las cuales un sistema social fundado sobre la propiedad privada de los individuos tiene inevitablemente que fracasar. No; el progreso técnico no determina, como un hecho fatal y necesario, la vida económica. Este se ha inclinado dócilmente con excesiva frecuencia ante las exigencias de los cálculos egoístas, ávidos de aumentar indefinidamente los capitales; ¿por qué, pues, no ha de plegarse también ante la necesidad de mantener y asegurar la propiedad privada de todos, piedra angular del orden social? Ni siquiera el progreso técnico, como hecho social, debe prevalecer al bien general, sino, por el contrario, estar ordenado y subordinado a éste*» (15).

Así se encuentra restablecida la libertad del hombre ante la Historia, su dominio sobre la materia y sobre sí mismo.

En segundo lugar, es necesario poner en evidencia la perversidad de la teoría de la alienación. Esta es hábil, pues actúa en forma aguda sobre el amor propio humano. ¿No vemos cuán turbado puede ser en su conciencia, aquel que es víctima de una injusticia, cuando se le explica que, además de eso, de ser un explotado, es un ingenuo porque cree en

(15) Pío XII: Mensaje radiofónico de 1.º de septiembre de 1944.

una justicia transcendente? Se necesita una humildad muy profunda para aceptar una injusticia y ofrecerla al Señor. Se necesita una, aún más profunda, para pasar por ingenuo al obrar de esa manera. Así, la teoría de la alienación actúa sobre el amor propio de las clases menos favorecidas, con una eficacia extraordinaria, para alejarlas de la fe. Esta misma teoría actúa, además, sobre las clases más acomodadas, con no menor resultado. Tiende a persuadirlas de que, para ellas, la religión sólo es una cómoda justificación que les permite gozar de los bienes mal adquiridos, sin problemas de conciencia. También aquí el orgullo humano ejerce una poderosa presión, hasta el extremo de llegar a insinuar la duda en el alma: «¿Es posible que mi fe religiosa sólo sea el medio inconsciente de consolidar los privilegios de mi situación material?» Quien se formule tal pregunta, al mirar en el fondo de su alma, acaba por descubrir que, efectivamente, en algunas ocasiones, hay egoísmo, y que éste se mezcla con las actitudes aparentemente más cristianas. Cuando la duda se ha insinuado en el alma, las lecturas y meditaciones vienen a agravarla, y la teoría de la alienación ha jugado nuevamente su papel. Nos ha llevado a imputar nuestras propias faltas a la religión.

La significación cristiana de la alienación es clara: es la repulsa al don, la repulsa a Dios.

Dios es amor, nos dice San Juan. El más profundo deseo del amor que Cristo nos enseñó, es la unión de las voluntades: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre, y, en el Padrenuestro, Jesús nos invita a rezar pidiendo al Padre «Hágase tu voluntad». Del mismo modo, la perfección del amor de la Santísima Virgen se expresa en el «Fiat mihi secundum verbum tuum».

Ahora bien, no es posible hacer la voluntad de aquel a quien se ama, más que con la condición de renunciar a la propia voluntad. Si deseamos emplear la expresión, este renunciamiento es, en cierta manera, ¡la *alienación* del egoísmo profundo! Más exactamente podemos decir que es la purificación de la voluntad que permite la unión amorosa del alma fiel con la voluntad divina. La significación más profunda del renunciamiento cristiano la dio San Pablo, cuando anunció la victoria de Cristo en él: *«Vivo, non ego, sed Christus.»*

Marx llama alienación, en el sentido de deshumanización del hombre, a lo que, en realidad, corresponde al libre don de sí en la plena verdad del amor; don, mediante el cual, el hombre se hace más humano, ya que, por naturaleza, está ordenado a él.

Por último, en lo que concierne a la teoría de la superestructura, Pío XI la refutó magníficamente en las siguientes

frases de la Encíclica *Divini Redemptoris: «Por encima de toda otra realidad está el sumo, único y supremo ser, Dios, Creador omnipotente de todas las cosas, juez sapientísimo de todos los hombres. Esta suprema realidad, Dios, es la condenación más absoluta de las insolentes mentiras del comunismo. Porque la verdad es que NO PORQUE LOS HOMBRES CREAN EN DIOS EXISTE DIOS, sino que, porque Dios existe, creen en El y elevan a El sus súplicas todos los hombres que no cierran voluntariamente los ojos a la verdad.»* (N.° 26.)

Capítulo III

La economía marxista:

LA TEORIA DE LA PLUS-VALIA

La Economía de Karl Marx no constituye, como se cree demasiado a menudo, una técnica de anális económico, neutra de por sí, que puede ser utilizada por cristianos. Es necesario comenzar poniendo de relieve este hecho, porque muchos, incluso entre los católicos, consideran hoy que el análisis de los hechos económicos, tal como Marx lo formuló, constituye una verdadera adquisición técnica de la ciencia económica, una especie de *no man's land* en donde creyentes y materialistas pueden entenderse, puesto que, según les parece a ellos, se trata de cuestiones perfectamente neutras. No es este el caso. El pensamiento económico de Marx es una aplicación del materialismo dialéctico a la filosofía del valor, al igual que su sociología es una aplicación del materialismo dialéctico al estudio de la historia. Para Marx se trata de demostrar que, ya que Dios no existe, el único valor es el trabajo social, actividad mediante la cual la humanidad lleva a cabo su autocreación. La misma teoría de la plus-valía capitalista sólo es una aplicación de la teoría marxista del valor.

1. ¿QUE ES EL VALOR?

Es necesario comprender plenamente la importancia de la pregunta formulada. Marx no se equivocó en esto: «*La primera pregunta que tenemos que hacer es ésta: ¿qué es el valor de una mercancía? ¿Cómo se le determina?*» (1).

Antes de examinar la respuesta dada por Marx a esta pregunta, recordemos lo que en realidad es el valor económico.

El valor económico es *la aptitud de un bien útil para ser estimado.* Así, una silla, una mesa, una máquina de escribir, son objetos útiles. Los hombres atribuyen un valor a esta mesa o a esta máquina de escribir en la medida en que apre-

(1) K. Marx: *Salarios, precios y beneficios* (Morc. Ch., p. 261).

cien suficientemente su utilidad para desear apropiárselas, y estén dispuestos a hacer un sacrificio para ello. En cuanto a la propia utilidad es *la calidad de las cosas que sirven de medios* para permitir al hombre alcanzar los fines honestos, los fines morales de su vida. Así, el alimento es útil porque es un medio para renovar la vida del cuerpo y permitir, de esta forma, la actividad espiritual del hombre.

Bien entendido, el valor económico, esto es, la aptitud de una cosa útil para ser estimada, puede variar, no sólo con dicha utilidad, sino además con su coste de producción (el precio del trabajo), y, también, con otras condiciones, tales como la abundancia o escasez. Sin embargo, no por ello la utilidad deja de ser el fundamento del valor. Porque las cosas son *útiles* las deseamos, estamos dispuestos a hacer sacrificios por ellas, tienen valor.

En cuanto al *trabajo* de los hombres es la causa de la *utilidad*. No se confunde con ella, como tampoco el *valor* que es la evaluación de la *utilidad*.

2. LA TEORIA MARXISTA DEL VALOR

Para Marx, el valor no es la evaluación de la utilidad de un bien, pues ésta es una definición no materialista. En efecto, supone que el hombre tiene un fin y que los bienes tienen mayor o menor valor según las circunstancias hagan que se aprecie más o menos su utilidad para alcanzar dicho fin.

Marx es fiel a sus supuestos materialistas. Sostiene que cuando se cambia trigo por seda u oro es preciso que haya, en el trigo y en el oro, una realidad *material* común. Esta no puede ser su naturaleza, pues el trigo y el oro son diferentes. Tampoco puede ser la utilidad, porque comprendida como un medio con miras a un fin natural, implica el fin del hombre: Dios. ¿Cuál es, por consiguiente, la *realidad material*, igualmente presente en el trigo y en el oro, que puede explicar que dos fracciones de estos bienes sean equivalentes? El *trabajo*, ¡acto supremo mediante el cual la comunidad se produce a sí misma! «*Por el hecho de establecer la igualdad de valor entre los diversos productos cambiados, los hombres afirman que, en tanto que trabajo humano, los diferentes trabajos son iguales unos con otros. Ellos lo hacen sin saberlo*» (2).

En otras palabras, una silla, una mesa o una máquina cualquiera, tienen valor, no porque podamos apreciarlas como medios con vistas a un fin, sino porque son fruto del traba-

(2) K. MARX: *El Capital*, vol. I, p. 59.

jo humano. Y su valor es el mismo trabajo, fuerza material que, por así decir, ha salido de los hombres y ha entrado en la madera o en el hierro para transformarse en mesa, silla o máquina.

Además el trabajo no es una actividad personal. Es, siempre y esencialmente, una actividad social: «*Para producir una mercancía,* escribe Marx, *hay que aplicarle, hacer entrar en ella, una determinada cantidad de trabajo. Y no digo solamente de trabajo, sino de trabajo social. Un hombre que produce un objeto para su uso personal inmediato, para consumirlo él mismo, crea un producto, pero no una mercancía. Como productor que se autoabastece no tiene nada en común con la sociedad, pero para producir una mercancía, es necesario que este hombre produzca, no solamente un artículo que satisfaga alguna necesidad social, sino también que su trabajo sea una parte de la suma total del trabajo utilizado por la sociedad. Es necesario que su trabajo esté subordinado a la división de trabajo existente en el seno de la sociedad... CUANDO CONSIDERAMOS A LAS MERCANCIAS COMO VALORES, LAS MIRAMOS EXCLUSIVAMENTE BAJO EL UNICO ASPECTO DEL TRABAJO SOCIAL REALIZADO, FIJADO, O SI PREFIEREN, CRISTALIZADO*» (3).

Todo esto entra dentro de la lógica materialista. Si el hombre sólo es materia, su trabajo sólo es fuerza material. Incorpora su trabajo, es decir, su misma esencia, a los objetos que fabrica. Y la esencia del hombre, materia pensante, no está en ser una persona. Marx no habla jamás de la persona, sino siempre del individuo. Y el hombre, para él, no es la persona, es lo humano global, es decir, el proceso de esta parte de la materia que se ha hecho pensante. El individuo, *en sí,* no tiene valor. No es una persona, imagen de Dios

Así, el valor es una realidad materialista: el trabajo social. Luego, si un bien cuyo valor está constituido esencialmente por el trabajo humano llega a ser propiedad privada de un individuo, tenemos entonces que lo humano está *alienado* —hecho extraño a su propia esencia—, ya que pertenece a un individuo particular y no a la colectividad. Cuando en una economía fundada en la propiedad privada se cambia una mercancía por un valor determinado, *¡lo que se cambia es lo humano!* Por consiguiente una tal economía es inhumana... De acuerdo con las expresiones de Marx, la mercancía es un fetiche, un ídolo, una entidad a la cual se atribuye una realidad exterior a los seres humanos, cuando, realmente, y *puesto que el hombre sólo es materia,* se realizan a través de ella relaciones *humanas.* En resumen, el valor de las mercancías no será más que la realidad material del trabajo so-

(3) K. MARX: *Salarios, precios y beneficios* (Morc. Ch., p. 263).

cial coagulado, y, necesariamente, la propiedad privada de estos bienes corresponde, por tanto, a la alienación económica de los explotados. En el régimen de propiedad privada, por consiguiente, el asalariado es un explotado y el propietario un explotador.

3. REFUTACION DE LA TEORIA MARXISTA DEL VALOR

Al estar dotado el hombre de un cuerpo material y de un alma espiritual e inmortal, cae por su base toda la teoría marxista del valor. En efecto, esta teoría implica tres postulados:

1. El trabajo es la propia esencia de la humanidad que se produce a sí misma;
2. Esta esencia material se incorpora *realmente* a los bienes económicos;
3. El valor que se atribuye a las cosas, en realidad, tiene su fundamento exclusivamente en el hombre.

Estos tres postulados son falsos.

a) Por una parte, el trabajo no es la esencia misma del hombre. El trabajo es un medio necesario que permite al hombre adaptar los recursos naturales a sus necesidades en su camino hacia Dios. Dicho trabajo tiene una gran dignidad, pero *a causa de la dignidad de la persona que lo ejecuta,* y no por el carácter autocreador del trabajo colectivo de la humanidad.

b) El trabajo no es una simple energía material. Es también realidad espiritual, porque procede de una decisión razonable y de un sacrificio voluntario. El trabajo humano ¡no se incorpora a los bienes económicos, ¡no es como la madera que pasa a la mesa...! No hay transubstanciación del hombre en producto del trabajo... Hay, *por una parte,* un trabajo que debe ser justamente remunerado para permitir al hombre rehacer sus fuerzas y sustentar decentemente a su familia. *Por otra parte,* hay un aumento de la utilidad de un producto. Finalmente, está la apreciación de la utilidad producida según las circunstancias: el valor. El trabajo es causa de la utilidad. La causa no se confunde con su efecto. No llega a ser un efecto. El valor, ¡no es trabajo social coagulado:

c) Por último, a los productos del trabajo es a los que se atribuye un valor. No hay en ello ni embaucamiento, ni fetichismo. Y al no ser el trabajo la única causa de la utilidad, no es tampoco la única causa del valor. Este depende también de circunstancias variables según los tiempos, lugares y personas, que hacen que un bien sea más o menos útil, más o menos deseable, etc.

4. EL TRABAJO Y EL AMOR

Notemos de paso la oposición violenta, la oposición absoluta que existe entre el hombre cristiano y el hombre marxista. En la concepción cristiana, el acto propio del hombre es la unión de su inteligencia con la inteligencia de Dios, la unión de su voluntad con la voluntad de Dios. A esta unión de voluntades los autores espirituales la llaman *el amor*, y, precisamente, porque la religión de Cristo es una religión de amor, lleva a cabo la unión de los espíritus en la verdad y la unión de los corazones en la caridad.

En la concepción marxista, el acto propio del hombre es el trabajo. La sociedad humana dedicada al trabajo es la materia pensante en evolución que se ha hecho capaz de crearse a sí misma. El trabajo personal no representa nada. Sólo el trabajo social realiza plenamente la empresa prometeica de la humanidad colectiva que se deifica por su propia voluntad, y que no debe su propia excelencia más que a sí misma.

Comprendemos entonces por qué los cristianos se esfuerzan por la salvación y celebran la gloria de Dios, es decir, la alabanza del amor, mientras que los marxistas se esfuerzan por ganar el universo y celebran la gloria del trabajo social, en el que consiste todo valor. En ambos casos, se quiere manifestar la Gloria suprema, la gloria del principio primero, de la causa primera. Para los cristianos es Dios. Esencialmente, el comunismo se enfrenta con Dios.

Si Dios existe, el valor, en general, consiste en la apreciación de todo lo que permite ir a Dios. El valor de cambio de un bien económico es la evaluación de la utilidad de este bien —dado por Dios o fabricado por el hombre— en tanto que es un medio para que el hombre pueda alcanzar más fácilmente su fin.

Si Dios no existe, el valor, en general, es todo lo que aumenta la independencia de la humanidad. Ahora bien, la humanidad se produce y alcanza la independencia mediante el trabajo social. Por lo tanto, el valor de cambio de un bien será la cantidad de trabajo social medio «coagulado» en dicho bien, y no su evaluación como medio útil para alcanzar el fin.

5. LA TEORIA DE LA PLUS-VALIA

Después de haber definido el valor de un bien como trabajo social coagulado, Marx define al capitalismo como el régimen en el cual la propiedad privada de los bienes de pro-

ducción permite a la clase propietaria acaparar invisiblemente la «plus-valía» de la clase explotada ¿Qué es esta plusvalía?

¿Cómo consigue el capitalista aumentar su capital inicial, cambiando dinero por mercancías, y después mercancías por dinero? *«Por más vueltas que se den, el problema siempre es el mismo. ¿Se cambian equivalentes? No se produce ninguna plus-valía. Y tampoco se produce si se cambian no equivalentes. La circulación o el cambio de mercancías no crea ningún valor»* (4).

Luego, según Marx, ¿de dónde procede la plus-valía? No del hecho —evidente, sin embargo— de que la transformación de los recursos y su circulación aumentan su utilidad al adaptarlos y acercarlos a los consumidores, sino del hecho de que aquellos que han producido estos bienes les han incorporado materialmente un «valor» superior a aquel que les ha sido pagado. La cantidad de trabajo que tiene como valor el coste del mantenimiento del obrero y de su familia no es igual al valor que, en un mercado, puede adquirir la utilidad que este mismo obrero ha contribuido a producir. Si, por consiguiente, este «valor» es trabajo, los capitalistas reciben injustamente una plus-valía que debiera revertir al trabajo social.

Advirtamos que, si Dios no existe, si el hombre no es una persona, si el trabajo social es una realidad puramente material, no hay efectivamente ninguna razón para admitir que, en la materia pensante en evolución en donde la persona no tiene dignidad, tenga, esta persona como tal, derecho a la propiedad privada de los bienes. La única realidad es el grupo material global. Sólo él es autocreador. Sólo él debe poseer lo que produce. La plus-valía, fruto del trabajo social, debe volver al grupo social. El grupo, todo él sabiduría y poder, realizará su distribución con arreglo a la necesidad de la evolución de la humanidad.

Si Dios existe, el hombre es una persona. En ese caso, el fin del hombre no es el goce de los bienes materiales sobre la tierra, sino la posesión del Bien infinito. Por lo tanto, los bienes finitos son sólo medios, y, entre ellos, los bienes materiales son necesarios para vivir. Cada persona, como contrapartida de su trabajo, recibe una renta que deberá permitirle vivir y sostener a su familia. Puede ocurrir que los bienes económicos adquieran en el mercado un valor mayor o menor. Ello no significa que el salario de los obreros necesariamente haya sido injusto, pues *el trabajo de los obreros no es la única causa de la utilidad,* ni, por lo tanto, del valor. La *idea* del inventor, la *iniciativa* del empresario, el

(4) K. MARX: *El capital,* t. I, cap. 5, p. 166. Ed. Sociales (fr.).

riesgo del inversor, son causas del valor del objeto con el mismo título, aunque bajo diferentes relaciones, que el trabajo de ejecución. SOLO UNA CONCEPCION MATERIALISTA PUEDE CONSIDERAR UNICAMENTE A LA EJECUCION SOCIAL COMO FUENTE INDISTINTA DEL VALOR DE LOS BIENES ECONOMICOS. Sólo una concepción que niega la realidad de la persona y de su dignidad puede atribuir exclusivamente al grupo social el derecho de poseer los bienes materiales, y de asignar autoritariamente su uso por los individuos.

6. COMO UN CRISTIANO PUEDE LLEGAR A SER MARXISTA

No sin intención hemos insistido sobre el carácter esencialmente materialista de la economía marxista, así como de sus teorías del valor-trabajo y de la plus-valía. En efecto, en años recientes, espíritus generosos y entusiastas, mas poco experimentados y, en ocasiones, presuntuosos, creyeron dar muestras de un cristianismo abierto al esforzarse en integrar el análisis económico de Marx en su pensamiento cristiano.

De entrada, estos espíritus admitieron que el análisis económico es algo filosóficamente neutro. Admitieron que la Iglesia católica da una enseñanza religiosa, pero consideraron con desprecio su enseñanza social. Creyeron que el pensamiento de Karl Marx traía consigo la verdad económica y se pusieron a estudiarlo.

Su generosidad era grande. A veces, al contacto con trágicas miserias sociales, vieron los efectos del egoísmo de los que poseen. Frecuentemente su deber consistía en tomar conciencia, y en rezar y obrar para remediarlo. Pero, por haber leído a Marx, dejaron de interpretar ese egoísmo como resultado del pecado, y vieron en él un determinismo fatal de una estructura económica injusta.

Tenemos que insistir. Es cierto que hay miserias sociales. Es cierto que, a veces o a menudo, provienen de la injusticia de patronos insuficientemente preocupados por practicar la justicia y la caridad. Y mientras se deploren estas injusticias como fruto de faltas personales y se esfuercen por repararlas con los medios convenientes para hacer frente a tal tipo de faltas, uno no puede hacer otra cosa que aprobar y, en caso de éxito, alegrarse.

Pero si, bajo la influencia más o menos directa del pensamiento marxista se deploran estas injusticias, no como resultado de *errores* doctrinales o de *faltas* morales *personales*, sino como *consecuencia necesaria de una estructura*

social particular: el capitalismo, *sin darse uno cuenta, ha llegado a ser materialista,* no tal vez en su corazón, pero sí ya en su pensamiento.

Efectivamente, si consideramos que la injusticia es fruto de una falta personal, admitimos por ello la libertad del hombre ante la Historia; postulamos que son posibles las rectificaciones voluntarias, y que, con la ayuda de la gracia de Dios, se puede trabajar por la aplicación de los frutos de la Redención a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Si, por el contrario, consideramos que, cuando algunas personas son propietarias de bienes de producción, *necesariamente* deben explotar a aquellos cuyos servicios contratan, llegamos a *negar prácticamente toda posibilidad para las personas de obrar rectamente, cooperando con la gracia de Dios.* No sólo pecamos contra la virtud de la esperanza, sino que, también, admitimos prácticamente que el hombre no es libre para hacer el bien, que está irresistiblemente determinado por sus apetitos sensibles, que, como los animales, se mueve necesariamente por el instinto, y que si tiene el poder material es incapaz de no explotar a sus hermanos. Por lo tanto, consideramos que, en definitiva, son las condiciones materiales las que, en la vida social, determinan inevitablemente a los hombres. Al no tener ninguna posibilidad de reformar las costumbres, sólo queda una salida: la reforma unilateral de las instituciones.

Cuando se adquiere esta convicción se interpreta la sociedad y la Historia conforme a una filosofía materialista. Desde ese momento, se buscará un remedio que se adapte a la causa que hemos admitido. Puesto que la propiedad privada es la causa de la explotación del hombre por el hombre, hay que aniquilar ese régimen. Y para aniquilar ese régimen, hay que luchar dentro del marco de una incesante acción reivindicativa. Con esta perspectiva, la huelga, ya no es solamente un combate concreto y limitado para corregir determinada injusticia particular; llegará a ser, bajo la forma de huelga general insurreccional, una cruzada ideológica para lograr la «liquidación histórica» de la «clase de los explotadores».

Por doloroso que sea, es necesario reconocerlo: algunos cristianos han llegado a ese extremo. En forma, más o menos declarada, más o menos velada, han pensado, difundido, y, a veces, enseñado, que únicamente la abolición del régimen de propiedad privada, la adhesión a la lucha de clases para conseguirlo, y, eventualmente, la alianza con el partido comunista con este fin, son imperativos de una acción social verdaderamente realista. Incluso, a veces, han elaborado una «teología de la revolución...»

En tales casos, esos cristianos, sin saberlo, no tienen

ya simplemente un concepto *materialista* de los hechos económicos. Tienen también una concepción *dialéctica* de los mismos. Admiten que sólo un conflicto que destruya la base material de la explotación; la propiedad privada, podrá poner término a las injusticias de que se quejan. Así, para luchar contra estas injusticias, inconscientemente han llegado a ser marxistas en toda una parte de su pensamiento:

MATERIALISTAS DIALÉCTICOS

Todavía no se dan cuenta. Todavía se creen buenos cristianos porque su fe en Dios está intacta. Su fe en la Iglesia, sin duda, está quebrantada, pero no parecen confesárselo a sí mismos. No se esconden para decir que la Doctrina Social de la Iglesia es una utopía, pero, en su espíritu, esto no afecta a su sumisión fundamental a la Sede de Pedro.

Esto no afecta... Y, sin embargo, sucede que tiene ante los ojos textos que atestiguan la firmeza de las llamadas pontificias respecto a la imposibilidad de ser, a la vez, socialista y buen cristiano. Sucede que conocen la afirmación de las estrcehas relaciones que ligan el derecho de propiedad, incluso de los bienes de producción, con la dignidad de la persona. Sucede que tienen ante los ojos la llamada de Pablo VI en Bogotá: «Os exhortamos a no poner vuestra confianza en la violencia y la revolución...» Todo esto no les inquieta... De vez en cuando, secretamente, ¡todo esto les indigna! Les cruza por la mente que el Papa, tal vez inconscientemente, es un aliado de una estructura sociológica que necesariamente lleva a injusticias. Rechazan este pensamiento. Les asalta de nuevo. Sin que jamás hayan consentido plenamente, les llega a ser habitual. En su corazón se levanta, sutil, aguda, una desconfianza hacia la Iglesia y su Jerarquía. No se sienten comprendidos. Muchos pueden quedar en esta situación de incertidumbre y de ansiedad durante años... Ocurre, por desgracia, que éste o aquél vaya más lejos en su secreta rebelión. Piensa que la estructura jurídica de la Iglesia fue pensada en otra época, en función de otras necesidades. Cree comprender que, quizás, más adelante, su audacia prestará grandes servicios... Que gracias al sacrificio de algunos, tal vez un día la Iglesia estará presente en un mundo completamente comunista. Sin declararlo muy claramente, se libera interiormente de una autoridad que le parece que obstaculiza su marcha hacia adelante...

Su alma se oscurece. Ya no cree en el amor. Ya no reconoce la acción de la gracia en las personas. Incluso, a veces, se pregunta si la creencia en Dios no es para muchos un consuelo frente a las injusticias sociales. Tiene el senti-

miento profundo de que, con frecuencia, la fe es una huida. Ya que obtendremos justicia allá en lo Alto, ¿por qué luchar para tenerla en la tierra...? ¿No será la fe la proyección de nuestra pereza, el reflejo de nuestro miedo y la indecisión ante las exigencias de una entera lucidez?

Y si la oscuridad llega a ser total un día, será porque ha respondido positivamente a estas preguntas. Después de haberse adherido prácticamente a una teoría materialista de la sociedad y a una solución dialéctica de las injusticias sociales, la lógica interna del pensamiento intrínsecamente perverso del comunismo le lleva a dudar de la Iglesia, a dudar de Dios. Su impulso religioso ha cambiado de objetivo. Se ha fundido en la materia pensante para transformarse en una parte de ese Dios en evolución que es la Humanidad, que toma totalmente a su cargo, no solamente su devenir material, sino también su devenir moral. En adelante, ya no existe más que la Humanidad y a ella es a quien entrega este atributo de Dios: la Justicia.

CONCLUSION

¿Hasta qué punto se aplica el marxismo en los países comunistas? Esto es discutible, y el estudio del leninismo nos permitirá responder con suficiente precisión a esta pregunta. Al término de este estudio, a grandes rasgos, sobre el pensamiento de Karl Marx, es posible deducir las siguientes conclusiones:

a) Que sea o no el comunismo concreto, tal como hoy existe, una fiel realización del pensamiento marxista, no por ello es menos cierto que Marx ha sido y sigue siendo su profeta. A pesar de la dureza y del odio frío hacia Dios que se desprenden de las obras de Marx, éstas tienen como resultado el dejar en el alma del lector una impresión que, a falta de mejor palabra, podríamos llamar mística. Esta impresión consiste en una abominable caricatura de la virtud de la esperanza. Marx expone la evolución dialéctica de la humanidad, la dictadura del proletariado y el advenimiento fatal de la evolución de la materia hecha pensante. Recibió de Hegel ese «sentido de la Historia» tan difundido hoy en los espíritus, que lleva a creer que es la Historia la que hace al hombre, y no el hombre el que hace la Historia. Marx contribuyó eficazmente a oscurecer en las inteligencias la idea de la Providencia divina. *Trató de captar las aspiraciones místicas y la necesidad de esperanza de la humanidad, para integrarlas en la visión materialista y dialéctica de la Historia.*

b) De lo anterior resulta que el pensamiento marxista

constituye, no tanto la doctrina de acción de los marxistas, como lo que pudiéramos llamar su «espiritualidad». La lectura de Marx es un veneno sutil que penetra las inteligencias, a la vez que inspira en el alma el orgullo de los que se creen justos, la envidia hacia los que han recibido más, y el odio fanático a aquellos que se sirven mal de sus rentas. No es principalmente para estudiar la táctica y la estrategia de la revolución por lo que los comunistas, aun hoy, leen y hacen leer a Marx. Lenin enseña mucho más sobre los métodos revolucionarios. Pero la lectura de Marx deforma las inteligencias, orienta la voluntad hacia la repulsa de todo lo que es amor y misericordia, y despierta y atiza los apetitos. Karl Marx hizo del materialismo una religión. El odio es la mística de dicha religión. La lucha de clases en su método ascético. El culto de la sociedad inspira su liturgia. Todas las potencias espirituales que la naturaleza ha dado al hombre son movilizadas, y como violentadas por el marxismo, hasta conseguir que el error y el pecado hayan oscurecido la imagen de Dios en el hombre hasta el extremo de hacerla prácticamente inconcebible.

SEGUNDA PARTE

¿QUE ES EL LENINISMO?

Karl Marx fue el profeta del comunismo. Lenin ha sido su director de escena. En efecto, en el plano de la acción práctica, la vida de Marx fue un fracaso. Los comunistas de su tiempo juzgaban su doctrina demasiado abstracta y no presentían su diabólica energía espiritual. Descontento de esta incomprensión, Marx renunció a transformarse en el jefe del movimiento. Su vida no fue ni la de un tribuno ni la de un jefe de masas, sino la de un intelectual que salía poco de su casa, que se pasaba escribiendo todo el día, apenas capaz de hacerse cargo de su propio destino, y viviendo materialmente gracias a los subsidios de un amigo generoso. Engels. En su obra anuncia la evolución de la humanidad. Afirma la inevitable victoria del comunismo. Pero, si bien prepara los espíritus para alcanzarla, últimamente no trabajó por realizarla, por hacerse cargo *prácticamente* de la dirección de la revolución.

Fue Lenin quien se apoderó de esta tarea y comenzó a llevarla a cabo. Nacido en 1870, tenía trece años cuando Marx murió. Fue, a la vez, un intelectual de altos vuelos y un hombre de acción de temible eficacia. Leyó a Graco Babeuf, a Hegel, a Feuerbach, y, naturalmente, a Karl Marx. Adquirió la certeza de que la evolución dialéctica de la humanidad hacia la dictadura del proletariado y el comunismo, *no se haría por sí sola...* Se liberó de todo lo que, en el pensamiento de Marx, es preocupación puramente especulativa. De dicho pensamiento fundamentalmente retuvo la visión histórica, pero en lugar de considerar a esa visión como la profecía del porvenir a alcanzar, la consideró como el programa de una transformación a realizar.

A comienzos del siglo XX se le encuentra, o en Ginebra o en París, meditando sobre la técnica capaz de permitir llevar a cabo la revolución. De 1909 a 1912 permanece en París, en donde desarrolla una intensa actividad revolucionaria. Recibía a sus camaradas rusos en un pequeño alojamiento del distrito XIV, calle Marie-Rose, 4. Podemos suponer que, en este momento, es cuando puso a punto los temas principales de la acción política que, a partir de 1917 y hasta su muerte en 1924, perseguirá con un fanatismo y una dureza extraordinaria.

Después de la caída del Zar, entró en Rusia con el consentimiento del gobierno alemán. Una vez llegado a Petrogrado, el 3 de abril de 1917, ganó para sus ideas a la mayoría de los soviets, o sea, a los consejos de obreros, y, el 7 de noviembre, los bolcheviques se apoderaron de los principales edificios públicos. Transformado en Presidente del Consejo y en Comisario del Pueblo, puso en práctica, desde entonces hasta su muerte, una verdadera estrategia de la revolución mundial cuyo conjunto constituye precisamente el leninismo que ahora vamos a estudiar.

Para exponer la estrategia revolucionaria de Lenin, examinaremos sucesivamente:

1. La estrategia de la revolución: la dictadura del proletariado.
2. El instrumento de la revolución: el partido de los revolucionarios profesionales.
3. La táctica de la revolución: las alianzas y los compromisos.

CAPÍTULO IV

La estrategia de la revolución:

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

La Asociación Internacional de Trabajadores se fundó el 28 de septiembre de 1864. Fue la primera internacional. Se disolvió, por el mismo Marx, en 1870. Engels, como razón para esta disolución, dio la siguiente:

«*Anteriormente era necesario buscar, uno a uno, los obreros que tenían conciencia de su situación como obreros, y de su oposición histórica y económica al capital, ya que esta misma oposición comenzaba a nacer...*

Hoy, el movimiento internacional del proletariado europeo y americano se ha hecho tan poderoso que no sólo su primera forma restringida: la línea secreta, sino también su segunda forma, infinitamente más vasta, la asociación pública, la asociación internacional de los trabajadores, HA LLEGADO A SER UN ESTORBO. El simple sentimiento de solidaridad, fundado en la conciencia de estar en similar situación de clase, ha bastado para crear y para mantener entre los trabajadores de todos los países y de todos los idiomas un único gran partido, el partido del proletariado» (1).

En otras palabras, Marx y Engels estimaban en 1870 —el mismo año del nacimiento de Lenin— que si bien la organización, clandestina o pública, de los revolucionarios en un momento dado había tenido su utilidad, había dejado ya de ser oportuna. Ambos teóricos tenían tal confianza en su análisis dialéctico de la evolución histórica, que creyeron que las etapas venideras se realizarían por sí mismas, de forma espontánea.

Sobre esta cuestión, absolutamente fundamental desde el punto de vista práctico, *Lenin se opuso a Marx*, e, incluso, invirtió la teoría de su maestro.

Al haber adquirido la convicción de que los obreros, entregados a sí mismos, jamás serían capaces de realizar la etapa dialéctica de liquidación de la burguesía, sostiene, desde el principio, que se ha subestimado la importancia de la teoría revolucionaria y del movimiento revolucionario.

---

(1) F. ENGELS: Apéndice al *Manifiesto comunista.*

«*La historia de todos los países,* escribe, *atestigua que la clase obrera, entregada únicamente a sus fuerzas, sólo puede alcanzar la conciencia trade-unionista, la convicción de que es necesario unirse en sindicato, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno tal o cual ley necesaria para los obreros, etc... La conciencia socialista o revolucionaria sólo puede venir de la clase burguesa, de los intelectuales, de los fundadores del socialismo científico: Marx y Engels fueron intelectuales burgueses*» (2).

Sobre lo cual, Lenin afirma, contrariamente también en esto a la convicción de Marx, que la lucha económica sola no es apta para desarrollar la conciencia revolucionaria de los obreros. Por consiguiente, hay que dejar de considerar a la revolución comunista como el resultado necesario de una evolución espontánea. Es preciso que, ahora, intelectuales burgueses analicen la situación, formulen la teoría de la revolución, y constituyan un núcleo que llegue a ser el elemento consciente y director de la evolución de la humanidad en su progreso dialéctico. Lenin se consideró el fundador de dicho núcleo, y su pensamiento sobre la estrategia de la revolución puede reducirse a algunos puntos fundamentales.

1. EL CAPITALISMO DE LA EPOCA IMPERIALISTA

Movido por su deseo de examinar las condiciones concretas, para una activa conducción del movimiento revolucionario, Lenin se esforzó por ver, desde este punto de vista, cuál había sido la evolución del capitalismo desde el análisis que Marx había hecho de él.

Marx, principalmente, había analizado el capitalismo tal como se podía observar entre 1840 y 1880. Ahora bien, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se produjo el desarrollo gigantesco de ciertas concentraciones de capital. Al capitalismo de competencia entre pequeñas unidades sucedió el dominio de los monopolios. Las firmas más poderosas se esforzaron por imponer precios que conducían a los más débiles a la quiebra. Así, mientras que el capitalimo interpretado por Karl Marx a mediados del siglo XIX, principalmente se presentaba como la explotación de los proletarios por el capitalista, el capitalismo interpretado por Lenin a comienzos del siglo XX, se presenta como la dialéctica entre las pequeñas y las grandes empresas. Lenin amplió aún más su punto de vista, e interpretó la nueva etapa del

(2) LENIN: *Obras completas,* t. IV, p. 437 (ed. fr.).

régimen capitalista como *un conflicto entre las naciones poseedoras para la conquista de mercados.*

A este capitalismo de rivalidades entre potencias económicas le da el nombre de «capitalismo de la época imperialista». Es necesario recordar aquí uno de los puntos de la Doctrina de la Iglesia.

Pío XI analizó esta evolución del capitalismo. En la encíclica *Quadragesimo Anno,* examinando los cambios sobrevenidos desde León XIII, escribió lo siguiente: «*Tal acumulación de riquezas y de poder origina, a su vez, tres tipos de lucha: se lucha en primer lugar por la hegemonía económica; se entabla luego el rudo combate para adueñarse del poder público, para poder abusar de su influencia y autoridad en los conflictos económicos; finalmente, pugnan entre sí los diferentes Estados, ya porque las naciones emplean su fuerza y su política para promover cada cual los intereses económicos de sus súbditos, ya porque tratan de dirimir las controversias políticas surgidas entre las naciones, recurriendo a su poderío y recursos económcos.*»

Puede decirse que la materialidad de los hechos tal como Pío XI la hace constar, corresponde con la materialidad de los hechos tal como Lenin la describe. Pero en el análisis de las causas ya no se entienden. Para Pío XI: «*Ultimas consecuencias del espíritu individualista en economía... son ésas... La dictadura económica se ha adueñado del mercado libre; por consiguiente, al deseo de lucro ha sucedido la desenfrenada ambición de poderío.*» Por lo tanto, el remedio a esta situación lo constituye el retorno al espíritu de justicia y de caridad en la vida económica.

Por el contrario, para Lenin el capitalismo de la época imperialista es una nueva ilustración del análisis dialéctico de la evolución de la sociedad. Pues bien, no hay razón para buscar su remedio moral, sino que, por el contrario, hay que utilizar «dialécticamente» la situación así creada. Para la intención fundamental de Lenin de hacerse cargo de la organización de la revolución mundial, el capitalismo de la época imperialista y las rivalidades entre las naciones capitalistas, constituyen una situación favorable para intentar conseguir, en un país determinado, la victoria del socialismo. A causa de sus disensiones y contradicciones internas, los países capitalistas serán incapaces de intervenir, y la dictadura del proletariado podrá, por tanto, establecer sólidamente en un primer país.

Así, poco a poco, se abrió paso en el espíritu de Lenin lo que ha llegado a ser clásico denominar.

2. LAS TRES ETAPAS DE LA REVOLUCION MUNDIAL

Para estudiar estas tres etapas, en primer lugar es necesario definir lo que es la estrategia de la revolución. En la terminología militar, como sabemos, la *estrategia* designa la concepción de *conjunto* de un general en jefe, mientras que la *táctica* solamente designa la concepción *particular* de una operación limitada, sobre un terreno dado. Un general podrá prever el retroceso táctico de una de sus unidades, para facilitar así un movimiento estratégico de progresión sobre puntos considerados como más importantes. En resumen, la táctica gana o pierde batallas, y la estrategia gana o pierde la guerra.

Lenin había estudiado a fondo las obras de los grandes tratadistas de estrategia del siglo XIX. En particular había leído y anotado los trabajos de Clausewitz, de quien tendremos que volver a hablar a propósito de la guerra revolucionaria. Lenin adoptó numerosas concepciones de Clausewitz, y las transpuso del plano de la dirección de la guerra, al plano de la conducción de la revolución. Así, pues, fue llevado a definir la estrategia de la revolución como sigue:

«*La estrategia consiste, tomando como base una etapa dada de la revolución, en fijar la DIRECCION DEL ESFUERZO PRINCIPAL del PROLETARIADO, en elaborar un plan apropiado a la disposición de las fuerzas revolucionarias, y en luchar por la realización de ese plan durante toda la citada etapa de la revolución*» (3).

Por tanto, el esfuerzo de la estrategia revolucionaria, en su plenitud, consiste en implantar la dictadura del proletariado en el mundo entero.

Así, bajo este primer aspecto, el leninismo consiste en considerar a la revolución como una actividad meditada y organizada que persigue un dominio universal. Este carácter universal lo encierra en la palabra «estrategia».

No basta con comprender este punto de forma meramente intelectual. Para prehender la espantosa voluntad de poder de que da testimonio este proyecto es necesario, en cierta manera, hacerlo con el alma entera. Los mayores conquistadores de la antigüedad y de los tiempos modernos no tuvieron semejante sueño. Ni siquiera Alejandro y Napoleón. Lo que Lenin emprende es la conquista de los hombres y de la Historia, de todos los hombres y de toda la Historia. Se anexiona la del pasado por la explicación teórica, y la del porvenir por la dominación práctica.

---

(3) STALIN: *Principios del leninismo,* p. 86 (ed. fr.).

Para conseguirlo, a la vista de las condiciones del capitalismo de la época imperialista, considera tres etapas en la estrategia de conjunto de la revolución.

3. PRIMERA ETAPA

Lenin se opuso a otros jefes comunistas en su concepción de la estrategia revolucionaria. En particular se opuso a Trotsky. Este era partidario de una actividad revolucionaria simultánea en todos los países. Lenin se negó a ello. La primera etapa de la estrategia revolucionaria debería consistir en el establecimiento de la dictadura del proletariado en un primer país, especialmente en Rusia:

«El esfuerzo principal consiste en aislar a la democracia de la pequeña burguesía (mencheviques y socialistas revolucionarios), que intentan atraerse a las masas trabajadoras del campesinado, y en establecer la dictadura del proletariado en Rusia» (4).

Según la profunda intuición de Lenin, las fuerzas no deberían dispersarse en numerosos combates, sino que, a la inversa, deberían concentrarse totalmente para ocupar sólidamente una posición con objeto de, posteriormente, utilizar dicha posición como base de partida para nuevas conquistas.

Al hacer esto Lenin, no solamente aplicaba nociones estratégicas de probado valor, sino que también enjuiciaba agudamente a los países capitalistas cuya misma existencia comenzaba a minar. Efectivamente, estaba persuadido de que las rivalidades existentes entre estos países les cegarían lo suficiente como para *impedirles comprender* el peligro que para ellos representaba la instauración de la dictadura del proletariado en un primer país comunista. En este punto los acontecimientos confirmaron plenamente la teoría leninista, ya que, desde 1917, las naciones capitalistas han asistido al desarrollo de la *estrategia revolucionaria sin comprenderla profundamente.*

4. SEGUNDA ETAPA

El establecimiento de la dictadura del proletariado en ese primer país constituye una «base», pero no una base militar con miras a obtener una conquista clásica de los países capitalistas. Rusia no deberá ser una reserva en hombres y en armas para una conquista militar, sino que pudiéramos

(4) *Idem*, p. 89.

decir que, al contrario, deberá ser una reserva en ideas y técnicas revolucionarias para una conquista psicológica.

Clausewitz había observado que: «*La guerra no se deriva necesariamente del hecho de la invasión, sino del hecho de la defensa que el invadido opone al invasor.*» De esta observación fundamental, Lenin dedujo que la penetración del comunismo puede ser «pacífica», en tanto que se lleva a cabo, no por un ataque material de los ejércitos rusos, sino por un debilitamiento metódico de la moral de los países capitalistas.

Hay que insistir en esto. En cierta manera estamos en el corazón del leninismo. Este, esencialmente, consiste en HACER CULPABLES a aquellos que se oponen al comunismo, y, con carácter general, a los que se oponen al agresor.

En cierto modo, se trata de UTILIZAR el precepto evangélico de «poner la otra mejilla», para convencer a pueblos enteros de que son criminales si se defienden contra el comunismo.

Así, en Vietnam, la agresión de los comunistas del Norte para conquistar el Sur, se transformó en ¡una «agresión» americana contra un desdichado pequeño país que reclama la independencia! Así, también, cuando la URSS invadió Checoslovaquia, el 20 de agosto de 1968, denunció la «provocación» de los «contrarrevolucionarios» checoslovacos que «atacaban» a los pacíficos carros soviéticos, etc.

Según la concepción de Lenin, el régimen de la dictadura del proletariado en Rusia constituye algo así como el cerebro director de un inmenso sistema nervioso extendido por el mundo entero, trabajando universalmente, según consignas precisas, en la agitación y propaganda comunista. Después de tomar el poder en 1917, hizo, por así decirlo, un recuento de los medios que el poder político ponía a su disposición. La representación diplomática en todos los países, le permitió tener en cada país un centro de transmisión de consignas prácticamente invulnerable, gracias a la inmunidad diplomática. Alrededor de dicho centro, los medios ideológicos, financieros, policíacos, la utilización de las élites revolucionarias y de las masas proletarias, se transformó en una simple cuestión de organización. En pocos años, la red de la organización revolucionaria mundial se extendió, con eficacia extraordinaria, por el mundo entero.

Pío XI, en la encíclica *Divini Redemptoris*, puso poderosamente de relieve esta segunda etapa de la conquista revolucionaria: «*Existe, además, otra causa de esta tan rápida difusión de las ideas comunistas, infiltradas secretamente en todos los países, grandes y pequeños, cultos e incivilizados, y en los puntos más extremos de la tierra; una propaganda realmente diabólica, cual el mundo tal vez nunca ha*

conocido; propaganda dirigida desde un solo centro y adaptada hábilmente a las condiciones peculiares de cada pueblo; propaganda que dispone de grandes medios económicos, de numerosas organizaciones, de congresos internacionales, de innumerables fuerzas excelentemente preparadas; propaganda que se hace a través de la prensa, de hojas sueltas, en el cinematógrafo y en el teatro, por la radio, en las escuelas y hasta en las universidades, y que penetra poco a poco en todos los medios sociales, incluso en los más sanos, sin que éstos adviertan el veneno que está intoxicando a diario las mentes y los corazones.» (N.° 17.)

Pío XI describió esta segunda etapa de la estrategia revolucionaria en 1937. Hacía ya veinte años que ésta se había desplegado por el mundo, cuando, mediante este documento solemne, el Papa, con asombrosa precisión, advirtió e iluminó a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad. Desde entonces, han pasado más de treinta años, y los más aún no lo han entendido. Incluso hasta se intenta hacernos creer que la invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968, sólo es una simple «recaída» en el «estalinismo», ¡un simple «accidente...»! Cuando, pura y simplemente, se trata de la estricta aplicación del leninismo y de su estrategia fundamental.

5. TERCERA ETAPA

Si la segunda etapa consiste en utilizar el poder político, diplomático, militar, científico, ideológico y policíaco de la Rusia soviética con objeto de disgregar a los otros países desde el interior, la tercera etapa se realizará en el momento en que la dictadura del proletariado se extienda a toda la humanidad.

«*El esfuerzo principal consiste en aislar a la democracia pequeño burguesa, en aislar a los partidos de la Segunda Internacional, y en establecer la dictadura del proletariado en todo el mundo*» (5).

Una vez establecida la dictadura universal del proletariado, será fácil trabajar en la liquidación dialéctica de toda religión, de toda libertad política, de toda propiedad privada, de toda estructura familiar, y de toda dignidad personal del hombre. La ruina de la civilización cristiana y del mismo derecho natural, podrá ser realizada metódicamente y llevada hasta sus últimas consecuencias. El trabajo efectuado en los países comunistas para condicionar el pensamiento individual y colectivo de toda la población, nos da una idea de

(5) *Obras completas*, t. XXV, p. 255 (ed. fr.).

lo que llegará a ser la vida individual y la vida social, una vez llevado a cabo «el salto cualitativo brusco» de la extensión universal de la denominada «dictadura del proletariado» al mundo entero.

6. LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Quizás es aquí donde se manifiesta, con una extraordinaria intensidad de maldad, lo que, sin duda, deberemos llamar el genio de Lenin. Este concibió y sintió, en grado espantoso, la libertad física que el hombre tiene para hacer el mal, y la eficacia a la cual puede llegar al hacerlo.

No basta comprender este punto en forma intelectual. Hay que asimilarle, adquirir sobre él una inteligencia, en cierto modo, espiritual.

Podemos razonar por analogía. Demasiado a menudo, la vida cristiana es una vida mediocre. Son numerosos aquellos que, aceptando en teoría la moral enseñada por la Iglesia, sólo la viven muy parcialmente. Practican la humildad hasta donde las conveniencias tradicionales les llevan a hacerlo sin esfuerzo. Practican la caridad en la proporción exacta que corresponde a los impulsos espontáneos de su sensibilidad..., y así sucesivamente. Por el contrario, lo que caracteriza a los santos es que, fieles a la gracia que les ilumina y les da firmeza, practican la humildad de forma heroica. Practican la caridad de forma heroica. Tienen conciencia de poder hacer mucho, mediante la oración y la penitencia, por una multitud de almas. Son absolutos en el don: toda su vida está dada a Cristo.

Para entrar en el plan de acción, al cual Lenin dio el nombre de dictadura del proletariado, hay que repetir las observaciones precedentes, pero, por así decir, como en un molde, invirtiéndolas. Los hombres corrompidos muy rara vez llegan hasta el fin de la corrupción. Pudiéramos decir que son tan mediocres en el mal, como los cristianos anémicos lo son en el bien. A menudo, unos y otros se ven frenados por su medio de vida, pues la sociedad laicista, frecuentemente, se caracteriza por reprimir con violencia a la virtud cuando es heroica, y al vicio cuando es abyecto.

Esto lo había comprendido Lenin profundamente. Había comprendido, profundamente, que una acción revolucionaria, sólo con la condición de ser un compromiso absoluto en el mal y en el odio podría tener alguna posibilidad de éxito. Al revés de los santos que saben que Dios es absoluto, y que, por consiguiente, viven esforzándose, mediante la gracia, por realizar interiormente Su voluntad en plenitud, Lenin, prácticamente, considera a la humanidad como el absoluto. Ma-

teria en evolución sin causa y sin dueño, la humanidad lo puede todo. TODO sin excepción. Ahora bien, el proletariado, fuerza revolucionaria, actualmente es el mandatario de la humanidad, y aquellos que detentan la dictadura del proletariado son los mandatarios de éste. Por lo tanto, para realizar el fin último, pueden, con una independencia sin límite, matar, robar, mentir o, también, proteger, enriquecer y ayudar. Todo eso es absolutamente indiferente: *La dictadura del proletariado es una lucha encarnizada, sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones del viejo mundo»* (6).

No cuenta nada más que el fin. También en esto el pensamiento es inequívoco: «*Nuestra moral está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado. Nuestra ética se deduce de los intereses de la lucha de clases del proletariado... Nuestro deber está en subordinarle todos los intereses. Nuestra moral comunista le está subordinada. Decimos: «es moral lo que contribuye a la destrucción de la antigua sociedad de explotadores»* (7).

Lenin tiene la intención de dominar, manipular, y, si es posible, crear toda la historia del mundo, su historia venidera, emancipando para siempre al hombre de todas las conveniencias sociales, de todas las normas morales, de todas las luces religiosas. «*La dictadura del proletariado es una lucha encarnizada, sangrienta, sin piedad, la lucha a muerte entre dos clases, dos mundos, DOS EPOCAS DE LA HISTORIA UNIVERSAL»* (8).

En el pensamiento del iniciador de la revolución mundial, el gran cambio de la Historia no es ya la Redención del mundo por Cristo Jesús, sino la redención del mundo por la liquidación universal de la propiedad privada, de la dignidad personal y de la religión.

En resumen, el objetivo de Lenin consiste en realizar, con una independencia moral sin límites, una humanidad absoluta. Esta se erguirá orgullosamente contra su Creador para que, contando con el aniquilamiento de las leyes morales y con el dominio, tan total como sea posible, de las leyes físicas, consiga la humanidad producirse a sí misma, crearse a sí misma, gracias a la ciencia y a la técnica, a la herencia dirigida y a la esclavitud colectiva: «*La dictadura, en su concepción científica, no significa otra cosa que un poder que no está limitado por nada, por ninguna ley, y que se apoya directamente en la violencia... La dictadura significa*

(6) *Idem*, p. 229.
(7) *Idem*, pp. 465 y 466.
(8) LENIN: *La tercera internacional y su lugar en la historia.*

—sépase de una vez para siempre— un poder ilimitado apoyándose en la fuerza y no en la ley» (9).

En la práctica, la dictadura del proletariado se lleva a cabo por la dictadura absoluta de uno solo. Sucesivamente, Lenin, Stalin, Kruschev, Kosiguin y los otros amos del Kremlin, han establecido una tiranía anónima, identificándose, de forma casi mística, con la voluntad del proletariado.

7. LA POLITICA ECONOMICA

Como ya hemos dicho, el establecimiento de la dictadura del proletariado en un país corresponde, en el plano interior, a la puesta en marcha de una política que persigue tres objetivos fundamentales:

a) Desarrollo progresivo del socialismo.

b) Independencia económica, frente a los países capitalistas.

c) Propagación de la revolución en el exterior.

Examinemos estos tres puntos:

a) La política económica tiende a realizar el socialismo en el interior del país sometido a la dictadura del proletariado. En sustancia, se trata de sustituir, en todas partes, a la propiedad «privada» por la propiedad «social». Para llevar a cabo este esfuerzo, los comunistas buscan seguir las mismas etapas de la «dialéctica de la Historia». No les veremos, por ejemplo, pasar directamente de un regimen feudal a un régimen de propiedad colectiva. Si conquistan el poder en un país aún fundado en estructuras feudales, trabajan, en primer lugar, para hacerle evolucionar del feudalismo a la propiedad privada. Por ejemplo, esto es lo que ocurrió en Rusia, antes de 1930. Durante varios años, el gobierno comunista alentó y ayudó a los «kulaks», pequeños propietarios agrícolas, declarándolos aliados del proletariado obrero. Luego, en 1930, los periódicos lanzaron furiosos ataques contra los «kulaks», que fueron denunciados como enemigos del pueblo. Había sonado la hora de pasar de la propiedad privada al colectivismo agrario. Desde 1930, las granjas colectivas, reformadas varias veces, han reemplazado a la propiedad privada de los «kukaks». En China también hemos visto a los comunistas seguir el mismo proceso. Con el nombre de reforma agraria, comenzaron por pasar de un régimen feudal de gran propiedad a un régimen individualista de pequeña explotación agrícola. A continuación, reuniendo a los campesinos en una gran organización por clases, según la importancia de la propiedad, desarrollaron las contradiccio-

---

(9) LENIN: *El Estado y la Revolución.*

nes internas entre los intereses rivales. Una aplastante presión fiscal, oportunamente establecida, inclinó entonces a los campesinos a desear, «espontáneamente», la colectivización de las tierras, y en esto consistió la generalización de las «comunas populares».

«*La solución*, afirmó Stalin, *es pasar de las pequeñas propiedades campesinas dispersas a grandes propiedades centralizadas, basadas en el trabajo de la tierra en común; es pasar al cultivo colectivo de la tierra, basado en una técnica nueva, superior. La solución está en agrupar a las pequeñas y minúsculas propiedades campesinas progresivamente, pero sin desfallecimiento, no mediante presión, sino por la enseñanza de los hechos y la persuasión, en grandes propiedades basadas en el trabajo de la tierra en común*» (10).

La simultánea expropiación de las fábricas, talleres y bandos viene a completar la colectivización del suelo para llevar a cabo la abolición de las clases, y la reunión en manos de la sociedad, por intermedio del Estado, de toda la potencia humana y técnica de producción del país.

Retengamos que el paso al socialismo se efectúa por la introducción metódica de un formento dialéctico que permite realizar, artificialmente y de forma acelarada, la evolución materialista de la Historia tal como la describe Karl Marx.

b) Por otra parte, la política económica tiende a conseguir condiciones que permitan la independencia frente al mundo capitalista. Por esta razón, desde el comienzo de la dictadura del proletariado en Rusia, Lenin se dedicó a desarrollar la industria pesada, y, ante todo, su núcleo central: las fábricas de maquinaria. Por esta misma razón, hemos visto a los soviéticos hacer un enorme esfuerzo en materia atómica, y, también, en la conquista del espacio.

En efecto, desde el comienzo de la revolución, Lenin se preguntó si la edificación del socialismo en un solo país estaría condenado al fracaso, al tener que hacer frente a una unión de fuerzas capitalistas, capaces de oponerse, mediante una guerra clásica, a la edificación de la ciudad socialista. Para llevar a cabo su plan, tuvo que apostar a favor de las contradicciones entre los países capitalistas.

En este punto, Stalin distingue dos interrogantes diferentes: «*El de la posibilidad de edificar el socialismo con las fuerzas de un solo país, al cual deberá responderse afirmativamente. Y el de saber si un país con dictadura del proletariado puede considerarse plenamente garantizado contra la intervención y, en consecuencia, contra la restauración del antiguo orden de cosas, SIN LA VICTORIA DE LA REVOLU-*

(10) *Historia del partido comunista en la URSS*, p. 249 (ed. fr.).

CION EN OTROS VARIOS PAISES, al cual deberá responderse negativamente» (11).

Es también un complemento necesario de la política económica para la edificación interior del socialismo, el trabajar en el exterior para obtener la expansión y el mantenimiento (Hungría 1956 y Checoslovaquia 1968) de la revolución.

c) La extensión de la revolución al exterior no se presenta solamente sobre la base de una organización revolucionaria en cada país, lo cual estudiaremos un poco más adelante. Se presenta también, como un esfuerzo de propaganda —sostenido, por otra parte, por esa organización revolucionaria— para hacer «madurar» a los países capitalistas, en dirección al socialismo.

En los países capitalistas, la política económica, «teledirigida» por la organización revolucionaria mundial, se expresa mediante las siguientes formas:

1. *Organización metódica de huelgas en los países capitalistas.* Por diferentes medios: propaganda, infiltración, agentes provocadores intentan poner en marcha, en todos los países capitalistas, el ciclo infernal de los salarios y de los precios. En todos los países del mundo, el juego normal de la concurrencia está metódicamente falseado. Cada aumento de salarios repercute en los precios, y cada aumento de precios repercute en los salarios. Como la producción aumenta menos rápidamente que la masa monetaria, resulta de ello una inflación creciente que lentamente MATA LA MONEDA. Esta operación tiene la ventaja de, progresivamente, conducir a todas las pequeñas y medianas empresas a la quiebra, y de concentrar el poder en las manos de los más grandes. Entonces resulta fácil denunciar la explotación que, por sí sola, ha permitido la formación de un tal poder económico, y conducir así a la nacionalización de las grandes compañías. De este modo, mediante una evolución interna, pueden encaminar a los países capitalistas hacia el socialismo. En mayo de 1968, el Partido Comunista francés, que no deseaba ocupar el poder, no por ello actuó con menor lucidez para lograr, con un completo éxito, reactivar la inflación.

2. *Propaganda metódica con miras a lograr el colectivismo agrario.* La evolución interna de los países capitalistas en el plano económico, también deberá ser realizada en el dominio agrario. Las explotaciones más poderosas y prósperas serán denunciadas metódicamente como fruto de la explotación, y, por ello, se reclamará su socialización. En cuanto a las empresas pequeñas y medias, se pondrán de relieve sus dificultades económicas como si fuesen una ve-

---

(11) STALIN: *Cuestión del leninismo*, p. 57 (ed. fr.).

rificación de la tesis del materialismo histórico: únicamente pueden sobrevivir si se unen para constituir vastas explotaciones colectivas.

3. *Apoyo metódico a la ideología «antítesis»*. Finalmente, la política económica en el exterior será sostenida mediante el apoyo prestado, en cada país, a las fuerzas que, en un momento dado, desempeñen el papel de «antítesis». En un país en donde los socialistas constituyen la extrema izquierda del conjunto de las ideas sociales, los comunistas, en lugar de afirmarse prematuramente, sostendrán la política socialista. Cuando, por el contrario, la «podredumbre» de las ideas sea ya suficiente, el partido socialista será denunciado como traidor a la clase obrera y como aliado del gran capital. Entonces el partido comunista saldrá parcialmente de la clandestinidad: una etapa dialéctica habrá sido franqueada.

En consecuencia, la política económica, tanto si se desarrolla en el interior como si lo hace en el exterior del país sometido a la dictadura del proletariado tiene, por fin esencial, precipitar artificialmente las etapas dialécticas de la evolución de la humanidad, tal como si fueran descritas por Karl Marx: «*Nuestra tarea consiste en utilizar todas las manifestaciones de descontento, en recoger y en aprovechar todas las partículas de protesta, hasta si están en embrión*» (12).

8. LA CUESTION NACIONAL Y COLONIAL

En su ambición de conquista mundial, el leninismo sienta como principio, y en la práctica, la unidad de acción de todos los revolucionarios en el plano internacional. «Proletarios de todos los países, uníos.» De atenerse a una lógica «burguesa», sería, pues, de esperar que el comunismo se declarase enemigo irreductible de los nacionalismos.

Pero comenzamos a acostumbrarnos: la lógica marxista es una lógica *dialéctica*. Será necesario, por tanto, o considerar al nacionalismo como la expresión de una clase «*tesis*»: el capitalismo burgués, y entonces será malo y habrá que anunciar su inevitable liquidación por la Historia, o, por el contrario, cuando las circunstancias nos lleven a identificar al nacionalismo con las aspiraciones de un grupo «*antítesis*», ese nacionalismo será bueno, puesto que marcha «en el sentido de la historia».

Esto explica las innumerables contradicciones —a nuestros ojos— de los jefes comunistas en este punto. Así, en 1935, Maurice Thorez decía: «*El partido socialista se declara en favor de la defensa nacional, mientras que el partido co-*

(12) LENIN: *Obras completas*, t. IV, p. 490 (ed. fr.).

munista sigue fiel al manifiesto de Karl Marx y de Engels: 'los proletarios no tienen patria'» (*Journal Officiel* del 15-3-35). Y el mismo Thorez, en 1936, declaraba a Villeurbanne: «*La nación francesa es esa suma de gloriosas tradiciones y de generosas aspiraciones que pisotean los defensores del fascismo...*» (Maurice Thorez: *Union de la nation française*, p. 126).

En resumen, Stalin, Thorez y todos los otros discípulos de Lenin se han esforzado por pensar la cuestión nacional en términos dialécticos. Cada vez que se presente una situación internacional que la oponga a la URSS, la nación es una realidad burguesa que hay que destruir. Cada vez que se presente una situación internacional que la oponga al mundo capitalista, la nación es una realidad gloriosa y se hace legítimo morir por ella. En 1939, los comunistas franceses se negaron a batirse contra Hitler, aliado de la URSS. En cambio, después de 1941, se erigieron en campeones de Francia contra Hitler, que había invadido la URSS.

De igual modo, la solución de la cuestión colonial es una aplicación directa del método dialéctico. La explotación de un país por otro es buena y loable, cuando el país explotador es comunista. Basta pensar de qué manera Rusia ha hecho uso de ella con sus satélites, para comprobar que, hoy, la forma más acabada del más inhumano colonialismo consiste en la extensión de la dictadura del proletariado a un nuevo país. Cuando, por el contrario, una nación «capitalista» invierte sus capitales en una región subdesarrollada y se esfuerza por elevar a la vez el nivel intelectual, material y moral de la población, evidentemente comete una acción vergonzosa y, para ella, sería mucho más honorable retirarse... En efecto, no va en el sentido de la contradicción, sino que, al revés, ¡va en el sentido de la reconciliación! Por lo tanto, es un obstáculo fundamental para la propagación de la revolución mundial.

Todos los medios serán buenos: asesinato, terror, campañas de calumnias, etc., para persuadir al mundo que la pretensión del país capitalista de ayudar al país subdesarrollado es una odiosa hipocresía, y para persuadir al país subdesarrollado que su dignidad y su independencia exigen que se levante contra aquellos que vienen a ayudarle.

Resumiendo en forma muy esquemática, y *sin olvidar además que*, durante tiempo, *las naciones capitalistas descuidaron o ignoraron sus deberes de solidaridad para con los países subdesarrollados*, podemos decir que el leninismo explica la cuestión colonial asimilando a los pueblos subdesarrollados con la clase explotada, y a los países capitalistas, con posibilidades de ayudarles, con la clase explotadora. Sólo un conflicto sin piedad puede permitir resolver

dialécticamente la situación. Esto explica cuál es el motivo por el que los comunistas, sistemáticamente, sostienen los nacionalismos en los países subdesarrollados, incluso cuando esos nacionalismos son personalmente anticomunistas. Históricamente juegan el papel de antítesis. Tienen, pues, derecho al apoyo de la organización revolucionaria mundial. Los nacionalismos encuentran en esa alianza su interés inmediato; el comunismo internacional, fuerte con su organización revolucionaria, está seguro de encontrar en ella su interés a largo plazo.

* * *

Tales son los principales puntos a través de los cuales podemos resumir la concepción leninista de la estrategia revolucionaria. Como vemos, el pensamiento de Karl Marx está ampliamente rebasado. El leninismo tiene su personalidad específica, y, hablando con propiedad, el mundo libre no se encuentra hoy frente a un pensamiento marxista traducido a la realidad, sino frente a algo todavía más diabólico: al comprobar que las profecías de Marx no correspondían a la realidad y que las fuerzas de amor en el mundo bastaban para compensar naturalmente a las fuerzas de contradicción, Lenin se esforzó por *racionalizar y organizar el odio*. El mundo cristiano comprueba los resultados. Pero, sin embargo, en su conjunto, no parece que aún haya comprendido bien las causas.

CAPÍTULO V

El instrumento de la revolución:

EL PARTIDO DE LOS REVOLUCIONARIOS PROFESIONALES

Para poner en práctica en el mundo entero la estrategia revolucionaria, Lenin concibió una organización sin igual en toda la historia de la humanidad: el partido comunista.

La palabra «partido» es engañosa. En efecto, a primera vista uno siente la tentación de creer que hay un partido comunista como hay un partido socialista o un partido liberal... Cada uno de ellos agrupa a personas que participan de una misma opinión y que, a través de la elección y mediante la propaganda, se esfuerzan por hacer triunfar su punto de vista y, si es posible, ocupar el poder, al menos durante cierto tiempo. Ahora bien, el partido comunista no tiene nada en común con esta concepción —nada, salvo el nombre de partido y una cierta apariencia completamente superficial—.

1. LA LUCHA CONTRA MARTOV

Cuando trabajaba para establecer la dictadura del proletariado en Rusia, Lenin no solamente se opuso a Trotsky, como ya hemos visto, sobre qué estrategia debería de prevalecer en la conducción de la revolución mundial; se opuso también al poderoso grupo de los mencheviques, dirigidos por Martov. Las secciones 2 y 3 del capítulo II de la «Historia del Partido Comunista en la URSS», narran la lucha victoriosa de Lenin y los bolcheviques contra Martov y los mencheviques. Lenin explicó la diferencia entre ambos puntos de vista en el folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, publicado en 1904.

La causa de su oposición era la concepción sobre el partido comunista: Martov pretendía reunir en el partido: «*los elementos organizados y los desorganizados, los elementos altamente desarrollados con aquellos incorregiblemente atrasados*, y dice Lenin, *esta confusión es peligrosa.*»

En cierto aspecto, los mencheviques eran más fieles al

pensamiento de Marx que los bolcheviques. Marx había considerado que la evolución dialéctica de la humanidad era una lucha de *clases.* Por tanto, Martov, lógicamente, se esfuerza por organizar a *toda* la clase obrera. De manera semejante, Axelrov decía: «*Naturalmente creamos ante todo una organización de los elementos más activos del partido, una organización de revolucionarios, pero como somos* un partido de clase, *hay que pensar que NO TENEMOS DERECHO a dejar fuera del partido a gentes que se afilian conscientemente, aunque, quizás, no de forma completamente activa.*»

Lenin se opuso, con absoluta firmeza, a este punto de vista. Para él hay una diferencia fundamental entre el partido comunista y la clase proletaria: «*Es necesario abstenerse de asimilar a la organización de los revolucionarios con la organización de los obreros... La organización de los revolucionarios, ante todo y principalmente, deberá englobar a gentes cuya PROFESION ES LA ACCION REVOLUCIONARIA. Ante esta común característica de los miembros de la organización, deberá borrarse, por completo, toda distinción entre obreros e intelectuales, y, con mayor razón, entre las distintas profesiones*» (1).

De este modo, la tesis leninista sobre el partido político expresa una nueva desconfianza con respecto a la tesis marxista ortodoxa. Los obreros, por sí solos, no harán jamás la revolución de forma espontánea. Incluso, tampoco la harán jamás si están encuadrados en una organización en donde estén mezclados los menos «conscientes» con los más «conscientes». El partido comunista no deberá ser un partido de masas, sino una organización de vanguardia, un partido de élite.

2. LOS REVOLUCIONARIOS PROFESIONALES

Pudiéramos decir que Lenin cree más en la calidad que en la cantidad. Sin duda habrá que organizar a la clase obrera, pero eso no es ni lo esencial, ni lo más urgente. Lo esencial y lo más urgente es formar hombres, «*que no solamente consagren a la 'revolución' sus horas libres, sino toda su vida*» (2). La actividad revolucionaria no es la actividad de un partido cualquiera, al cual se consagran algunas horas por semana, independientemente del trabajo diario. Con objeto de hacerse comprender correctamente, Lenin decía que es una profesión. Por consiguiente, los re-

---

(1) LENIN: *Obras completas,* t. IV, pp. 511 y 512 (ed. fr.).
(2) *Idem,* p. 58.

volucionarios profesionales dedicarán todo su tiempo al partido, y deberán ser pagados por el partido.

El concepto leninista del partido conduce, pues, a llevar a cabo separadamente la organización de los obreros, que deberá ser lo más amplia posible y lo menos clandestina que se pueda. Por el contrario, la organización de los revolucionarios profesionales deberá ser relativamente poco extensa —algunos miles de hombres en cada país— y lo más clandestina posible. A veces se ha comparado la organización del partido comunista con un «iceberg» cuya parte visible no es muy peligrosa porque podemos evitarla, pero cuya parte submarina, invisible, representa un peligro terrible para los navíos que corren el riesgo de estrellarse contra ella. Del mismo modo, el peligro más temible, actualmente, lo constituye el «aparato» clandestino de los revolucionarios profesionales, y no la masa de inscritos o simpatizantes que desempeñan el papel de comparsas y cuya actividad sólo es decisiva en las elecciones o en las huelgas.

3. EL PAPEL DEL PARTIDO

En cada país, bien antes o bien después de la instauración de la dictadura del proletariado, el partido comunista constituye el núcleo central, el elemento motor de la revolución. Recibe órdenes de la organización internacional y las cumple en cada país. Constituye la fracción más avanzada, más consciente y más eficaz de la clase revolucionaria.

Así, el partido juega, en primer lugar, un papel de *elaboración teórica.* Frente a cada circunstancia nacional particular, y teniendo en cuenta los imperativos de la estrategia mundial, cada partido «nacional» aplica las directivas de agitación y propaganda en el territorio que le haya sido confiado.

En segundo lugar, el partido es un *órgano de enseñanza: «El papel de vanguardia del proletariado consiste en educar, eliminar, instruir y llamar a una nueva vida a las capas y las masas más atrasadas de la clase obrera y de los campesinos»* (3). Conferencias, panfletes, periódicos nacionales y regionales, reuniones públicas y mítines de masas, le permitirán representar ese papel.

En tercer lugar, el partido es un *órgano de encuadramiento: «No es posible organizar a cientos de miles de hombres; es necesario, por tanto, crear una organización que sea como un FERMENTO AGLUTINANTE y que agrupe a su alrededor a esos cientos de miles de hombres en el momento de la*

(3) *Idem,* t. XXV, p. 236.

revolución. Hay que organizar círculos de obreros con un objetivo bien claro: preparar las masas para la insurrección, reunirlas durante la insurrección, y comenzar la insurrección al darse la consigna» (4).

En resumen, el partido comunista constituye el estado mayor de la clase obrera, el estado mayor de la revolución, e, incluso, después del establecimiento de la dictadura del proletariado, continúa desempeñando, *en forma diferente a la del Estado proletario*, el papel de dirigente principal.

4. LA DISCIPLINA DEL PARTIDO

Dos caracteres particulares deberán destacarse en lo que concierne a la disciplina impuesta a los miembros del partido.

Por una parte, en el partido no entra quien quiere. La selección es severa y sólo son aceptados —o invitados— aquellos que presentan cualidades indudables de agitadores o de propangandistas.

Estos deberán de trabajar. Estudiarán mucho. La formación de un revolucionario profesional requiere varios años. Deberán leer, no sólo a Marx y demás doctrinarios del marxismo-leninismo, sino también asimilar las técnicas de la organización, de la propaganda y de la agitación. En una palabra, los revolucionarios profesionales estudian una enormidad, y los más notables acaban su preparación con una estancia de perfeccionamiento en las escuelas del partido en la URSS.

Por otra parte, el partido impone a sus miembros una disciplina férrea, consistente en la obediencia incondicional a la voluntad de uno solo: *«El partido comunista solamente puede cumplir con su deber si está organizado de manera lo más centralizada posible, si está regido por una disciplina férrea que se asemeja a la organización militar, y si su órgano central goza de una elevada autoridad, está investido de amplios poderes, y se beneficia de la confianza general de los miembros del partido»* (5).

Lenin dio el nombre de «principio del centralismo democrático» al siguiente concepto: *«Existencia de un centro dirigente dotado de plenos poderes, y cuya autoridad, en el intervalo entre los congresos del partido, no podrá ser discutida por nadie.»* (Resoluciones del 2.º Congreso de la Internacional Comunista, n.º 14.)

Indudablemente, en cada reunión del partido, los órga-

---

(4) Sobre este punto, STALIN: *Principios del leninismo*, páginas 109-110 (ed. fr.).

(5) LENIN: *Obras completas*, t. XXV, p. 641 (ed. fr.).

nos inferiores elegirán a los órganos superiores. Esto constituye el aspecto democrático del centralismo. Sin embargo, cae por su peso que en un régimen de terror policíaco y de periódicas depuraciones, aquellos que tienen en su mano el aparato del partido pueden convertir dichas elecciones en un puro formalismo. Y hasta está previsto que «*los partidos comunistas de los países en donde los comunistas militan legalmente deban realizar periódicas DEPURACIONES de sus organizaciones (censo de efectivos), con objeto de, sistemáticamente, excluir de ellos a los elementos pequeño-burgueses que no dejarán de incorporarse*» (resoluciones del congreso de la Internacional Comunista en 1920). Por lo tanto, según convenga en cada momento, ¡cuán fácil será designar a esos elementos pequeño-burgueses!

5. LAS «CORREAS DE TRANSMISION»

¿Cómo logra el partido, motor de la revolución, animado por un núcleo de algunos miles de revolucionarios profesionales, mantener el contacto con las masas proletarias, es decir, con todo grupo social que se considere explotado y que sea susceptible de ser influenciado ideológicamente? Ese contacto, o más bien esa «tele-dirección» de las masas, queda asegurada por el funcionamiento de las «correas de transmisión».

Comentando a Lenin, Stalin precisó mucho este papel del partido: «*Al ser el Partido la mejor escuela para la formación de los líderes de la clase obrera, constituye, por su experiencia y autoridad, la única organización capaz de centralizar la dirección de la lucha del proletariado, Y DE HACER ASI, DE LAS más diversas ORGANIZACIONES sin partido de la clase obrera, órganos auxiliares y CORREAS DE TRANSMISION QUE UNEN AL PARTIDO CON LA CLASE*» (6).

¿Qué es una correa de transmisión? Es un grupo, si no obrero al menos de carácter popular, y cuyo objetivo explícito, si bien no siempre es no político, al menos es no comunista. Los comunistas están presentes en la dirección de estos grupos, pero minoritariamente y sin actuar con dicho título. Difunden en ellos las consignas del partido, presentándolas, no como tales, sino simplemente como una opinión personal que, en las actuales circunstancias, sería conveniente hacer compartir a los miembros del grupo.

En Francia, las correas de transmisión más conocidas son la CGT, cuya obediencia comunista es hoy pública, y el

---

(6) STALIN: *Cuestiones del leninismo*, p. 29 (ed. fr.).

famoso «Mouvement de la paix». Pero además hay un gran número de otras, no solamente entre las organizaciones obreras, sino también entre las organizaciones juveniles, de inquilinos, femeninas, deportivas, estudiantiles... Esta labor ha sido conducida metódicamente y basada en conocimientos sociológicos muy avanzados. Los comunistas se han esforzado por penetrar en el interior de la Iglesia, y ciertos casos, muy dolorosos, nos permiten medir, después de haber ocurrido, la clase de encuadramiento ideológico que los comunistas se han esforzado por llevar a cabo también en este dominio. A este respecto constituye un signo revelador el esfuerzo realizado en el mismo seno de los medios católicos para introducir la dialéctica entre «progresistas», que son los buenos, e «integristas», que son los malos.

Así es como se explica el éxito extraordinario, rápido, de ciertas campañas de opinión en los más diversos medios. Los clamores de *L'Humanité* denunciando las «torturas» cometidas por el ejército francés en Argelia, clamores que fueron continuados por una parte de la prensa, y acogidos y difundidos metódicamente mediante peticiones llevadas a cabo en ciertos medios, nos proporcionan un ejemplo de la clase de trabajo que puede ser realizado gracias a las correas de transmisión. Dicho clamor tenía por fin distraer la atención de la opinión pública del terrorismo inhumano, practicado de manera metódica por los miembros del FLN, como aplicación del método leninista de la guerra revolucionaria, del que más adelante hablaremos.

Por lo demás, esta campaña sobre las «torturas» fue sólo la aplicación de una orden de Moscú. En el cuaderno que Jacques Duclos llevaba sobre sí y que le fue cogido al ser arrestado el 28 de mayo de 1952, entre las instrucciones imperativas traídas de la URSS, por François Billoux, figuraba la siguiente afirmación: *«No se puede ni hablar de defender a un ejército que sirve designios imperialistas. Estamos trabajando por la derrota cierta de este ejército en Vietnam, en Corea y en Túnez»*, esto es, en todas partes en donde se batía el ejército francés en esa época. La primera etapa de este trabajo consistía en «aislar» a dicho ejército de la opinión pública francesa, con el fin de destruir su moral.

En la actualidad, cruzan al mundo permanentemente consignas difundidas por los diversos partidos comunistas y multiplicadas por las correas de transmisión. Estas consignas, según los casos, se sirven del amor a la paz, de la defensa de la democracia, o de los sentimientos nacionalistas. Otras incitan a los no comunistas a debilitar su desconfianza haciendo relucir el espejismo de una paz ardientemente deseada, ora les hacen ceder desarrollando el terrorismo y justificando sus errores y crueldades. Reducen al hombre al

estado de robot condicionado, colectivamente mediante la corrupción de las almas, e individualmente por el «lavado» de cerebros.

Desde la revolución de 1917 y la extensión del «aparato» del partido comunista a todo el mundo, ese aparato ha seguido siendo, esencialmente, lo que Lenin quiso que fuese. Nunca se ha cansado. Nunca se ha desanimado. Nunca se ha confesado vencido. Aplicó al odio lo que San Pablo había aplicado a la caridad: buscó hacerle invencible.

Y cuando el mismo «aparato» se compone enteramente de hombres decididos a «democratizar» y «liberalizar» al comunismo, todo un ejército, entonces, ocupa el país, e impone nuevos jefes y nueva política, y restablece la mentira y la censura de la verdad... El mundo entero ha podido seguir el calvario checoslovaco de 1968 y descubrir, gracias a una experiencia privilegiada, que los juicios de la Iglesia no eran nada severos. Sólo eran, y siguen siendo, el enunciado de la verdad: el comunismo es intrínsecamente perverso.

CAPÍTULO VI

La táctica de la revolución:

ALIANZAS Y COMPROMISOS

Después de haber definido la estrategia de la revolución como el establecimiento de la dictadura del proletariado en el mundo entero en tres etapas sucesivas, y de haber concebido y forjado el instrumento destinado a llevar a cabo esta estrategia, el partido comunista, Lenin desarrolló, amplia y prácticamente, cuál debiera ser la táctica, o más bien las tácticas, a utilizar dentro del marco de la estrategia de conjunto y al servicio de dicha estrategia.

Ya lo hemos señalado: la estrategia gana las guerras, pero la táctica gana las batallas. El objetivo de la estrategia está fijado al extremo de una línea recta. En cambio, la táctica consiste en una serie de meandros que serpentean a uno y otro lado de esa línea recta, y que sugieren, engañan y disimulan, con el fin de ocultar el objetivo estratégico hasta el último instante.

Ante todo, en primer lugar, es necesario examinar el procedimiento táctico que consiste en el uso que los comunistas hacen permanentemente del vocabulario.

1. LA DIALECTICA EN EL VOCABULARIO

La visión marxista del mundo es incompatible con la visión cristiana. En las páginas que preceden nos hemos esforzado por poner este hecho a plena luz. Y, sin embargo, en numerosas ocasiones los comunistas emplean las mismas palabras que nosotros. Como nosotros, hablan de democracia. Como nosotros, hablan de Estado, de libertad, de moral, de nación, de paz... Ahora bien, esas palabras no tienen, en absoluto, el mismo sentido en su pluma que en la nuestra. De donde resulta que, al expresar *su* pensamiento con *nuestros* vocablos, obran de forma tal, que no comprendemos lo que realmente quieren decir, e incluso, comprendemos todo lo contrario. Ellos lo saben, y emplean esta dialéctica del vocabulario para decir su verdadero pensamiento, completamente seguros de que, haciendo eso, nos engañarán

y nos inducirán a obrar de la manera más de acuerdo con su objetivo estratégico.

Veamos algunos ejemplos. Marx y Lenin hablaron con un completo cinismo de la dictadura del proletariado. Lenin la definió como un poder que no está limitado por ninguna ley y que se apoya directamente en la violencia... Pero como el fascismo de Mussolini y el nacional-socialismo de Hitler impusieron a los tácticos comunistas hacer de la palabra «dictadura» un símobolo del mal, después de 1945 hemos visto instalarse en los países de Europa Central la dictadura del proletariado, pero bajo un nombre más de acuerdo con esta aspiración popular hacia la libertad. Mediante una inversión del idioma, a la cual sólo hemos prestado una escasa atención, las *dictaduras* del proletariado se han transformado en *democracias* populares... Los comunistas establecen así una equivalencia rigurosa entre dos palabras que, precisamente, están consideradas como antinómicas. Cuando dicen democracia comprendemos democracia. Ahora bien, debiéramos comprender dictadura...

Es cierto que, en la teoría leninista, esta equivalencia está perfectamente fundada. Puesto que el mal está identificado con la clase burguesa, y el bien con la clase proletaria, hay que distinguir entre dos clases de democracia: «*La democracia burguesa que sucede al feudalismo, y la democracia proletaria que sucede a la democracia burguesa*» (1).

Por estar sometida al principio del «centralismo democrático», esta democracia proletaria o popular consiste en la absoluta sumisión a la voluntad del más fuerte. Así, resulta «evidente» que la dictadura del proletariado es la democracia popular.

Otra ambigüedad dialéctica del vocabulario marxista proviene del empleo por los comunistas de las palabras «humano», «humanidad» y «hombre». Cuando leemos estas palabras en Marx o Lenin inmediatamente pensamos en el hombre en tanto que persona. Para nosotros, la defensa del hombre es la dignidad de la persona, la libertad del hombre es la libertad de la persona, etc.

Para un materialista consecuente ésas son «superestructuras capitalistas». Cuando Marx escribe que: «*La naturaleza y el hombre existen por sí mismos*», evidentemente no habla de la persona, sino de la materia pensante considerada en abstracto. Del mismo modo, en sentido marxista, la dignidad del hombre no es la dignidad de la persona, sino la capacidad autocreadora de la materia pensante en evolución. Hay muchos cristianos, e incluso a veces sacerdotes, que,

---

(1) LENIN: *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, página 21 (ed. fr.).

habiendo leído a Marx sin suficiente formación filosófica y económica, han creído que Marx hablaba de la «persona» cada vez que hablaba del hombre o de lo humano. Así, lo han entendido al revés en lo fundamental de su pensamiento, y en ningún momento han vislumbrado que lo que Marx dice de lo humano, precisamente corresponde a la destrucción de la persona.

Cuando los comunistas hablan de paz en sus congresos o en sus estruendosas declaraciones, expresadas con ocasión de conferencias internacionales, los pueblos libres comprenden dicha palabra en el sentido que les es habitual. De aquí deducen inmediatamente que los comunistas son gentes como ellos que han comprendido, por fin, que es posible vivir tranquilos y felices, y se disponen a confiar en ellos. Ahora bien, en el punto que hemos alcanzado en este artículo es casi superfluo mencionar que, en el vocabulario marxista-leninista, la palabra paz no tiene el mismo significado que en el vocabulario cristiano.

Ya que la contradicción, el conflicto, es la ley de la evolución dialéctica de la humanidad, resulta bien evidente que, mientras la propiedad privada no haya sido abolida totalmente, la única definición posible de paz coincide con la implantación de la dictadura del proletariado en el mundo entero. Por otra parte, los slogans comunistas lo dicen abiertamente: «El capitalismo es la guerra; el comunismo es la paz.» Leemos estas frases, pero no vemos lo que significan. Significan que, en tanto que la libertad personal sea respetada..., habrá guerra, porque es preciso destruir esta libertad, aunque no esencialmente por la guerra clásica, ejército contra ejército, sino esencialmente mediante la guerra revolucionaria, mediante la que busca hacer ceder a un pueblo «reeducándole».

La campaña que, periódicamente, los comunistas hacen en favor de la paz no tiende, pues, en absoluto, a la implantación de la tranquilidad en el orden sobre la tierra, sino A LA SUSTITUCION DE LA GUERRA CLASICA POR LA GUERRA REVOLUCIONARIA. «*La transformación de la guerra entre los pueblos en guerra civil es el único trabajo socialista en la época del choque imperialista entre las burguesías armadas de todas las naciones ¡Abajo las tonterías sentimentales y los suspiros imbéciles en pos de la paz a cualquier precio! Levantemos el estandarte de la guerra civil*» (2).

Aclaremos este punto hasta el fin. Cuando los comunistas ofrecen la paz, sus interlocutores entienden que les ofrecen, si no la tranquilidad en el orden, al menos la famosa «co-

(2) LENIN: *Pages choisies*, p. 26. B. E.

existencia». Por consiguiente, están inclinados a perder en parte su desconfianza y a, en cierto modo, desarmarse espiritualmente. Ahora bien, esta actitud de desarme espiritual y de no resistencia al comunismo constituye, precisamente, el objetivo fundamental de la guerra subversiva. Finalmente, la ofensiva de paz comunista se identifica, pura y simplemente, con la fase media de la guerra revolucionaria.

Lenin lo ha dicho: «*El socialismo se opone a la violencia ejercida contra las naciones, e, incluso, a la violencia en general... Sin embargo, hasta ahora, nadie ha deducido por ello que el socialismo se oponga a la violencia revolucionaria. En consecuencia, hablar de violencia en general, sin distinguir las condiciones que diferencian la violencia reaccionaria de la violencia revolucionaria, es actuar como un burgués, enemigo de la revolución, o bien ser un puro sofista... El mismo razonamiento se aplica a la violencia contra las naciones. Toda guerra es una violencia contra las naciones; ESTO NO IMPIDE QUE LOS SOCIALISTAS SE MUESTREN PARTIDARIOS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA.*»

Antes de terminar con esta cuestión de la táctica en el vocabulario, citemos aún el caso de la palabra «ciencia». Los comunistas hacen de esta palabra un uso excesivamente inmoderado. Hablan de socialismo científico, de sociología científica, de «concepción verdaderamente científica», etc. Ahora bien, en su espíritu, esa palabra es rigurosamente sinónima de la palabra materialismo. El socialismo científico es la concepción materialista y dialéctica del socialismo. La sociología científica es el materialismo histórico... De ello resulta que, aquellos que dialogan con los comunistas tienen que elegir entre dos actitudes. O bien se oponen al materialismo histórico y serán afrentados públicamente, pues se les reprochará, altanera y burlonamente, no ser «científicos». O bien, si antes que nada desean ser científicos, paso a paso, llegarán a aceptar el materialismo histórico, hasta sin darse cuenta de ello. Incluso experimentarán interiormente una especie de repugnante alegría al sentir que han llegado a ser «científicos».

2. LAS DOS FUNCIONES DE LA TACTICA

La «táctica» comunista, esencialmente, se reduce a la utilización metódica de la dialéctica, con miras a implantar la dictadura del proletariado mediante la violencia. Pero esta violencia no es necesaria, ni incluso principalmente física.

(3) STALIN: *Principios del leninismo*, p. 100 (ed. fr.).

Tiene mucho más de violencia moral. A esta táctica la pudiéramos definir como la técnica de la violencia moral en la organización de conflictos.

Por eso, esencialmente, la táctica persigue dos objetivos: por una parte, su función es engañar a aquellos que sufren y que pertenecen a la clase antítesis del momento. Por la otra, su función es engañar a aquellos a quienes se designa como explotadores: la clase tesis del momento.

Volvamos sobre estos dos puntos sucesivamente.

a) *La táctica engaña a la clase antítesis.* Ya hemos visto que el partido hace pasar sus consignas a las masas mediante las «correas de transmisión». Pero Lenin sabe perfectamente que lo que, esencialmente, desean los asalariados no es, de ninguna manera, el advenimiento de la esclavitud comunista, sino, por el contrario, una sociedad más justa y más fraternal. Resulta, por tanto, absolutamente indispensable engañar a los asalariados para conseguir que éstos obedezcan a las consignas del partido.

El engaño consiste fundamentalmente en lo siguiente: el asalariado desea una mejora concreta y estable en su situación. Es, pues, espontáneamente «reformista». Lenin define la reforma como la modificación por vías legales del régimen capitalista en un sentido favorable a la clase obrera.

El partido comunista *finge* pedir mejoras concretas, aumentos de salarios, reducción de las horas de trabajo, desarrollo de las medidas de seguridad, etc. Por consiguiente, los asalariados se imaginarán que los comunistas se preocupan por mejorar su suerte. Ahora bien, no hay nada de eso. Las reivindicaciones, en manos de los comunistas, sólo son un medio de desarrollar la lucha de clases, de difundir el espíritu revolucionario y de arrastrar a las masas a la revolución. Así, por ejemplo, saben muy bien que los aumentos generalizados de salarios, por los que gritan muy fuerte, serán ilusorios, a corto plazo, *cuando pura y simplemente corresponden a una inflación suplementaria.* Saben también que las huelgas iniciadas para obtener estos aumentos resultan muy dolorasas para las familias obreras, a las que, a veces, hunden en la más negra miseria. Lo saben y no vacilan, porque matando la moneda y agravando la miseria, aceleran el movimiento dialéctico de la Historia.

Esto, es Stalin quien lo ha dicho:

«Para el reformista, la reforma lo es todo...»

«Para el revolucionario, por el contrario, lo principal es el trabajo revolucionario y no la reforma; ésta, para él, sólo es el producto accesorio de la revolución. Por ello, en las condiciones de existencia del poder burgués, una reforma, con la táctica revolucionaria, se transforma, naturalmente, en un instrumento de disgregación de ese poder, en un ins-

trumento de refuerzo de la revolución, en un punto de apoyo para el desarrollo continuo del movimiento revolucionario.»

«El revolucionario acepta la reforma para utilizarla como un cebo que le permita combinar la acción legal con la ilegal, y DISIMULAR el aumento del trabajo ilegal PARA LA PREPARACION REVOLUCIONARIA DE LAS MASAS, con objeto de derrocar a la burguesía. En eso está la esencia de la utilización revolucionaria de las reformas y de los acuerdos, en las condiciones del imperialismo.»

Esta labor de engaño de la clase antítesis, no se lleva a cabo solamente en los medios obreros, sino también entre los campesinos, en las organizaciones juveniles, femeninas...

b) *La táctica engaña a la clase tesis.* El partido condiciona el pensamiento de los países o clases, a los cuales llama capitalistas, mediante declaraciones sensacionales y cambios espectaculares de política. También aquí parten de las aspiraciones extendidas por las democracias individualistas. Estas aspiraciones, una y otra vez, consisten en desear que el comunismo *juegue el juego* democrático, y que acepte ser un partido más entre otros partidos y una tendencia más entre otras tendencias.

Desde este momento, el engaño, fundamentalmente, consiste en lo siguiente: las clases y naciones burguesas desean una evolución del comunismo que les proporcione seguridad de espíritu: los comunistas los comprometen en el camino de esta seguridad.

1. En primer lugar, los comunistas se esfuerzan por practicar esta política del compromiso con los «reformistas». Estos reformistas, que en la Rusia de Lenin fueron los mencheviques, son hoy los partidos socialistas del tipo SFIO. Pudiera suceder que el comunismo atacase violentamente a estas organizaciones. Por ejemplo, cuando Guy Mollet, entonces presidente del Consejo francés, decidió enviar a Argelia a los soldados procedentes del servicio militar obligatorio, tuvo en contra suya a la propaganda comunista, ya que iba en dirección contraria a la evolución dialéctica. Pero, a la inversa, después de los acontecimientos del 13 de mayo, vimos a los comunistas ofrecer su alianza a los socialistas, con objeto de rehacer al «Frente Popular». También esto es una aplicación de la táctica leninista:

«Deberemos entender por unidad del frente proletario la unión de todos los trabajadores deseosos de combatir al capitalismo, lo que, en consecuencia, incluye a los obreros que siguen, aún, las directivas anarquistas y sindicalistas. Estos elementos pueden, en diversos países, cooperar útilmente a las acciones revolucionarias. Desde sus comienzos, la Internacional Comunista ha preconizado siempre una actitud

amistosa hacia estos elementos obreros que, gradualmente, superan sus prejuicios y, poco a poco, se adhieren el comunismo.» (4.° Congreso de la Internacional Comunista, tesis n.° 23.)

2. Después, los comunistas se esfuerzan por engañar a los pequeños labradores. Los consideran como una fracción de la pequeña burguesía que, por lo tanto, deberá ser liquidada. Pero, mientras las circunstancias así lo exijan, los pondrán buena cara y les dejarán creer que el comunismo defiende sus intereses.

3. Finalmente, en ciertas circunstancias, los comunistas practican la política de la «mano tendida» con los creyentes. En particular, han hecho un esfuerzo enorme para desarrollar entre los cristianos una corriente de pensamiento hostil a la propiedad privada y favorable a la lucha de clases. Una publicación como *La Quinzaine*, que finalmente fue incluida en el Indice, hizo mucho para orientar a los espíritus en este sentido. Hemos visto, anteriormente, cómo un cristiano, partiendo de ideas económicas, puede llegar a ser materialista. Lenin tenía perfecta conciencia de ello, como lo demuestra el texto siguiente:

«La propaganda del ateísmo (en caso de huelga, por ejemplo) puede ser inútil y perjudicial, no desde el punto de vista trivial de no asustar a las gentes atrasadas, de no perder un escaño en las elecciones, etc., sino, desde el punto de vista del PROGRESO REAL DE LA LUCHA DE CLASES, que, en la sociedad capitalista actual, LLEVARIA cien veces mejor a los obreros cristianos a la social-democracia y al ATEISMO que una propaganda abiertamente antirreligiosa... El marxismo deberá ser materialista, esto es, enemigo de la religión, pero materialista dialéctico» (4).

Este texto es de una importancia capital. Puede ayudarnos a comprender, especialmente en las presentes circunstancias, que el objetivo actual de la propaganda comunista, no es CONVERTIRNOS EN COMUNISTAS, sino en hacernos sostener el punto de vista actual de la propaganda comunista. Lo que interesaba a los comunistas de 1957 no era que los cristianos de Francia apostatasen, sino que, en sus palabras o en sus escritos, difamasen al Ejército francés y le aislasen moralmente. En 1958, el objetivo de los comunistas era reconstruir el frente popular. En 1959, era hacer adoptar la tesis comunista sobre Berlín... En mayo de 1968, era conservar el control de las «masas» francesas, y conseguir, a la vez, que los cristianos declarasen «positivo» al movimiento revolucionario. Ya habrá tiempo, cuando se haya establecido la dictadura del proletariado, para afirmar que: *«La liber-*

---

(4) LENIN: *Pages choisies*, t. II, p. 315.

tad para practicar el culto, y la libertad y LA PROPAGANDA ANTIRRELIGIOSA... SE RECONOCEN O TODOS LOS CIUDADANOS.» (Artículo 124 de la Constitución soviética.)

En resumen, las dos funciones de la táctica leninista son las siguientes: utilizar el engaño para exasperar a aquellos a quienes el comunismo pretende defender y utilizar el engaño para adormecer, en una falsa seguridad, a aquellos a quienes el comunismo tiene intención de hacer «liquidar» por los primeros.

CONCLUSION

Basta evocar los acontecimientos más notables que han acaecido, entre 1939 y 1960, para medir la fecundidad, en el mal, del genio de Lenin, interpretado y completado por Stalin hasta un grado difícil de medir. Desde 1939, dieciocho países han sido aplastados y reducidos a la esclavitud por la llamada dictadura del proletariado. Alrededor de un tercio de la población y de las riquezas del mundo están bajo el poder del odio organizado y soportan la agresión contra Dios y contra su imagen en el hombre. Frente a esta agresión, que además es cotidiana y permanente, tenemos que asumir nuestra responsabilidad. No basta con tomar conciencia del peligro. Es necesario medir ese peligro. Este es inmenso.

Hablemos claramente. El marxismo-lenismo es una insurrección de las fuerzas infernales en el transcurso de la Historia. El propio Papa Pío XI nos lo advirtió en su Encíclica contra el comunismo: «Cuando los apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían podido librar del espíritu maligno a un endemoniado, les respondió el Señor: *«Esta especie (de demonios) no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno.» «Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad si no se acude a una santa e insistente cruzada universal de oración y penitencia.» (Divini Redemptoris,* n.º 62.)

Es evidente que, en estas condiciones, al comunismo no se le podrá quebrantar con una simple fuerza temporal, aunque estuviese psicológicamente adaptada para ello. En último análisis, sólo lo puede conseguir la Iglesia del único Cristo, que es la que tiene las llaves de la Eternidad.

El leninismo es la exteriorización metódica de todos los conflictos, fundada en la organización del engaño y en la incitación a la envidia y al odio. El cristianismo es la aceptación de la Cruz, de la luz de la Verdad y del perdón de las injurias. En cierto sentido, estamos en la víspera de la gran opción. Actualmente está en juego el destino del mundo.

Para rematar la toma de conciencia concreta del extraordinario drama histórico, del cual no solamente somos espectadores, sino también actores, nos queda por ver cómo el leninismo se ha aplicado concretamente, y cómo ha realizado, de forma casi invisible, la conquista de un tercio del mundo. Cuando hayamos acabado con esta toma de conciencia habrá llegado la hora de preguntarnos, bajo la mirada de Dios, si hemos estado a la altura de las circunstancias, si hemos sido dignos de nuestro bautismo y de nuestra confirmación, y si hemos comprendido y realizado todas las exigencias espirituales de la lucha en la cual estamos empeñados, que es, sin duda, una lucha final, y en la que las únicas armas victoriosas son las armas espirituales.

TERCERA PARTE

¿QUE ES EL MAOISMO?

Si Karl Marx fue el profeta del comunismo y Lenin el estratega de la revolución mundial, Stalin ha sido el práctico del marxismo-leninismo. El salto adelante, reflejado por el aumento del número de democracias populares, solamente a partir de 1939 comenzó a realizarse de forma victoriosa y regular. En efecto, entre 1920 y 1939, las tentativas de revolución comunista, al final, terminaron en fracasos.

Por el contrario, desde 1939, y más aún, desde 1945, asistimos a un fenómeno nuevo. La estrategia revolucionaria fue aplicada por Stalin, pero en unas circunstancias y con unas técnicas que, indudablemente, le proporcionan una nueva eficacia. Por una parte, gracias a la guerra y a la ocupación consiguiente, los comunistas lograron instalar gobiernos serviles en los países que ocupaban. Polonia, Alemania Oriental, y, en general, todos los países ocupados por Rusia y que «se han dado» gobiernos comunistas, son ejemplos de un «stalinismo» aplicado en condiciones relativamente clásicas, que van desde la conquista imperialista hasta el golpe de estado «ortodoxo». Por otra parte, bajo la inspiración de Mao-Tsé-Tung, la penetración comunista en China y en otros países de Asia se hizo, de manera relativamente específica, mediante la guerra revolucionaria.

Empleada principalmente —aunque no exclusivamente— en los países «coloniales», la guerra subversiva, completada con las técnicas de la guerra revolucionaria, aparece como una nueva puesta en marcha del leninismo, experimentada y llevada a su perfección, principalmente, por Mao-Tsé-Tung.

Así, el marxismo es una filosofía con resonancia profética. El leninismo es una estrategia y una táctica de la revolución. El maoísmo es una aplicación particular del marxismo-leninismo, y su aspecto más original parece ser la guerra revolucionaria y la revolución cultural.

Para exponer las nociones fundamentales que se relacionan con estos últimos puntos, sucesivamente, examinaremos:

1. Las técnicas psicológicas: la guerra subversiva;
2. La guerra revolucionaria: las cinco fases de la conquista del poder;
3. La revolución cultural: Francia amenazada.

Capítulo VII

Las técnicas psicológicas:

LA GUERRA SUBVERSIVA

Para lograr una idea de conjunto de la guerra subversiva y de la guerra revolucionaria, en primer lugar, es necesario hacer constar que estas formas de guerra nacieron del encuentro de tres realidades distintas:

a) La evolución del pensamiento militar.

b) El desarrollo de las técnicas psicológicas.

c) La estrategia marxista-leninista.

Estas tres realidades han sido ligadas entre sí por los comunistas. Sin embargo, no por ello es menos necesario evocar la génesis de cada una de ellas.

1. LA EVOLUCION DEL PENSAMIENTO MILITAR

La idea de engañar al enemigo para vencerlo mejor, o sea, actuar sobre su espíritu para hacer más fácil el aniquilamiento de su fuerza física, no es nueva. La historia del caballo de Troya da testimonio de este hecho, mil años antes de la Era Cristiana. E incluso podemos retroceder más aún, pues la historia de la primera mujer en el primer jardín es sólo la historia de una derrota que sigue a un engaño.

Probablemente, en Clausewitz (1780-1831) se encuentra el primer esfuerzo moderno de reflexión metódica sobre las relaciones que existen entre la guerra y la psicología de los pueblos. Clausewitz, desde la edad de trece años, era soldado. Más tarde, en la escuela de guerra, fue alumno de Scharnhorst. Entre 1818 y 1830 analizó las campañas napoleónicas y de ellas extrajo una filosofía de la guerra.

En primer lugar, sienta, como principio, que la guerra es una actividad del hombre y no sólo una simple confrontación de fuerzas físicas. El vencedor no es necesariamente aquel que tiene el ejército más numeroso. La moral tiene gran importancia. El pensamiento del dirigente guerrero también la tiene. En resumen, la guerra reclama en el hombre, no solamente las fuerzas materiales, físicas, sino también las fuerzas morales y espirituales.

Lógicamente, si la preparación de la guerra nos lleva a fortalecernos en el plano de las fuerzas físicas y de las fuerzas morales, también deberá conducir, señala Clausewitz, a debilitar al adversario, tanto en el plano de lo físico como en el de lo moral. Textualmente escribe: «*La guerra no se deriva necesariamente del hecho de la invasión, SINO DEL HECHO DE LA DEFENSA QUE EL INVADIDO OPONE AL INVASOR.*» Lenin, que había leído a Clausewitz, anotó precisamente este pasaje, que fue el punto de partida de la intuición esencial, tanto de la guerra subversiva como de la guerra revolucionaria.

En todos los tiempos, los contendientes se han esforzado por intimidar al adversario y atemorizarlo. Los antiguos griegos daban el asalto profiriendo insultos, y los movimientos derrotistas que, en la época de la decadencia de Atenas, se repartieron por la ciudad, tal vez no surgieron por generación espontánea. Pero, hasta el siglo XX, la difusión del terror entre el adversario no es más que un esfuerzo *secundario* destinado a facilitar el esfuerzo principal: el avance por la fuerza de las armas.

La intuición en germen de Clausewitz, que Lenin profundizará y que Hitler comenzará a poner en práctica con su «quinta columna», consiste en que pudiera invertirse esa forma de actuar. El esfuerzo *principal* pudiera recaer sobre la destrucción de la moral del enemigo, y el esfuerzo secundario sobre la intervención de los ejércitos. Al llegar a este punto nos encontramos frente a lo que hoy se llama la guerra psicológica.

En segundo lugar, Clausewitz coloca la idea de que *la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios.* También aquí establece una estrecha relación entre la utilización de la fuerza física y el poder propio del pensamiento. Por ejemplo, observa que pueden existir guerras que no persiguen un fin extremo, sino que, por ejemplo, busquen obligar al adversario a una negociación, que ciertamente rehusaría en tiempo de paz. En este aspecto, Clausewitz fue el precursor de la guerra fría: la tensión internacional podrá ser provacada o relajada en función de objetivos políticos...

También aquí Lenin se apoderó del pensamiento de Clausewitz, y, por así decir, lo integró en la estrategia de la revolución. Allí donde Clausewitz afirmaba que la guerra no es más que la continuación de la política, pero por otros medios, Lenin retiene el lazo de interdependencia entre la guerra y la política, pero invierte los términos. Para él, *la política no es más que la continuación de la guerra, pero por otros medios.* Es necesario meditar sobre el sentido atroz de una tal concepción. En particular, nos permite compren-

der cómo una ofensiva de paz puede constituir solamente una etapa de la guerra.

Vemos, por tanto, cómo la evolución del pensamiento militar está ligada con la estrategia de la revolución. La idea de la guerra psicológica consiste en una inversión de la perspectiva clásica. Anteriormente, se esforzaban por conquistar territorios y riquezas, y después por controlar, si no los pensamientos, al menos las acciones de la población de ese territorio, por ejemplo, mediante rehenes. Con la guerra psicológica, en primer lugar se esfuerzan por controlar las inteligencias y los corazones, por llevarlos a desear como un bien, y, más tarde, a favorecer la conquista que se quiere hacer del suelo y de las riquezas. En esta guerra, el objetivo esencial es la opinión pública enemiga, y la defensiva esencial la solidaridad psicológica de las retaguardias. Todas estas ideas estaban maduras en Stalin cuando Hitler lanzó las tropas del nacional-socialismo sobre Europa. El estudio de Mao-Tsé-Tung: «Los problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China» fue publicado en tal país en 1936, pero no se conoció en Europa hasta 1950, cuando los resultados de dicha guerra habían sido ya ampliamente logrados (1).

2. EL DESARROLLO DE LAS TECNICAS PSICOLOGICAS

Cada mañana: la prensa; varias veces al día: la radio y la televisión; una o dos veces a la semana: el cine, y, episódicamente, discursos, reuniones y conferencias, entremezclan y cruzan su influencia, ejerciendo sobre los pueblos presiones imposibles de medir. El siglo XX ha descubierto el progreso técnico y, a la vez, los métodos «psicotécnicos». Mediante la publicidad se influye sobre los consumidores y mediante la propaganda política se influye sobre los pueblos, hasta tal punto que las grandes concentraciones urbanas han hecho nacer la idea de que los hombres, en conjunto, no constituyen verdaderamente un pueblo, sino simplemente una «masa».

«*Pueblo y multitud amorfa, o, como suele decirse, «masa», son dos conceptos diferentes*» notaba ya Pío XII en la Navidad de 1944. «*El pueblo vive y se mueve por su vida propia; la masa es de por sí inerte y sólo puede ser movida desde*

---

(1) MAO-TSÉ-TUNG: *Oeuvres choisies* (t. I, II, III y IV), de Editions Sociales. «Los problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China» figura en el tomo I, páginas 211 a 300. Se pueden consultar también los *Ecrits choisis* de la pequeña Colección Maspero (t. I, II y III).

fuera. El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales —en su propio puesto y según su manera propia— es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. La masa, por el contrario, espera el impulso del exterior, fácil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones, presta a seguir sucesivamente hoy esta bandera, mañana otra distinta.»

A esta visión cristiana se opone la visión marxista. Para los materialistas «consecuentes», el pensamiento humano depende integralmente de los circuitos de reflejos que le condicionan. Las más profundas convicciones de los hombres provienen, no de la acción puramente espiritual de la verdad sobre la inteligencia, sino simplemente de conexiones nerviosas incrustadas en los cerebros humanos por siglos de hábito mental. El pueblo, en el sentido definido por Pío XII, es, por tanto, una utopía. Solamente existe la masa a la que hay que tratar de «condicionar».

Sabemos que en el origen del descubrimiento y de la utilización de los reflejos condicionados, precisamente están los trabajos de un biólogo ruso: Pavlov. El ejemplo clásico es el del perro al que se le ha hecho adquirir la costumbre de provocarle la salivación presentándole alimentos, y al mismo tiempo, silbándole. Al cabo de un cierto número de experiencias, se establecerá una transferencia, e, incluso, sin presentación de alimentos, al silbar se le hará venir el agua a la boca.

Hasta cierto punto, la publicidad y la propaganda son aplicaciones de este descubrimiento. Se trata de establecer reflejos condicionados, no ya en los animales, sino en los hombres. Se busca establecer ciertas transferencias que, por ejemplo, lleven al consumidor a no poder pensar en «dentífrico» sin pensar inmediata e involuntariamente en determinada marca. Y así sucesivamente en los más diversos dominios. La voluntad de unir entre sí nociones psicológicas de una manera *fisiológica,* constituye el origen del martilleo, de la repetición metódica, la cual es una de las bases de la técnica publicitaria.

Las técnicas psicológicas no se basan solamente en el empleo de los reflejos condicionados. Recurren, también, al poder de los instintos. Tal imagen publicitaria está destinada a despertar, casi inmediatamente, la gula, o bien la sensualidad del consumidor. Sin embargo, esta llamada a los instintos se combina con la creación de reflejos condicionados, de tal forma que la liberación del impulso instintivo que ha sido provocado sea canalizado mecánicamente en el sentido querido por el autor de la publicidad.

Las técnicas de la publicidad y de la propaganda fueron

relacionadas con la idea de guerra psicológica, principalmente, por Stalin. Si la guerra psicológica consiste en dominar los espíritus y los corazones antes que los territorios y las riquezas, el medio para conseguirlo lo proporciona la acción ejercida técnicamente sobre los instintos de los hombres y la mecanización de sus pensamientos y de sus reacciones individuales y colectivas.

Después de haber puesto de relieve cómo Stalin y los stalinistas relacionaron entre sí la evolución de la táctica militar por un lado, y el desarrollo de las técnicas psico-sociales por el otro, nos queda aún por ver de qué modo se integraron en la estrategia revolucionaria la idea de guerra psicológica y el empleo de las técnicas psico-sociales.

3. LA GUERRA SUBVERSIVA

La guerra subversiva consiste en una agresión psicológica llevada a cabo contra la población de un país, y destinada a hacer que dicha población sea hostil a su propio gobierno y a todas las estructuras sociales fundamentales que la sostienen: poder espiritual, ejército, poder financiero, estructura familiar, etc. Esencialmente, busca realizar una transferencia psicológica colectiva, coger una población en un cierto estado de espíritu y, gradualmente, conducirla a otro estado de espíritu diferente.

Esta guerra subversiva constituye una táctica marxista-leninista, ya que opera dicha transferencia actuando en forma dialéctica. No obstante, hoy es utilizada por revolucionarios de todas clases, incluso por aquellos que, en la Iglesia Católica, se esfuerzan por apartar del Papa a los miembros del Pueblo de Dios. La guerra subversiva, en efecto, se apoya en dos actividades complementarias:

— Una propaganda destinada a atraer los espíritus a una ideología.

— Una propaganda destinada a destruir el esqueleto moral, social y administrativo del país o de la organización a conquistar.

Ambas propagandas se realizan simultáneamente. Dividen, por tanto, al país en dos partes. Al comienzo, la ideología conquistadora se presenta a una minoría que encuentra en ella un principio dinámico de acción. Al mismo tiempo, se ejerce la propaganda en el seno de la mayoría para apartarla del orden establecido, e inclinarla a despreciar las estructuras que lo sostienen. A medida que la conquista de los espíritus se extiende, la mayoría se *avergüenza* de las estructuras que la sostienen, y disminuye y se reduce a la nada, mientras que la minoría, orgullosa de ser la ideología as-

cendente, aumenta y tiende a predominar. Cuando las condiciones políticas son tales que esta inversión *parece* haberse ya realizado a los ojos de la propia opinión pública, la guerra subversiva resulta victoriosa. El gobierno y las estructuras establecidas no ejercen ya ningún control sobre la población.

Como vemos, la guerra subversiva, como tal, no aspira a hacerse cargo del poder. Esto la diferencia fundamentalmente de la guerra revolucionaria. La guerra subversiva busca AISLAR a un gobierno de la población, con objeto de que ésta ejerza tal presión, que haga imposible a dicho gobierno llevar a cabo una política que sea eficazmente hostil a aquellos que conducen la guerra subversiva.

Como ejemplo, tenemos las campañas de descrédito, dirigidas y ordenadas por la URSS, contra las rampas de lanzamiento de cohetes atómicos, que, al ser realizadas en el mismo momento en que los comunistas pregonaban su triunfo al ver a Rusia poseer la bomba atómica, demostraron, hace poco, que el esfuerzo de la propaganda se hace en sentido contrario según los países a los cuales se aplica. Así, cuando estas rampas de lanzamiento sean un peligro para Rusia, las poblaciones deberán ser azuzadas contra su propio gobierno que, o bien las instala, o bien las acepta. Por el contrario, la bomba atómica será buena, deseable y no constituirá en absoluto ningún obstáculo para la paz, cuando permita a Rusia multiplicar las posibilidades de expansión del comunismo por el mundo. Igualmente, cuando los nacionalistas argelinos practicaban el terrorismo metódicamente y en gran escala, sus acciones eran gloriosas y testimoniaban una resolución feroz y una inquebrantable voluntad de vencer. Simultáneamente, la campaña denigratoria, que pretendía identificar a todo el ejército francés con la práctica de torturas en Argelia, desempeñó su papel de apartar a la opinión pública francesa de su ejército, y de aislar a este ejército de su Patria.

Podríamos multiplicar los ejemplos y todos demostrarían que, en la guerra subversiva, se actúa sobre la psicología colectiva de un pueblo para marcar a los verdaderos puntos de apoyo de ese pueblo con una señal infamante, y para, al contrario, glorificar a aquellos que la traicionan y venden. Se actúa sutilmente sobre el amor propio de las muchedumbres. Se finge creer que los que aceptan las rampas de lanzamiento desean la guerra. Se finge creer que los que sostienen al ejército francés desean que se practiquen las torturas... Para evitar aparecer como solidaria de los verdugos, la «masa» se disociará del ejército francés; para evitar aparecer como favorecedora de la guerra, participará en la propaganda contra las rampas de lanzamiento, o en la propa-

ganda unilateral contra los «bombardeos americanos» en Vietnam.

No cabe duda que, en las actuales circunstancias, en todo el mundo se está librando la guerra subversiva. En Francia, particularmente, hemos visto cómo la dialéctica se introdujo en el seno de los problemas religiosos, nacionales y económicos. En el seno de la Iglesia, hemos visto, durante casi treinta años, desarrollarse un catolicismo de izquierdas que se opone a un catolicismo de derechas, favorece el crecimiento de la ideología socialista en los medios religiosos, y arroja el descrédito sobre la organización corporativa de reconciliación de las clases, en que consiste, precisamente, el verdadero programa social de la Iglesia. En el plano nacional, hemos visto a unos mismos hombres sostener explícita y ferozmente los movimientos nacionalistas de Argelia o de otros países de Africa, y, simultáneamente, afirmar que la patria francesa es una nación superada y que, para ellos, ya no evoca nada. En el seno de los problemas económicos, se han hecho sospechosas las empresas prósperas, al afirmarse que únicamente la explotación de los trabajadores puede explicar esa prosperidad; pero, al mismo tiempo, las realizaciones económicas de Rusia y de China son presentadas como el resultado del ardor espontáneo de pueblos valerosos. Así son manipuladas, con técnicas de guerra subversiva, fracciones enteras de la opinión pública que, con asombrosa ausencia de espíritu crítico, ni por un instante sospechan que participan en un gigantesco plan de aniquilamiento de las células sociales fundamentales, tales como la familia, el Estado, la propiedad privada y la comunidad profesional.

4. LAS TECNICAS SUBVERSIVAS

Ciertas técnicas han sido puestas a punto por los marxista-leninistas para ganar los espíritus y para, en vocabulario comunista, conquistar a las masas. No se trata de hacer el censo de todas ellas. Unicamente indicaremos algunas como muestra, y para hacer ver su intrínseca perversidad.

a) *La utilización de los impulsos.* Los psicólogos materialistas, como no consideran al espíritu humano más que como un producto de la materia, abordan el problema de la conquista de las masas en un plano fisiológico y neurológico, y, con este punto de vista, reducen las motivaciones psíquicas del hombre a cuatro instintos fundamentales —o cuatro impulsos básicos—. Estos son: el impulso agresivo, el impulso alimenticio, el impulso sexual y el impulso familiar (2).

(2) CHAKOTIN: *La violación de las masas*, pp. 51 y ss. (ed. fr.).

La propaganda comunista y, en general, toda propaganda subversiva, se esforzará, pues, ante todo, por despertar esos impulsos y por hacer que jueguen en el sentido deseado por la propaganda.

En todo hombre existe un impulso agresivo, un instinto de dominio, eso que San Pablo, dentro de la perspectiva de las concupiscencias humanas, llama «orgullo de la vida». Para lograr que esta concupiscencia juegue en las masas, hay que hacer que se rebelen. Hay que mostrarles injusticias que hacen que brote el escándalo en el alma. Según los casos, se denunciará a los blancos, a los extranjeros, al ejército o a la religión, acusándoles de los crímenes más abominables, y apelando a la conciencia popular. Entonces, el impulso agresivo, habitualmente, actuará en sentido de la «justicia», es decir, en sentido hostil a la institución que se desea abatir.

El impulso alimenticio no es menos violento. Se identifica con el instinto de conservación individual, y, bajo otro aspecto, con lo que San Pablo llama la concupiscencia de los ojos. La propaganda, al igual que la publicidad, puede recurrir a ella. Con ocasión de las elecciones de 1936, el slogan comunista se resumía en tres palabras: «pan, paz y libertad.» La primera excitaba de lleno la psicología de los apetitos. Cada vez que el transeúnte veía escrita la palabra pan, o cada vez que las multitudes entonaban los tres términos de este slogan, algo del placer de comer, una especie de anticipo subconsciente del artactivo de la comida, se identificaba orgánicamente con la profesión de fe comunista.

Por lo que respecta al impulso sexual, casi no hay necesidad de insistir. Se identifica con el instinto de procreación, con la concupiscencia de la carne. La propaganda comunista no se priva de su utilización. No obstante, nos atrevemos a decir que lo hace con más moderación que la publicidad comercial de ciertas firmas del mundo libre. Bergson decía que la sociedad moderna se había transformado en una sociedad afrodisíaca. No cabe duda que la llamada, más o menos hipócrita, a la anticipación imaginaria de los placeres sexuales es uno de los medios psicológicos más frecuentemente empleados en el siglo XX.

Finalmente, los comunistas utilizan el impulso familiar. También aquí se trata de una inclinación natural que está en la línea del instinto de conservación de la especie, y que, además, está desarrollada de forma más precoz y más completa en la mujer que en el hombre. La propaganda por la «paz» (en sentido marxista), frecuentemente va acompañada de anuncios que muestran a niños abandonados cerca del cadáver de sus padres, muertos durante los bombardeos. Cuando por todo un país se hace una campaña de anuncios

y folletos, y cuando a cada mirada que se dirija a cada cartel se manipule tal o cual impulso en el sentido de los fines perseguidos por el comunismo, es inevitable que cada cual, sin analizarlo claramente, experimente la sensación de una presión anterior, que *para estar en regla con su conciencia,* le invita a llegar a la conclusión de que los comunistas tienen razón, pues éstos hacen que los impulsos jueguen en el sentido de fines sociales, en sí mismos buenos y loables; paz, prosperidad, libertad, pero, sin embargo, dando a estas palabras un sentido práctico que equivale, cuando obtienen la victoria, a guerra, miseria y esclavitud.

Además, es necesario mencionar aquí la utilización del miedo, de la angustia, del terror, base psicológica de la guerra revolucionaria, que será estudiada detalladamente en el capítulo siguiente.

b) *La utilización de los reflejos condicionados* puede no ser, en sí, contraria a la dignidad humana. La enseñanza de la tabla de multiplicar, del piano y, en general, todo lo que desarrolla el automatismo psicológico o nemotécnicoo se logra mediante el condicionamiento de los reflejos. Lo que caracteriza a la técnica subversiva no es la utilización de los reflejos condicionados, sino al establecerlos y hacerlos funcionar *contra natura.* Este es el fin fundamental del método marxista-leninista. Consiste en actuar de forma compleja sobre los cuerpos y los apetitos para obtener un condicionamiento del pensamiento, que impida que la fuerza de la verdad obre sobre la inteligencia.

En el mundo actual, grupos enteros están así condicionados. Establecen, por ejemplo, una equivalencia inmediata y casi automática entre capitalismo y explotación, entre comunismo y paz, y entre conflictos y progreso. Se han hecho insensibles, más o menos perfectamente, a la experiencia universal que atestigua que el capitalismo, a pesar del liberalismo económico que le ha desviado de su vocación, sin embargo, ha elevado el nivel de vida general más rápidamente que el comunismo, y sin estorbar, como él, la libertad humana fundamental. Se han hecho insensibles, más o menos perfectamente, a la experiencia que constantemente atestigua que el comunismo, desde Moscú en 1917 a Budapest en 1956 y Praga en 1968, hace correr ríos de sangre y, lejos de atenuar la explotación del hombre por el hombre, la hace, por el contrario, más atroz y más total. Lo esencial de la agresión psicológica llevada a cabo permanentemente contra nuestras sociedades —sin duda imperfectas, pero persuadidas de los derechos inherentes a la dignidad de la persona humana—, reside en los procesos mediante los cuales el comunismo sustituye la lógica natural de la inteligencia

humana por *una lógica artificial que, en cada problema, lleva el comportamiento comunista del momento.*

La enseñanza comunista, más clásica, utiliza una anécdota que pone al descubierto cómo la técnica marxista-leninista hace que las pasiones y los apetitos jueguen, casi inevitablemente, en el sentido del error y de la mentira.

En las escuelas de formación comunista, como ejercicio, se formula la siguiente pregunta: *«¿Cómo podremos lograr que un gato coma pimienta?»* La primera respuesta es mantener abierta la boca del gato por la fuerza: mala respuesta. Falta *el consentimiento del gato.* La segunda respuesta es disimular la pimienta en un pescado: respuesta también mala, pues el gato escupirá el pescado cuando descubra la pimienta.

Respuesta marxista-leninista: hay que esparcir la pimienta sobre la alfombrilla que habitualmente utiliza el gato. Este, cuando se siente sobre la pimienta, se sentirá incómodo y notará escozor, por lo que comenzará a lamerse para aliviar la quemadura.

Resultado:

1. El gato come *realmente*
2. Por *su* completa iniciativa
3. Pero completamente *condicionado*
4. La pimienta a la que *naturalmente aborrece.*

El gato no ha visto ni sentido, en forma alguna, que una voluntad externa le empujaba a realizar una acción contraria a su naturaleza. Y cuando ha sido condicionado, realiza dicha acción natural y espontáneamente.

Este ejemplo es profundo, y el hecho de que concierna a un animal está completamente dentro del orden. Pues la acción psico-social del comunismo introduce una nueva lógica del comportamiento, precisamente *en el nivel de los circuitos nerviosos.*

Así condicionados,

— *por cristianismo,* el cristianismo se opone al Papa, a los Obispos y a la unidad de la Iglesia;

— *por civismo,* el ciudadano se opone al bien común de su país;

— *por deseo de progreso social,* el militante se opone a las medidas «reformistas» de progreso.

Y así vemos a católicos que habitualmente aprueban los actos de aquellos que persiguen a la Iglesia; vemos a franceses que (hasta en la prensa) habitualmente aprueban las empresas de los enemigos de Francia; vemos a obreros que habitualmente aprueban el agravamiento sistemático de los conflictos sociales; vemos a estudiantes que «boicotean» sus propios exámenes y destruyen la universidad, en lugar de perfeccionarla; hemos visto a hombres que, por una preocupación de justicia social, rehúsan revelar y buscan es-

conder la existencia de un universo concentracionario en la URSS. De este modo, «el gato se come la pimienta», y la guerra subversiva gana batalla tras batalla, sin que tengamos conciencia de ello.

La acción psico-social del comunismo opera en el nivel individual (lavado de cerebro) (3) o en el colectivo (rumores, impulsos, podredumbres...). Emplea amenazas, terror, promesas, pero como un poderoso elemento auxiliar, y no como un elemento que constituya totalmente su método. Aún no «hemos penetrado en la verdadera naturaleza del comunismo» si nos ofuscamos con los medios clásicos que también emplea, pero poniéndolos estrechamente al servicio de lo que caracteriza su originalidad.

Al final de la acción psico-social del comunismo, las verdades morales fundamentales, particularmente aquellas que atañen al respeto de la persona, a la verdadera libertad, a los derechos naturales imprescriptibles, y a la piedad filial y nacional, llegan a ser ininteligibles, ridículas e errisorias. La marcha natural de la inteligencia ha sido sustituida por una marcha artificial por medios psico-mecánicos, que constituyen el verdadero «descubrimiento» de la guerra subversiva y revolucionaria, conducida, en todas partes y permanentemente, por el partido comunista con sus organizaciones anejas y sus auxiliares inconscientes.

5. LA NO RESISTENCIA AL COMUNISMO

Finalmente, deberemos mencionar un último elemento que juega un importante papel en la guerra subversiva: la no resistencia al comunismo. No se trata aquí de determinar la responsabilidad de los que practican esta no resistencia. Hay, entre ellos, hombres cuyas intenciones son rectas y que, literalmente, no saben lo que hacen. Hay otros que, en cambio, lo saben perfectamente bien, y que, como Pierre Cot, declaran: «*No soy comunista, pero considero que el comunismo es un movimiento irresistible* (*Paris-Presse,* 16 de junio de 1951). Se trata de poner en evidencia que, en período de guerra subversiva, ciertas actitudes, inocentes o culpables, de no resistencia al comunismo, juegan un indudable papel de debilitación de la moral de las retaguardias, y, por tanto, contribuyen, de hecho, a la «podredumbre» psicológica de una nación. Aquí simplemente señalaremos algunas de las características de la no resistencia al comunismo que, tam-

(3) Es necesario leer el atroz e irrefutable testimonio del Padre Dries Van Coillie: *Yo he sufrido el lavado de cerebro.*

bién hoy, hay que deplorar en cierto número de periódicos, revistas, conversaciones...

a) El primer peligro es el de adaptación al marxismo. Esta es la actitud de quienes, aunque se declaran anticomunistas, sostienen que «algo hay de positivo en el marxismo». Por lo demás, no distinguen entre el pensamiento de Marx, al que a veces han leído sin comprender su malicia, y el aparato revolucionario marxista-leninista, cuya existencia ignoran. Objetivamente, no por eso dejan de hacer el juego a los comunistas.

b) El segundo peligro es la difusión del escepticismo en materias en las que ese escepticismo es culpable. Para algunos, ya no hay nada seguro: ni la autoridad del Papa para los católicos, ni la familia como célula social para los esposos y los hijos, ni la escuela libre como condición de una educación cristiana, ni la patria para el ciudadano, ni la disciplina para el soldado. Sin poner todos estos valores en el mismo plano, lo cual es evidente, deberemos señalarlos como aquellos que más a menudo ponen en duda los que practican la no resistencia al comunismo.

c) El Papa Pío XI, en la encíclica *Divini Redemptoris*, pone en guardia a los cristianos: «*Con diversos nombres que carecen de todo significado comunista, fundan asociaciones y publican periódicos cuya única finalidad es la de hacer posible la penetración de sus ideas en medios sociales que de otro modo no les serían fácilmente accesibles; más todavía, procuran infiltrarse insensiblemente hasta en las mismas asociaciones abiertamente católicas o religiosas.*» (N.° 59.) Es un hecho que, desde que Pío XI escribió estas líneas, hemos visto también difundirse la idea de que, en cualquier caso, la solución del problema social debiera preceder al apostolado. Y como esta solución al problema social reposa sobre la colectivización de los bienes y la socialización de la economía, estas medidas resulta que tienen que ser previas a todo apostolado de los laicos.

c) Entre las actitudes de no resistencia al comunismo es necesario destacar la preocupación unilateral por la «adaptación al medio», o por la «presencia» en el seno de organizaciones evidentemente inspiradas por los marxistas-leninistas. Así, algunos han afirmado que, para no separarse de las masas, era preferible que los católicos abandonasen los sindicatos cristianos y se adhiriesen a la CGT, de la que todo el mundo sabe que obedece las consignas del partido comunista.

d) Aquellos a quienes seduce la no resistencia al comunismo tienen a menudo un vivísimo sentimiento de culpabilidad, pero en ellos este sentimiento no es el de una culpabilidad personal, sino el de una culpabilidad del grupo al

que pertenecen. Por otra parte, actúan de forma unilateral, ya que solamente deploran las faltas cometidas por su patria, por su clase social, y las que atribuyen a la propiedad privada o al colonialismo como tales. Pero, simultáneamente, jamás hablan de los crímenes cometidos por los comunistas en Moscú, en Varsovia, en Praga, en Cuba, en Pekín, en Saigón y en otros muchos sitios.

Volvamos de nuevo sobre un punto: los que adoptan esta actitud pueden no saber lo que hacen. Pero, si son cristianos, no por eso debemos dejar de deplorar su trágica imprudencia, pues el Papa Pío XI, en su encíclica *Divini Redemptoris,* que no ha dejado de ser actual, decía lo siguiente: *«En otras partes, los comunistas, sin renunciar en nada a sus principios, invitan a los católicos a colaborar amistosamente con ellos en el campo del humanitarismo y de la caridad, proponiendo a veces, con estos fines, proyectos completamente conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia. En otras partes acentúan su hipocresía hasta el punto de hacer creer que el comunismo en los países de mayor civilización y de fe más profunda adoptará una forma más mitigada, concediendo a todos los ciudadanos la libertad de cultos y la libertad de conciencia. Hay incluso quienes, apoyándose en algunas ligeras modificaciones introducidas recientemente en la legislación soviética, piensan que el comunismo está a punto de abandonar su programa de lucha abierta contra Dios.»*

«Procurad, venerables hermanos, con sumo cuidado que LOS FIELES NO SE DEJEN ENGAÑAR. El comunismo es intrínsecamente malo, y NO SE PUEDE ADMITIR QUE COLABOREN CON EL COMUNISMO EN TERRENO ALGUNO los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana.» (N.º 60.)

Actualmente, la guerra subversiva hace furor en el mundo entero, principalmente en los países en donde la civilización cristiana está implantada desde hace mil o más años, y es, en dichos países, en donde, muy especialmente, hay que meditar —y APLICAR— la consigna de la Iglesia.

CAPÍTULO VIII

La conquista del poder:

LA GUERRA REVOLUCIONARIA

¿Qué diferencia hay entre guerra subversiva y guerra revolucionaria? En primer lugar, el fin perseguido. El objetivo de la guerra subversiva es aislar psicológicamente a una población de su gobierno para debilitar a este gobierno y condicionar así su política. Rusia sostiene este tipo de guerra, en diversos grados, en todos los países libres.

El fin de la guerra revolucionaria es mucho más radical. Como su nombre indica, busca derrocar en un país el orden establecido, y sustituir el antiguo gobierno por uno nuevo, de tendencia ideológica opuesta.

Esta diferencia de objetivos implica diferencia de medios. En la guerra subversiva, las armas principales son de orden psicológico. Mediante informaciones, prensa, carteles, folletos y, si es posible, radio, e, incluso, cine y televisión, se busca influenciar a la opinión pública, recurriendo a sus instintos, para, finalmente, condicionar sus reacciones psicológicas. Todas estas técnicas se utilizan también en la guerra revolucionaria, pero combinadas con un empleo metódico de la infiltración, del terrorismo, y, lateralmente, con una escenificación militar, política y diplomática.

La característica esencial de la guerra revolucionaria es su carácter totalmente artificial. Los habitantes de un país sometido a esta clase de guerra asisten a una asombrosa evolución de las ideas. En algunos meses, o en algunos años, llegan a hacerse enemigos de la organización social dentro de la cual viven en paz, y amigos de los que, culpables del desorden, practican el terrorismo, a la vez que fanatizan la población buscando el triunfo de una ideología cualquiera. Como indica Mao-Tsé-Tung: «*Una revolución o una guerra revolucionaria parte de la nada para llegar a la existencia, va de poco a mucho, del nacimiento al desarrollo, de la falta de poder político a la toma del poder político, de la ausencia de ejército rojo a su creación, y de la ausencia de región dominada por los comunistas a su establecimiento.*»

Según la pura doctrina leninista, el objetivo estratégico de la guerra revolucionaria es la captura del poder o, en otras

palabras, la dictadura del proletariado. Sin embargo, la conquista del mundo por los marxistas-leninistas se efectúa, ora a cara descubierta como ocurrió, por ejemplo, en el caso de Alemania Oriental, Hungría, China e Indochina del Norte, ora bajo el disfraz de una máscara, lo más frecuentemente de una máscara nacionalista, como sucedió en el caso del FLN de Argelia desde 1954, y de Sekhou Touré en Guinea a partir de 1958. Efectivamente, el comunismo internacional puede sacar provecho de que la guerra revolucionaria aunque se haga en beneficio, provisional, de nacionalismos, verdaderos o aparentes, ya que esto causa confusión en el espíritu de los gobernantes de los países libres. Tentativas de este tipo se han hecho, por otra parte sin gran éxito, en Vietnam del Sur, en donde todo el mundo conoce la realidad comunista del Vietcong.

El objetivo táctico de la guerra revolucionaria es el control psicológico de la población, o sea, el objetivo estratégico de la guerra subversiva. También en este punto Mao-Tsé-Tung es preciso: «*Cuanto más ampliamente preparadas estén las masas populares, tanto más rápidamente se efectuará el proceso histórico, tanto más poderoso será el ritmo de su desarrollo, y tanto más importantes serán los resultados.*»

Después de señalar estos caracteres generales de la guerra revolucionaria, examinaremos las cinco fases de la misma. Estas cinco fases se deducen de la lectura de Mao-Tsé-Tung y de la confrontación de dicha lectura con las diversas guerras revolucionarias, intentadas o logradas desde hace quince años. Estas guerras explican el pasado, pero no es cierto que expliquen el porvenir, pues las aplicaciones de la estrategia stalinista son multiformes, y el espíritu de mentira que las anima se puede renovar. Con esta reserva, examinemos ahora esas cinco fases.

1. PRIMERA FASE

La primera fase de la guerra revolucionaria es una fase de preparación que puede ser muy larga. Durante ella, tres objetivos deben alcanzarse.

a) Es necesario elegir la ideología que ha de servir de tema a la guerra revolucionaria. Con este fin, se mantiene en observación a la sociedad. Los revolucionarios profesionales, formados para esto, se esfuerzan por descubrir todas las causas de fricción que puedan existir en esa sociedad, principalmente las oposiciones de clases, de razas, y, eventualmente, las oposiciones religiosas. El análisis de estas «contradicciones internas» se realiza con la perspectiva de una elección. Se trata de saber cuál de las contradicciones

será finalmente elegida para ser explotada y servir de tema general a la guerra revolucionaria. En Indochina se adoptó la ideología del nacionalismo democrático-popular. En Argelia, por el contrario, se procedió a fabricar un nacionalismo de tipo occidental, enteramente artificial, que no correspondía, absolutamente en nada, a un país de razas y religiones profundamente diversas y, a veces, o a menudo, opuestas.

b) En segundo lugar, es necesario formar a los hombres que conducirán la guerra, es decir, a los revolucionarios profesionales. Estos cuadros, destinados a encuadrar y a dirigir las masas, deberán estar instruidos, tanto en el plano ideológico como en el plano de la práctica de la guerra revolucionaria en todos sus grados. Ciertos centros de formación acogen a los candidatos, que se juzgan suficientemente dotados, los cuales son reclutados al comienzo por miembros del aparato del partido comunista. La guerra de Indochina fue conducida por Ho-Chi-Minh, leninista de la primera hora, que hizo sus estudios en Moscú entre 1923 y 1925. En 1930, fundó el partido comunista indochino. De 1935 a 1939, extendió la organización del partido por todo el país, y reclutó y formó a sus colaboradores: Giap, jefe del Ejército, y Pham Van Dong, el economista. Cuando en 1954 los acuerdos de Ginebra consagraron la victoria de la guerra revolucionoria, se obtuvo el resultado, no de una improvisación, si no de veinte años de trabajo.

c) Una vez elegida la ideología y reclutados los revolucionaros profesionales en número suficiente, ha llegado el momento de «sembrar» el espíritu de la población. Igual que en la publicidad comercial, al comienzo, el problema estriba en difundir la marca de un nuevo producto, así, en este caso, la ideología elegida como más susceptible de fanatizar a la población. Sin embargo, durante la primera fase, sólo se trata de hacerla conocer. Para esto se celebran reuniones, se publican periódicos, y se fabrican noticias que atraen la atención. Por todo el país se establecen células de agitadores y propangandistas.

Cuando hayan sido alcanzados estos tres objetivos, se organiza una matanza espectacular que consagra la ruptura de las hostilidades revolucionarias, y cuyo papel, por una parte, consiste en alertar a la opinión del mundo entero, y por otra, en comenzar la agitación y el terrorismo entre la propia población. Dicha matanza, que tuvo lugar el 19 de diciembre de 1949 en Hanoi, y que estalló el 1 de noviembre de 1954 en Argel, busca, esencialmente,

PLANTEAR EL PROBLEMA

Las cuatro fases siguientes de la guerra revolucionaria deberán resolverlo.

2. SEGUNDA FASE

En principio, la segunda fase debiera iniciarse inmediatamente después del hecho espectacular que ha «planteado el problema». Sin embargo, Mao-Tsé-Tung recomienda no iniciar la segunda fase, hasta no haber conseguido formar un frente único de las diferentes tendencias que puedan coexistir para hacer una misma guerra revolucionaria. Esta es una aplicación estricta de la estrategia leninista. Lenin se esforzó por destruir a los mencheviques para evitar divergencias de miras en el seno de la estrategia mundial de la revolución. Uno de los «errores» del FLN fue haber comenzado a fondo la guerra revolucionaria antes de haber formado el frente único de las diferentes tendencias, especialmente el MNA. El resultado fue un interminable ajuste de cuentas entre ambos grupos y la imposibilidad de lograr una influencia monolítica sobre la población.

Una vez conseguido el frente único, la segunda fase se presenta, esencialmente, como una fase subversiva. Se tratará de aumentar y de fortalecer a las fuerzas revolucionarias, de establecer a través de la población una red capaz de controlarla, y, simultáneamente, de causar la impotencia o el letargo de las fuerzas contrarrevolucionarias.

El crecimiento de las fuerzas revolucionarias se realiza de dos maneras diferentes.

a) En primer lugar, los revolucionarios profesionales se esfuerzan por ocupar cargos, lo más importantes que puedan, en el interior de la sociedad en la que es necesario provocar la «podredumbre». Naturalmente, los que se esfuerzan por llegar a esos puestos, no son comunistas notorios, sino comunistas enmascarados, o, simplemente, progresistas que, a veces, actúan como anticomunistas. Se infiltran tanto en la administración, como en la prensa, en la radio, en las universidades y en los medios religiosos. Con sus palabras y con sus declaraciones, que inicialmente parecen escandalosas, más tarde chocantes, y finalmente habituales, contribuyen a demostrar que las certidumbres morales, políticas, sociales y económicas mejor fundadas, pueden ser puestas en duda. Hacen que la población se acostumbre a creer que, sin ser comunista o revolucionario, se puede pensar y obrar como los revolucionarios, y eventualmente con ellos, sobre tal o cual punto táctico particular.

b) Simultáneamente, el desarrollo de la propaganda en la clase intelectual, y el comienzo de la agitación (manifes-

taciones, huelgas y sabotajes) en los medios populares y el comienzo del terrorismo, coinciden con el establecimiento de la organización político-administrativa (OPA) por todo el país. Esta organización consiste en una red de células, destinadas a dominar a toda la población, que se intercala entre dicha población y la administración oficial.

Los propagandistas se infiltran en los pueblos y trabajan a la población. No hablan necesariamente de comunismo y pueden testimoniar un gran respeto hacia la religión; pero se esfuerzan por envenenar los resentimientos que la población pueda tener contra la autoridad legal y administrativa establecida. A la vez, desarrollan el tema nacionalista o democrático-popular elegido, y persuaden a sus interlocutores de que una inmensa fuerza está naciendo y de que es prudente integrarse en ella. Poco a poco, se forma una red de simpatizantes que es dirigida por las células de la organización político-administrativa.

Al mismo tiempo que, de esa manera, se logra el aumento de las fuerzas revolucionarias, se pone en marcha un trabajo de propaganda con objeto de provocar, y luego acelerar, la «podredumbre» de las estructuras tradicionales. Ya hemos indicado, a propósito de la guerra subversiva, el juego dialéctico mediante el cual dicho fin puede ser alcanzado. Se trata de desacreditar, no tanto a la religión, como a aquellos que, en los medios religiosos, se oponen a la revolución. Asimismo, respecto al ejército regular se adoptará una actitud dialéctica que consiste en hacer que este ejército sea denunciado por algunos de sus miembros con objeto de conseguir avergonzarlo de su misión antirrevolucionaria. Simultáneamente, se esfuerzan por estigmatizar y ridiculizar a las empresas económicas susceptibles de aportar una verdadera elevación en el nivel de vida, mientras que multiplican las huelgas y los sabotajes, pero sin embargo, echando la culpa de la miseria o del empobrecimiento que, de hecho, resultan de esas huelgas y de esos sabotajes, ¡al gobierno oficial! En resumen, esta operación de podredumbre consiste en establecer reflejos condicionados en toda la población, destinados a señalar con una marca infamante a todo lo que es contrarrevoluconario, y con un timbre de gloria a todo lo que va en el sentido de los revolucionarios. Así se realiza la transferencia psicológica de las nociones naturales de bien y de mal, mediante la manipulación de la psicología colectiva, hasta lograr que, universalmente, el bien se identifique con el movimiento revolucionario y el mal con la contrarrevolución.

3. TERCERA FASE

Mientras que el objetivo perseguido durante el transcurso de la segunda fase consiste en abrir un foso psicológico entre la masa que hay que conquistar y el gobierno establecido que hay que destruir, el objetivo específico de la tercera fase es el establecimiento de una base territorial, en cuyo recinto las fuerzas políticas y militares de la revolución estén verdaderamente como en su casa.

Esta acción no deberá de emprenderse antes de que el objetivo de la segunda fase no sólo haya sido alcanzado en el plano ideológico, sino que, en cierta manera, haya sido consolidado mediante el terrorismo. Por consiguiente, no sólo habrá que abrir y ahondar un foso psicológico entre la población y la administración, sino que se deberá de conseguir que un clima de violencia reine en el país, clima éste que hace presagiar la inevitable victoria de la revolución.

Para eso hemos visto que, desde el comienzo de la segunda fase, ha empezado a utilizarse el terrorismo. Este continúa durante el desarrollo de la tercera fase y busca «controlar» una población, poniéndola, para ello, en un permanente estado de temor que mina todo posible dominio de sí mismo y, por tanto, toda resistencia deliberada.

La técnica del terrorismo, esencialmente, reposa en la utilización complementaria de la *agitación*, de la *propaganda* y de la *organización*. Cada una de estas palabras, dentro de la práctica estalinista, tiene un sentido preciso del que es necesario darse cuenta.

Agitación es el nombre que dan a todo acto destinado a provocar una emoción colectiva, susceptible de romper, en cada individuo, un equilibrio que está de acuerdo con los acontecimientos habituales del medio de vida. Las formas de agitación son varias. Pueden consistir en manifestaciones callejeras, incendios espectaculares, asesinatos, atrocidades y atentados diversos.

La *propaganda* consiste en repetir metódicamente un razonamiento lo más simple posible, que, INEVITABLEMENTE, lleva al grupo sometido a ella a adoptar la conclusión buscada por los especialistas de agitación y propaganda.

Finalmente, la *organización* es la reunión de un cierto número de personas con igual «nivel de conciencia». Por ejemplo, la acción diaria de un periódico que consigue que aquellos que habitualmente le leen tengan las mismas reacciones. También pudiera ser un sindicato, una asociación de juventud, un grupo femenino...

Estos tres métodos: agitación, propaganda y organización se complementan estrechamente en la guerra revolu-

cionaria. Es necesario aterrorizar a la población para que la propaganda actúe de prisa y para que la organización se difunda ampliamente. Por ejemplo, la agitación puede consistir en asesinar a un hombre y hacer que aparezca apuñalado en la plaza del mercado. La reacción espontánea de la población es de compasión hacia la víctima. Pero entonces entra en acción la propaganda. Sobre el cadáver aparece un papel que lleva la siguiente inscripción: «Así mueren los traidores.» A partir de ese instante se invierte el impacto emocional. El cadáver inspira indignación porque es el de un traidor, y los que han hecho justicia inspiran simpatía. Entonces, el papel de las organizaciones consiste en difundir y extender al máximo la emoción colectiva resultante del asesinato y de la interpretación invertida resultante de la inscripción... Reflexionando sobre este ejemplo, podemos comprender el papel fundamental que el terrorismo juega en la guerra revolucionaria.

Por medio de este terrorismo, los revolucionarios se esfuerzan, durante la tercera fase de la guerra, por aumentar todavía más su autoridad: administran «justicia», cobran «impuestos», movilizan «soldados» y recogen informes. La población siente que en esta ocasión ya no se trata solamente de un movimiento ideológico, sino de una verdadera guerra.

¡Los revolucionarios administran justicia! Se organizan procesos espectaculares; se multiplican los atentados; se perpetran raptos. Estas diversas técnicas de agitación tienen por fin enervar a la población y hacerla vivir permanentemente en un clima de terror, con objeto de, progresivamente, hacer deseable «la paz a cualquier precio». Simultáneamente, la denuncia y ejecución de los «traidores» inspiran a todo el pueblo un pusilánime espíritu de sumisión y le llevan a una sistemática complicidad.

¡Los revolucionarios cobran impuestos! Hacen que sus recaudadores pasen por cada casa o por cada trabajador, como el FLN puso en práctica en la Francia metropolitana con los norteafricanos. Como la negativa a pagar el impuesto equivale a un acto de traición, la colecta, gracias al clima de terrorismo, obtiene un verdadero éxito. Por consiguiente, con razón Mao-Tsé-Tung pudo decir que la guerra revolucionaria partía de la nada: su financiación está asegurada, a medida que progresa, por la misma población que hay que conquistar. Ese dinero permitirá no solamente financiar los cuadros, sino también comprar armas, organizar un gobierno, una representación diplomática, etc.

¡Los revolucionarios movilizan soldados! Después de haber dado su dinero, las familias se ven invitadas a dar, bien un hijo, o bien un marido, para que vayan a engrosar los

efectivos del ejército revolucionario. Ahora la elección está entre la muerte cierta, en caso de rehusar, y el peligro de los combates en caso de aceptar. Sin duda la solución más prudente es aceptar.

Por último, los revolucionarios recogen informes. La Organización Político-Administrativa exige de la población que proporcione todos los informes posibles sobre estacionamiento de tropas, paso de trenes o de camiones o sobre cualquier otro hecho que pueda tener importancia «militar», con objeto de utilizar estos informes y a la vez comprometer a esa población.

b) El desarrollo de estas diversas formas de acción revolucionaria es el preludio del objetivo esencial de la tercera fase: la conquista de una base. El fin de los revolucionarios es asegurar ante todo el control psicológico, luego el administrativo y, finalmente, el militar, de una porción del territorio nacional en el cual las fuerzas del orden ya no pueden penetrar. Por pequeña que sea, esta base tiene un interés estratégico fundamental, pues permitirá dar una cierta verosimilitud a la proclamación de la «República Nacional Independiente». Durante la guerra revolucionaria en Indochina, la estrategia francesa cometió el error de permitir que los ejércitos del Vietminh tomaran posesión de un territorio que en una guerra clásica no hubiese tenido ningún interés militar. Esta base permitió a Ho-Chi-Minh establecer su «gobierno» en una fracción del territorio nacional, lo que le confería una cierta realidad material. Este error no se repitió en la resistencia a la guerra revolucionaria emprendida por el FLN en Argelia, y esta organización, al no disponer de ninguna base territorial, tuvo que transformarse en un «gobierno» cuyos miembros se encontraban permanentemente en peregrinación entre Túnez, El Cairo, Rabat y, eventualmente, Ginebra, lo que sin duda no aumentaba su autoridad.

c) La proclamación de la República Nacional Independiente y el establecimiento del gobierno de esta República sobre una base terriotrial, por pequeña que sea, permite al nuevo Estado presentarse en la escena diplomática, en donde, definitivamente, se ganará la guerra revolucionaria. Teniendo dinero, un ejército y un territorio, el nuevo Gobierno se apresura a iniciar negociaciones para obtener una representación diplomática. Esta representación es reconocida, en cuanto lo permiten las circunstancias internacionales, en primer lugar por las democracias populares o por los países que tienen un gobierno nacionalista revolucionario. También, a veces, lo reconocen los países llamados «neutralistas». En cuanto a los países del mundo occidental, el espíritu de rivalidad, que tan a menudo les ha perjudicado, hace que su

desunión, latente o abierta, se afirme incluso en estas circunstancias. La mayor victoria para un gobierno, en la tercera fase de la guerra revolucionaria, es conseguir franquear las puertas de las Naciones Unidas y ser promovido, por ellas, al rango del «interlocutor válido». Pues la noción que los pueblos modernos tienen del derecho internacional es tal que a quien a muchos mató, por «realismo», se le reconocerá una capacidad jurídica en proporción con su eficacia revolucionaria.

4. CUARTA FASE

La cuarta fase es esencialmente militar. Cuando la base ha sido conquistada, la representación diplomática establecida, y la población psicológicamente dominada, resulta posible organizar, si no un verdadero ejército, al menos un simulacro lo suficientemente representativo como para obtener la victoria diplomática de la quinta fase.

a) Durante la cuarta fase se generaliza la guerra de guerrillas. Los golpes de mano se multiplican y los agentes de reclutamiento prosiguen activamente con el aislamiento de soldados, lo que se efectúa, tanto más fácilmente cuanto más intenso es el terror y más probable parece ser la victoria de los revolucionarios. El clima de terrorismo de la segunda y de la tercera fase evoluciona ahora hacia un clima de guerra civil. Las tropas revolucionarias atacan ahora a las tropas regulares y, gracias a la complicidad de la población y al perfecto conocimiento que ésta tiene del terreno, esos golpes de mano normalmente tienen éxito y juegan así su papel psicológico. Con la aceleración del reclutamiento, las bandas se hacen más numerosas y el objetivo esencial de la cuarta fase puede entonces ser alcanzado: la creación de un ejército regular.

b) La creación de un ejército «regular» consiste en el metódico reagrupamiento de las bandas armadas en tres escalones, cada uno de los cuales debe asegurar el cumplimiento de su propia misión.

El escalón local asegura la protección de la organización político-administrativa. La seguridad de ésta, que anteriormente reposaba principalmente en el terrorismo y en el temor colectivo que éste despierta, puede ahora descansar en la protección militar, lo que aumenta la eficacia de la O. P. A., en su acción sobre la población. Este escalón local, por otra parte, asegura la información y, también, el sostén logístico del escalón regional.

El escalón regional se empeña en acciones puramente militares y es el único que lo hace. Tiene como objetivo hos-

tigar a las fuerzas de orden, crear el clima de guerra civil y demostrar, en el plano nacional e internacional, la presencia multiforme de las fuerzas revolucionarias. También tiene que dedicarse a destruir los focos de resistencia, especialmente sembrando el terror en las zonas en donde la población haya sido, hasta ahora, poco sensible a la propaganda revolucionaria.

En cuanto al escalón nacional del ejército regular representa, al menos teóricamente, el grueso de las fuerzas. Sólo será empeñado en el último momento, durante el transcurso de la quinta fase, con el fin de acorralar a las fuerzas políticas en presencia y obligarlas a negociar.

5. QUINTA FASE

Cuando las cosas han llegado a este punto, nos encontramos ante un país minado por la propaganda subversiva, agotado por vivir en un terror permanente, disgustado por la miseria que resulta de la inseguridad, y moralmente divorciado de un gobierno que no ha sabido protegerle contra todos estos azotes. Todos los días, en lo íntimo de los corazones, aquellos que habían sido los más firmes puntales de las fuerzas del orden, pierden confianza y, después de atravesar un período de duda, consienten en unirse a la insurrección.

En el plano internacional, la propaganda concertada por la estrategia mundial del comunismo ha sensibilizado igualmente a la opinión universal. Hay que negociar, y como los revolucionarios expresan visiblemente la opinión de la mayoría del país, se deben de sacar las consecuencias políticas derivadas de este hecho.

Ese es el momento que, como más oportuno, elige entonces el gobierno revolucionario para desencadenar lo que la propaganda denomina la «contraofensiva general» del ejército de liberación. No hace falta decir que se trata de una ofensiva, e, incluso, de una simple simulacro de ofensiva. Sin embargo, el respeto de la regla dialéctica exige que se bautice a esta operación de «contraofensiva», con objeto de sugerir que se trata de una victoria de la antítesis sobre la tesis, de una respuesta victoriosa a una agresión ya antigua, y con el fin de que, implícitamente, se entienda que la culpa recae sobre aquel que próximamente será vencido, y que la victoria es la justa recompensa del valor y de los generosos sentimientos de los buenos.

El mejor ejemplo que puede darse acerca de esta «contraofensiva general» es la batalla que concluyó en Dien-Bien-Phu, el 8 de mayo de 1954. Fuerzas francesas, establecidas

en una zona sin verdadera importancia estratégica, fueron sitiadas por la totalidad de las fuerzas de reserva del ejército revolucionario. La ocupación de esta posición por dicho ejército revolucionario, el 8 de mayo de 1954, fue presentada y considerada por el mundo entero como el inevitable fin de la lucha. La propia opinión francesa, engañada por la propaganda subversiva, se entregó a una capitulación espiritual que, el 2 de julio siguiente, en Ginebra, se tradujo en un tratado abominable. Como en Berlín y en Corea, los comunistas terminaron estableciendo una democracia popular en la mitad del país. A Berlín Este y a Corea del Norte vino a sumarse el Vietnam del Norte. Mediante este tratado, millones de hombres —entre ellos tres millones de católicos— fueron no sólo abandonados, sino entregados al colonialismo más inhumano y a la esclavitud más atroz que el mundo haya conocido jamás. Los que pongan esto en duda deberán meditar el hecho de que, en los pocos meses siguientes, novecientos cincuenta mil católicos del Norte abandonaron sus casas, sus muebles, sus muertos y sus arrozales, para huir a Indochina del Sur. Una guerra revolucionaria acababa de alcanzar la victoria ante la incomprensión general y con el consentimiento de la mayor parte de los hombres de la tierra.

CAPÍTULO IX

El totalitarismo integral:

LA REVOLUCION CULTURAL

Estas páginas no tienen la intención de recordar la historia del Comunismo, a no ser para poner de relieve la filosofía, la estrategia y los métodos multiformes que, formando un conjunto, tienden a minar la civilización humana y cristiana. Con esta perspectiva tenemos que, el maoísmo», por un lado, ha perfeccionado las técnicas psicológicas de Lenin y, por otro lado, ha impulsado la intuición revolucionaria hasta sus últimas consecuencias dando a luz la noción de revolución cultural.

Mao, al forjar esta noción, se apartó del marxismo-leninismo clásico. Para este último, la cultura es una simple superestructura, segregada por la clase social, inconscientemente..., ¡inocentemente! Mao no ve las cosas de este modo. Estima que la cultura la forja cívicamente la clase social como un arma de la que se sirve para defender sus intereses.

«La burguesía, a sangre fría y con plena conciencia, se forjó el arma de la cultura burguesa (es decir, de la cultura del pasado en todos los países). El proletariado deberá rehusar esta arma maldita y deberá forjarse también, con la misma sangre fría e idéntica conciencia, una nueva arma, igual de aguzada e igual de afilada. El efecto de semejante teoría es evidente: ¡la condena en bloque del arte y del pensamiento del pasado, tanto chino como extranjero!» (1).

En teoría, Mao está de acuerdo con Lenin. Incluso hasta lo cita, considerando, como él, que *«la literatura y el arte son una pequeña rueda y un pequeño tornillo en el mecanismo general de la revolución»* (2). En la práctica, se aparta de Lenin notoriamente, Pues, en el pensamiento marxista-leninista, la esencia de la revolución consiste en el establecimiento de nuevas estructuras económicas que favorezcan el paso a una forma socialista, y más tarde comunista, de la vida colectiva. Esto ya lo había hecho la revolución china: plan anual, dirección colectiva de las empresas, comunas popu-

(1) ALBERTO MORAVIA: *La revolución cultural de Mao,* pp. 80-81 (ed. fr.).

(2) MAO-TSÉ-TUNG: *El libro rojo,* p. 179 (ed. fr.).

lares en medio rural, etc. Pero no era suficiente, en absoluto. Con eso, ¡la Revolución no había sido hecha en los espíritus!

Es cierto que la URSS y China tropiezan con el mismo problema. El hecho de que un país como Checoslovaquia, después de tantos años de dictadura policíaca y de propaganda mentirosa, llegue, de forma UNANIME, a desear salir de la rueda de la esclavitud, y de que el UNICO MEDIO de que dispone Moscú, visto y sabido por todo el mundo, sea la invasión y ocupación del país, el restablecimiento de la censura, etc., demuestra experimentalmente que el análisis del materialismo dialéctico es falso. NO BASTA CON ABOLIR LA PROPIEDAD PRIVADA para suprimir todo pensamiento burgués..., o sea, ¡crítico y libre!

La URSS resuelve el problema mediante la policía, el terror, la invasión y la ocupación. Mao parece haber hecho, en su propio país, un análisis más profundo. NO BASTA con el advenimiento político del socialismo para destruir la naturaleza humana de la persona, su inteligencia y su libre voluntad. Es necesario, por consiguiente, ir más lejos. Es necesario borrar de su inteligencia TODA LA HERENCIA HUMANA, y destruir de su voluntad toda anterior manera de obrar. En resumen, no basta con aniquilar la propiedad privada, base «objetiva» de la dignidad de la persona, para conseguir aniquilar a ésta. Es necesario profundizar más y DESTRUIR LA MEMORIA DE LA HUMANIDAD. Porque, para Mao, la «clase» no está en el exterior del hombre, sino en su interior. Esta jerga, una vez traducida, significa que lo que hace de la persona humana una imagen viva del Dios vivo, no es el sistema económico, sino la misma estructura de su alma espiritual. Por consiguiente, finalmente, será a ésta a la que habrá que volver a modelar directa e inmediatamente. Tal es el significado espiritual de la revolución cultural, la más terrible y radical de todas. Pues la revolución *política* alcanza esencialmente al orden jurídico y la revolución *social* disloca el orden económico, pero la revolución *cultural* «liquida» el orden interior, espiritual, para directamente remodelar el alma humana que ya no tiene escape.

Desde este punto de vista, importa poco que, históricamente, Mao haya sido arrastrado a esta revolución cultural por despecho. Como sabemos, el fracaso del «gran salto adelante» (1957) fue el que llevó al dios chino a interpretar el «abandono» de que había sido objeto por parte de la URSS como el índice de la traición de ésta. Después de los sarcasmos de Krutschev sobre las comunas y sobre el gran salto, y tras la retirada de los técnicos rusos de China, Mao llegó, por ello, a considerar que la URSS era un país revisionista, ES DECIR, UN PAIS EMPEÑADO EN LA VIA DE

LA CIVILIZACION DEL BIENESTAR, de la civilización de consumo, en resumen, del capitalimo. Era preciso, por tanto, separarse de ella y de todos aquellos que en China eran sus amigos y sus imitadores. Era preciso, por tanto, hacer que China fuese el nuevo centro de la revolución mundial, y para ello, había que imaginar una acción más rápida, más eficaz y más universal que la red del aparato, finalmente aburguesado, de la URSS, de sus satélites y de los partidos de obediencia moscovita. La revolución cultural proporcionaba la solución, tanto para China como para los otros países.

Es muy necesario saber que la crítica de la «sociedad de consumo» que fue presentada como una evidencia por los revolucionarios de Nanterre, en mayo de 1968, es una crítica maoísta que forma parte integrante de la teoría de la revolución cultural.

Esta crítica ha sido claramente formulada por Charles Bettelheim y Jacques Charrière, en los siguientes términos:

«*En este tipo de sociedad* (de consumo), *y en contra de ciertas afirmaciones y de ciertas ilusiones, no se asiste a una satisfacción continuamente creciente de las «necesidades». Al contrario, el grado de insatisfacción relativa de los individuos, constantemente es impulsado a crecer, ya que en eso reside la condición para el aumento de ventas y de beneficios... El «modelo» de comportamiento que se desprende del estilo de construcción del socialismo en China, por su naturaleza, es la negación misma del «modelo» de sociedad de consumo*» (3).

Así, Mao condena —y en esto su pensamiento coincide con el de Marcuse— tanto al capitalismo americano como al revisionismo ruso, en la medida en que ambos tienden a formar un hombre-consumidor, totalmente absorbido por una organización destinada a transformarle en un animal condicionado que, cada vez con mayor insatisfacción, aspira a un nivel de vida creciente.

No se puede tener conocimiento de esta crítica sin encontrar en ella analogías con las enseñanzas que la Iglesia católica dispensa desde hace mucho tiempo. Pues, ¿acaso Pío XII, el 16 de noviembre de 1946, citando a Pío XI, no deploraba que?:

«*No son las necesidades humanas según su importancia natural y objetiva las que regulan la vida económica y el empleo del capital, sino, por el contrario, son el capital y su interés de adquisición los que determinan qué necesidades y en qué medida deben ser satisfechas.*»

Por consiguiente, ¿la Iglesia está de acuerdo con esa crí-

---

(3) *La construcción del socialismo en China,* pp. 187 a 191. Maspero Editor (fr.).

tica maoísta de la sociedad de consumo? ¿Está de acuerdo con participar en la revolución cultural, que la propaganda de Pekín está extendiendo a todo el mundo a través de la agitación universitaria? La pregunta es tanto más grave cuanto que sabemos que, en mayo y en junio de 1968, cierto número de militantes cristianos y de sacerdotes lo afirmaron positivamente.

Además, esta pregunta es tanto más interesante cuanto que lleva a estudiar, de manera más profunda aún, la noción misma de revolución cultural.

El 18 de agosto de 1966 fue cuando comenzó en China esta revolución. El enunciado de sus fines se formuló en el manifiesto del Comité Central del P. C., desde el 8 de agosto anterior.

«*Oponer una réplica frontal a cada desafío lanzado por la burguesía en el dominio ideológico, y TRANSFORMAR LA FISONOMIA MORAL DE TODA LA SOCIEDAD por medio del pensamiento, de la cultura y de los usos y costumbres propios del proletariado.*» Y en *La información de Pekín*, del 8 de agosto, se podía leer: «*La gran revolución cultural proletaria en curso es una gran revolución que llega al hombre en lo que éste tiene de más profundo. Representa una nueva etapa en el desarrollo de la revolución socialista.*»

Esta etapa tiene por objetivo inmediato destruir todos los signos sensibles de la civilización china (y más generalmente de la humana), anterior al comunismo. Cincuenta millones de «guardias rojos» —es decir, cincuenta millones de niños y adolescentes, chicos y chicas— fueron lanzados al asalto del pasado, y quemaron las bibliotecas, borraron los nombres de las calles, los letreros de las tiendas, las inscripciones de los cementerios, persiguieron los tacones altos y los pescadores de caña, pegaron centenas de millones de periódicos murales, pusieron la producción en peligro y volvieron a China del revés. Pero así habían creado las premisas de una ideología revolucionaria universal, capaz de rivalizar con la ideología soviética, a la que va a esforzarse por ganar en velocidad.

En el centro de la revolución, solo, contra todos, Mao. Su pensamiento deberá reemplazar a todo el anterior pensamiento humano, su obra a todas las anteriores obras humanas, su voluntad a cualquier otra voluntad, anterior o no. El es «*nuestro gran guía, nuestro gran comandante en jefe, nuestro gran timonel, nuestro más amado y más respetado dirigente*». El culto a su pensamiento, si fuese posible, eclipsaría aún al culto a su persona; en algunas fábricas se consagran cuatro horas diarias al estudio de sus obras.

Así, poco a poco, se precisa el proyecto increíble, inverosímil: aniquilar todo el pasado y modelar un hombre nuevo

con solo el pensamiento, sola la cultura, sola la voluntad de Mao. Por eso, hasta sus mismos compañeros de lucha, hasta el alcalde de Pekín, Peng-Tcheng, hasta el presidente de la República, Liu-Chao-Chi, pueden ser interiormente manchados por los errores del pasado. En cuanto a la cultura occidental, será atacada sin piedad y en todos los aspectos.

«*Eso,* escribe Moravia, *explica el carácter a la vez radical y múltiple de la «austeridad» china que, indiferentemente, condena a Shakespeare y a las minifaldas, a los clásicos chinos y a los discos de baile, a Dostoiewski y a los calcetines de seda. Se trata de una austeridad totalitarista, basada en la idea muy simple de que la contrarrevolución puede esconderse en cualquier parte, hasta en una barra de pintura de labios. Quizás sea útil recordar aquí los siguientes precedentes históricos: la Florencia de Savonarola y la Ginebra de Calvino. Pero, entonces, se trataba de pequeñas comunidades y no de setecientos millones de individuos*» (4).

¡UNA AUSTERIDAD TOTALITARIA! Ahí tenemos la expresión que, tal vez, va a conducirnos a lo más profundo de la significación mística de la revolución cultural de Mao.

Los estudiantes deben hacerse obreros y campesinos, y los obreros y campesinos deben hacerse estudiantes. Se trata de formar a un hombre nuevo, síntesis del *homo faber* y del *homo sapiens,* un «manual-intelectual», o mejor aún, un «soldado-obrero-campesino-intelectual». En la nueva sociedad, la vida es común, las comidas se toman en común por todo un pueblo, los periódicos murales se leen en común, y, en cada nivel elemental, las decisiones se toman en común. En fin, se establece una POBREZA radical que es vivida como ideal de vida, y no solamente con respecto a los bienes materiales, sino también con respecto a los bienes culturales. El comunista es un despojado total al que no le queda nada —a no ser el pensamiento y la voluntad de los que le dirigen—.

Además, una OBEDIENCIA radical condiciona a esta pobreza colectiva. Tiene su modelo en la tradición china, en donde la obediencia presenta un aspecto, no jurídico y exterior, sino espiritual y místico. En el seno del Partido, que recubre a todo el pueblo por entero, Mao-Tsé-Tung la formula sin ambages:

1) *Sumisión del individuo a la organización*; 2) *sumisión de la minoría a la mayoría*; 3) *sumisión del escalón inferior al escalón superior*; 4) *sumisión del conjunto del Partido, al Comité Central.*»

Esta sumisión concierne no sólo al fuero externo, sino también al fuero interno; no sólo a los actos, sino también

(4) *La revolución cultural de Mao,* p. 82 (ed. fr.).

a los pensamientos; no sólo a la vida pública, sino también a la vida privada.

Por último —y esto suena de manera extraña en nuestro occidente que clama contra la Encíclica «*Humanae Vitae*»— hasta la vida afectiva y hasta la vida sexual son reguladas por la sociedad. Se «aconseja» a los jóvenes que no se casen antes de los treinta años, y esta clase de «consejo» se interpreta de un modo estricto.

André Athenoux, a su regreso de China, cuenta el diálogo que tuvo con su intérprete, una joven de veintidós años, cuando se asombró de que ni el teatro, ni el cine, ni la poesía, hablasen nada del «eterno tema de siempre».

—Señor, entre nosotros el amor, ese amor del cual quiere hablar, es secundario...

—Los jóvenes se tratan con miras al matrimonio. ¿Cuáles son, para ustedes, los criterios de un auténtico amor? ¿Cuáles son, según ustedes, las condiciones esenciales para un matrimonio sólido y duradero?

—La primera cosa... La misma concepción política, la fe en el comunismo, la adhesión muy sincera de ambos al pensamiento de Mao...

—¿Y usted, señorita, con veintidós años, no piensa en casarse?

—Yo, por ahora, no pienso en ello; dentro de ocho años, o tal vez de diez... En primer lugar tengo que estudiar y profundizar en el pensamiento de Mao para conseguir que la revolución proletaria llegue a China y al mundo (5).

Tal es el clima: una austeridad totalitaria, en donde, como fundamento de la vida social, volvemos a encontrarnos con LAS VIRTUDES EVANGELICAS: pobreza, obediencia y ¡hasta castidad!

Así, igual que de noche y durante una tempestad, se nos muestra el paisaje por los relámpagos, aparece aquí la realidad de la revolución cultural de Mao con una trágica y repentina claridad. Constituye LA INVERSION TOTALITARIA de la vida evangélica, igual que la revolución social de Marx constituye LA INVERSION TOTALITARIA de la vida trinitaria, y la estrategia revolucionaria de Lenin constituye LA INVERSION TOTALITARIA del consejo de «mostrar la otra mejilla».

Pues, si bien la Iglesia condena una economía de «consumo» en la que el hombre es un instrumento del capital, no por eso admite la violencia revolucionaria para destruir a esa economía; violencia que, como dicen los ingleses, nos lleva a «tirar a la vez al nene y el agua del baño». No por eso

---

(5) ANDRÉ ATHENOUX: *Le Christ crucifié au pays de Mao*, página 184.

admite la destrucción de toda la herencia cultural de la humanidad, de todo aquello que, en el transcurso de la historia, ha permitido al hombre descubrir lo verdadero, lo bueno y lo bello, en las obras del espíritu, del corazón y del cuerpo. No admite que se puedan IMPONER POR LA FUERZA los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, que corresponden a una llamada interior de Dios al alma que no todos reciben, ni en el mismo mento, ni con igual exigencia. Parece como si el Enemigo invisible de la Humanidad, por medio de una caricatura monstruosa, quisiese apartar a los hombres del orden social cristiano verdaderamente comunitario, el cual, por una comunión de libertad y de amor, es aquello de lo que el comunismo viene a ser como un molde en hueco, con un vacío de totalitarismo, de condicionamiento y de terror.

Con la revolución cultural el comunismo alcanza el punto en el cual ya no es posible volverse atrás en la empresa, intrínsecamente perversa, de realizar en la tierra la contra-Iglesia.

Porque —como ahora podemos comprobar experimentalmente— Satanás es el mono de Dios.

APÉNDICE

EL PENSAMIENTO DE MARCUSE

Aparentemente el pensamiento de Marcuse está muy lejos del de Mao. La revolución maoísta tiende a una austeridad totalitaria, mientras que la revolución marcusista tiende a una civilización integralmente erótica. Sin embargo, no es por casualidad que ambos nombres estén reunidos cada vez con mayor frecuencia.

Tanto uno como otro buscan promover una revolución cultural, es decir, que llegue directamente al interior del hombre, a su psicología, a su alma. Tanto uno como otro critican a la vez al capitalismo del Oeste y al revisionismo del Este, igualmente culpables de fabricar a un hombre de una sola dimensión, totalmente implicado en una maquinaria que tiende a elevar indefinidamente el nivel de las necesidades y del consumo. Tanto uno como otro estiman que no pueden apoyarse, ni en los oprimidos por el capitalismo, ni en los oprimidos por el socialismo soviético, pues ambas clases de oprimidos están completamente integradas en el sistema de la sociedad de consumo, e incluso no tienen ya conciencia de la opresión que sufren. Por consiguiente, tanto uno como otro se esfuerzan por reunir a los «desesperados»: los del tercer mundo y, sobre todo, los de la juventud estudiantil, y están de acuerdo en estimar que, en los dos casos, los que actuarán serán pequeñas minorías.

Estas analogías son lo suficientemente amplias como para que algunos estudiantes lean y se impregnen ampliamente, tanto del uno como del otro, e intenten ¡hacer la síntesis de ambos!

En cuanto a lo específico de Marcuse, si brevemente lo analizásemos en unos pocos párrafos, pudiéramos formularlo de la siguiente manera:

—1—

Marcuse es un discípulo. No es un creador genial. Después de leer y asimilar a *Marx* y a Freud, se esfuerza por conciliar y rebasar ambas construcciones mediante un sistema único, que pretende adaptar a la situación contemporánea.

—2—

Marx explica la sociedad mediante la explotación de la clase trabajadora por la clase poseedora, y predica la revuelta de la primera contra la segunda. Freud explica la sociedad mediante la represión del instinto sexual, y estima que este sacrificio es «rentable».

—3—

Marcuse discute esas dos tesis. Por lo tanto, se presenta como un discípulo infiel —o al menos crítico— tanto del marxismo como del freudismo.

—4—

Marcuse somete a proceso al marxismo. La revuelta de los explotados ha desembocado en sociedades socialistas que, simplemente, han sustituido una forma de dominación por otra. Pero las sociedades capitalistas y las socialistas no son «cualitativamente diferentes». Tienen en común el ser organizaciones represivas. En el sistema capitalista, los grupos dominados participan en las necesidades y en las satisfacciones que garantizan el sostenimiento de los elementos dirigentes. En los países socialistas, la técnica ha llegado a ser también un poder por sí mismo. Aquí y allá, el proceso productivo forma a la vez las necesidades y los medios de satisfacerlas: el hombre ha llegado a estar mutilado, limitado, y no tiene ya más que una sola dimensión, la de ser parte integrante de una sociedad de consumo: *«el hombre unidimensional»*.

—5—

El carácter universalmente represivo de la sociedad capitalista *y* comunista explica que la revuelta de los jóvenes tenga lugar, tanto en Varsovia como en Francia, tanto en Checoslovaquia como en Italia, etc. (Marcuse parece ignorar la organización subversiva extendida por Pekín en el mundo estudiantil.)

—6—

Marcuse somete a proceso al freudismo. ¿Es cierto que la sociedad civilizada sólo es posible al precio de una represión de los instintos y fundamentalmente del instinto sexual? *«El principio del placer y el principio de la realidad, ¿son inconciliables hasta el extremo de exigir una transfor-*

mación represiva de la estructura instintiva del hombre?» Marcuse responde a esta pregunat en *Eros y Civilización.*

—7—

Su respuesta es que, en la sociedad en donde se da la abundancia, se hace posible rebasar *«los límites históricos del principio de realidad»*, es decir, la necesidad de reprimir el instinto sexual desde la infancia, y más tarde por la monogamia, etc. Por eso pretende demostrar *«la posibilidad de un desarrollo no-represivo de la líbido»*.

—8—

Define, por consiguiente, como civilización verdaderamente libre, aquella en donde el progreso técnico, el trabajo, los ratos de ocio, la cultura, el arte, etc., no resulten de la programación de una sociedad organizada, sino aquella en donde la libertad no sea otra cosa que la libre satisfacción de los individuos. En efecto, no solamente se asistiría a una liberación, sino también a una transformación de la líbido, *«transformación que llevaría la sexualidad, sujeta a la supremacía genital, a la erotización de toda la personalidad»* (Eros, pág. 177). En resumen, *en el interior* de las instituciones de represión, la sexualidad explota; pero *fuera* de esas instituciones, la sexualidad erotiza zonas, momentos, relaciones que, hasta ahora, eran tabús (Eros, pág. 177), y así es como el trabajo, la cultura, el ocio, y, en resumen, toda la vida social, pudiera encontrar su energía, su unidad y su orden en la libertad individual del dinamismo sexual, con la condición de que se destruya la primacía de la función genital, y de que el organismo, por entero, sea quien llegue a ser el fundamento de la sexualidad.

—9—

A pesar de su crítica de los estados comunistas actuales, Marcuse se confiesa socialista. Pero su socialismo, que hace remontar a Fourier, tiende a una sociedad en donde el trabajo sería un placer impregnado de erotismo... *«Marcuse* —afirma una hoja de propaganda— *ofrece la primera síntesis entre psicoanálisis teórico y marxismo abierto...»*

Marcuse se confiesa ateo de cabo a rabo, con un ateísmo absoluto. El problema no consiste en que el hombre muera, sino en que muera en el dolor y antes de lo que desea. Vale la pena *«luchar con toda su energía instintiva»* para que los hombres, *«después de una vida colmada»*, puedan *«asumir la responsabilidad de elegir el momento de morir»* (Eros, página 204).

¿Cómo reacciona la realidad sociológica ante la lectura de este discípulo de Marx y de Freud? Podemos suponer que, para algunos, se limita a ser una simple elucubración... Pero, ¡no para todos!, como lo demuestra el cartel pegado en las paredes de la Sorbona con motivo de los acontecimientos de mayo, y cuyo texto bastará para concluir con estas pocas notas sobre el pensamiento de Marcuse.

«Manifiesto contra la represión sexual.»

«Conmovido y profundamente indignado por la represión civil policíaca que subsiste para con todas las minorías eróticas (homosexuales, exhibicionistas, invertidos de cualquier clase), el CAPR (Comité de Acción Pederástica Revolucionaria) denuncia la restricción de posibilidades amorosas que se padece en Occidente desde el advenimiento del judeocristianismo —los ejemplos de esta odiosa represión no faltan—, los tenéis ante los ojos a cada instante: inscripciones y dibujos en los servicios higiénicos de la Sorbona y de otros lugares más o menos reservados, malos tratos a los homosexuales por la policía y por civiles retrógrados, fichajes policíacos, etc.

En general, la actitud de sumisión, las miradas temerosas de perros apaleados, la persecución implacable del homosexual-tipo, las carreras destrozadas, el aislamiento y la incomunicación, son la suerte de todas las minorías eróticas.

Por un glorioso Jean Genest, 100.000 avergonzados pederastas están condenados a la desgracia.

El CAPR hace un llamamiento para que vosotros, pederastas, lesbianas, exhibicionistas, invertidos, etc., toméis conciencia de vuestro derecho a expresar con toda libertad vuestras opciones en particularidades amorosas, y a promover mediante vuestro ejemplo una verdadera liberación sexual, que tan necesaria es a las pretendidas mayorías como a nosotros.

Es absurdo que un hombre se vea condenado por el matrimonio, o por las conveniencias sociales, a no amar más que a una sola mujer durante toda su vida.

Es odioso que un mujer sea juzgada como de mala vida si no es fiel a un solo compañero sexual.

El amor-procreación no debe ser el único. «VIVA EL AMOR-JUEGO, viva el placer, viva la libertad» (un hombre de cada veinte es pederasta, lo que hace que de los 400 millones de la población mundial, 200 millones sean pederastas).

No al Amor y la Muerte.

Sí al Amor y la Libertad.»

Es difícil caer más bajo.

Así, la crítica de la sociedad de consumo, tan legítima en ciertos aspectos, crítica común a Mao y Marcuse, desemboca, o bien en la austeridad totalitaria del primero, o bien en el pansexualismo social del segundo.

Para concluir este capítulo, creo que no puedo hacer nada mejor que citar estas líneas de Jean-Jacques Servan Schreiber, publicadas en *l'Express* del 26 de agosto de 1968:

«En todas partes ya no se soportan «ni nuestros males ni sus remedios». Se siente temor ante los rectores de la sociedad llamada de consumo y su ausencia de armadura moral, pero se retrocede con horror ante las perspectivas de un socialismo cuyo catecismo sigue siendo el mismo que el de los dirigentes del Ejército Rojo. El mundo ya no sabe hacia dónde avanzar, y de qué lado esperar; la humanidad, en agosto de 1968, se parece a un niño que quisiera volver al vientre de su madre. Y, normalmente, esta vía conduce a la pérdida de la razón.»

De hecho —en buena medida— ya se ha perdido.

CUARTA PARTE

LAS APLICACIONES

En las tres partes precedentes hemos intentado estudiar, literalmente, al comunismo FRENTE A DIOS. Aquello que en él niega al orden natural, que es enemigo de la Redención de Jesucristo y caricatura totalitaria del misterio de la Trinidad y de la vida evangélica.

Para dar a estas páginas un carácter práctico, tenemos que evocar ciertas situaciones concretas capaces de poner de manifiesto la gravedad dramática de las horas que vivimos.

Con esta idea, sucesivamente, evocaremos:

1. La conquista comunista del mundo
2. Francia 1968: una crisis de civilización
3. Las tres fases de la subversión de mayo.

CAPÍTULO X

LA CONQUISTA COMUNISTA DEL MUNDO

En 1917, la inmensa Rusia se transformó en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Durante los veinte años siguientes, el aparato del Partido Comunista se estableció sólidamente, como una inmensa red, por todo el mundo. La acción del Kremlin resultó decisiva en la génesis inmediata de la guerra de 1939. Invirtiendo repentinamente sus alianzas, Rusia, con desprecio del derecho, el 23 de agosto de 1939 aceptó repartirse a Polonia con Alemania. Si Rusia hubiese seguido en esos momentos al lado de Gran Bretaña y de Francia, Hitler, prácticamente, se hubiese visto obligado a combatir en dos frentes, y, tal vez, hubiese dudado.

En 1940, Rusia invadió a los Países Bálticos: Lituania, Letonia y Estonia. Bajo la amenaza de los ejércitos rusos tuvo lugar un referéndum, destinado a someter a plebiscito sólo al partido comunista. El resultado fue aplastante: el 99,19 por 100 del cuerpo electoral de Lituania, el 97,6 por 100 de Letonia, y el 92,9 por 100 del de Estonia, pusieron en el poder a dicho partido. Inmediatamente después, éste solicitaba y obtenía la anexión de cada una de esas repúblicas a la Unión Soviética.

Después de haber ocupado Bélgica y Francia, Hitler, el 22 de junio de 1941, renunciaba a la invasión de Inglaterra y se volvía contra la Unión Soviética. Sin los socorros materiales de los Estados Unidos y del Imperio Británico, ciertamente los soviéticos hubieran sido vencidos. Para obtener esa ayuda, el 1 de enero de 1942, Stalin, en nombre de la Unión Soviética, firmaba con representantes de otros veintiséis países la adhesión a los principios de la Carta del Atlántico. Esta alianza, concluida el 21 de agosto de 1941 por Roosevelt y Churchill a lo largo de las costas de Terranova, estipulaba que todo país que se adhiriera a ella:

1. No debería buscar ningún aumento territorial o de otra clase.
2. No debería realizar ningún cambio de fronteras que no estuviese de acuerdo con el deseo, libremente expresado, de los países afectados.
3. Debería respetar el derecho de todos los pueblos a elegir su forma de gobierno.

4. Debería esforzarse, dentro de los derechos adquiridos, por abrir a todos los Estados el acceso al comercio y a las materias primas.

La evocación de este compromiso de Stalin aparece hoy como una ironía atroz. En 1944, los ejércitos soviéticos victoriosos penetraban en Polonia, volvían a tomar los Estados Bálticos, ocupaban Bulgaria y Rumania, y una parte de Yugoslavia y de Hungría. En 1945, proseguían la ofensiva y se extendían por toda Polonia, Hungría, Austria, Checoslovaquia y Alemania Oriental.

Finalmente, de acuerdo con los aliados y gracias a la ocupación, Stalin pudo anexionarse brutalmente los siguientes territorios: Lituania, Letonia, Estonia, Polonia Oriental, Besarabia y Bukovina, Moldavia, Ucrania Subcarpática, Prusia Oriental, Carelia y Petsamo quitadas a Finlandia, Tannu-Tuva en Asia Central, la mitad de Sajalin y las Islas Kuriles. Así fue como más de veinticuatro millones de hombres fueron, pura y simplemente, anexionados por la URSS.

Además, regímenes comunistas fueron impuestos en Polonia, Yugoslavia, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Finlandia, Albania y Alemania Oriental, lo que representa una población de más de cien millones de personas, víctimas también del stalinismo.

Simultáneamente, la guerra revolucionaria hacía furor en Asia. Mao-Tsé-Tung la había comenzado en China desde 1927, renunciando entonces a apoyarse en los obreros, y decidiendo considerar como «masa revolucionaria» al campesinado chino que constituía el 85 por 100 de la población. Por su parte, Ho-chi Minh había comenzado la acción revolucionaria en Indochina desde 1930, fecha de la fundación del partido comunista indochino. La guerra revolucionaria en China estaba prácticamente terminada en 1948. La guerra conducida por el Viet-Minh en Indochina se extendió, principalmente, durante seis años, de 1948 a 1954. Simultáneamente, la guerra de Corea duró tres años: de 1950 a 1953. Inmediatamente después de los acuerdos de Ginebra del 20 de julio de 1954 que consagraron el establecimiento de la dictadura del proletariado en el Norte de Indochina, la guerra revolucionaria fue trasladada a Africa, comenzando en Argelia el 1 de noviembre de 1954, bajo la forma de un nacionalismo artificialmente fabricado. Basta con evocar estas pocas fechas para que hasta el más distraído observador esté en condiciones de comprobar que, desde hace veinte años, *la voluntad de expansión de la revolución mundial*, a través de todas las circunstancias, *no ha sido desmentida un solo año*, y que SIEMPRE SE HA MANIFESTADO POR INICIATIVAS INCESANTES.

Los espíritus divididos

Así dos mundos están frente a frente. O más bien, dos universos espirituales. Pero lo grave, lo doloroso, lo trágico, es que entre aquellos mismos que todavía son libres se insinúa la duda.

Estos no se dividen principalmente SOBRE LOS HECHOS, pues todos saben lo que pasó en Budapest en 1956 y después. Lo que les distingue es su juicio moral.

Los primeros dan el mismo juicio moral que el cardenal Ottaviani, el cual, el 7 de enero de 1960, afirmaba: «*En tanto que esté permitido mantener en servidumbre naciones enteras sin que nadie se haga cargo de la defensa de los oprimidos..., será imposible hablar de verdadera paz, sino solamente de consentimiento con el asesino, a quien nada turba, y de coexistencia con él.*» Los segundos siguen al redactor del periódico *Le Monde* que consideraba que este discurso del segundo personaje de la Iglesia era *pasmoso*, y subrayaba que, jamás hasta ahora, ningún príncipe de la Iglesia había «*atacado con semejante encarnizamiento a los poderes públicos soviéticos*» (2). Por lo que se ve, no se trataba de un juicio moral dado por una autoridad espiritual, sino ¡de una agresión cometida «*con encarnizamiento*» contra los poderes públicos!

¿Cuál es la causa de que estos juicios sean tan claramente opuestos? ¿Tan manifiestamente incompatibles?

Esto es debido a que el estudio del comunismo como *materia a juzgar* es una cosa, y la *luz del juicio* es otra diferente. Del mismo modo, la habitación en donde trabajo está llena de libros y de muebles. Ahí tenemos materia para el conocimiento; pero ocurre que solamente se me revelan cuando abro las persianas y entra la luz.

La crisis espiritual e intelectual de la sociedad moderna oculta a muchos que, para conocer una realidad tal como el comunismo, no basta con reunir hechos. Es necesario recibir también la luz que los ilumine —y para recibirla hay que *aceptarla* con sus exigencias y sus riesgos—.

Aunque los hechos deban ser conocidos por la observación, sin embargo, esos mismos hechos no traen consigo su propia luz. El juicio que los comunistas emiten sobre sí mismos, no será lo que nos permita *verlos* tales como son. Asimismo, el juicio que un redactor de *Le Monde* dé sobre los actos de un príncipe de la Iglesia, tampoco será lo que nos permita *ver a dichos actos tales como son.*

---

(1) Cardenal OTTAVIANI: Sermón del 7 de enero de 1965.
(2) *Le Monde* del 9 de enero de 1960, con la firma de Jean d'Hospital.

El juicio de Dios sobre el comunismo y sobre los comunistas es el único que nos permite verlos en la luz. El juicio de Dios sobre cada hombre y sobre la historia es el que juzga a cada hombre y el que juzga a la historia.

Intrínsecamente perverso

Ahora bien, el pensamiento de Dios se nos da por la Iglesia, por el Soberano Pontífice en el magisterio ordinario y extraordinario. «*A las enseñanzas de las Encíclicas,* decía Pío XII, *se aplican también aquellas palabras: «El que a vosotros oye, a Mí me oye»* (3).

El comunismo, ¿es «*intrínsecamente perverso*» (4), *como enseñaba Pío XI,* o trae consigo «*elementos esenciales de liberación*» (5), como enseñaba a sus discípulos el fundador de la revista *Esprit?* Los jefes comunistas, ¿son «*asesinos de cristianos*» (6), como decía el jefe de la Suprema Congregación del Santo Oficio, o son verdaderamente «*poderes públicos*» (7), como afirmaba el redactor de *Le Monde?* ¿Deberemos olvidar a aquellos que, en la Iglesia del Silencio, «*están expuestos a sufrimientos y torturas sin fin*» (8), como recordaba el Santo Padre por Navidad, o por el contrario, deberemos, como él nos invitaba, rezar por «*un retorno VERDADERAMENTE UNIVERSAL a la libertad humana y cristiana*»? (9).

Para todos aquellos que tienen un conocimiento suficiente del comunismo la respuesta no es dudosa. Con Pío XI disciernen claramente que el comunismo es intrínsecamente perverso. Es necesario pesar estas dos palabras.

Perverso es lo que aparta del orden natural y sobrenatural. Intrínseco es lo que es interior a algo, lo que constituye la esencia de ese algo: por tanto, decir que el comunismo es intrínsecamente perverso, es decir, que la esencia y el principio que lo constituyen son *radicalmente contrarios, tanto al orden sobrenatural, como al orden natural.*

Ahora bien, el comunismo es un pensamiento filosófico, social y económico: el de Marx. Es una práctica revolucionaria, estratégica y táctica: la de Lenin. Es una conquista

---

(3) Pío XII: Encíclica *Humani Generis* de 12 de agosto de 1950.
(4) Pío XI: Encíclica *Divini Redemptoris* de 19 de marzo de 1937.
(5) E. MOUNIER: *Feu la Chrétienté,* p. 167.
(6) Cardenal OTTAVIANI: Sermón del 7 de enero de 1960.
(7) *Le Monde* de 9 de enero de 1960.
(8) JUAN XXIII: Mensaje de Navidad de 1959.
(9) *Idem.*

del mundo realizada ya en parte por Stalin, Mao-Tsé-Tung y otros cabecillas revolucionarios de Europa, Asia, Africa y América.

Existe una rigurosa continuidad entre la intrínseca perversidad del materialismo dialéctico de Marx, la organización del Partido de Revolucionarios profesionales por Lenin, los métodos de conquista de Stalin y la revolución cultural de Mao. Según palabras del mismo Lenin, hay «materialismo consecuente» de un extremo a otro de la realidad comunista. Precisamente eso, el «materialismo consecuente», consiste en unir la matanza y la visita protocolaria, la carnicería y la sonrisa, la tortura y las declaraciones pacíficas, la persecución de los cristianos y la política de la mano tendida. Hacen, por consiguiente, el juego del comunismo aquellos que, NO QUERIENDO ACEPTAR el juicio de la Iglesia y haciendo distinciones en el interior de lo que es intrínsecamente perverso, quieren *condenar la degollina y sonreír a los degolladores*. Lo hacen, también, cuando tienen la osadía de juzgar al secretario del Santo Oficio.

Sería necesario meditar y aprender de memoria los párrafos 58 y 59 de la encíclica *Divini Redemptoris*. Precisamente en ellos, Pío XI explicaba por qué el comunismo es «*más criminal que lo más criminal que jamás haya existido*», pues «*oculta sus verdaderos intentos bajo el rótulo de ideas que son en sí mismas buenas y atrayentes*». También en esos párrafos pronunciaba su sentencia: intrínsecamente perverso.

Intrínsecamente perverso es afirmar que el espíritu sólo es un producto de la evolución de la materia y que el hombre no es otra cosa que una ETAPA HISTORICA DE LA MATERIA HECHA PENSANTE.

Intrínsecamente perverso es afirmar que el movimiento inherente a la materia en evolución es un movimiento dialéctico en el que la tesis engendra la antítesis, y su conflicto la síntesis, como si el movimiento antitrinitario: tesis, antítesis, síntesis, FUESE LA ESENCIA DINAMICA DE TODO, Y COMO SI LA ESENCIA DE TODO FUESE EL ODIO.

Intrínsecamente perverso es explicar la historia de la humanidad como si, esencialmente, fuese un reflejo de la historia de la lucha de clases y, por lo tanto, REDUCIR LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD a una HISTORIA GENEREAL DEL ODIO, a un DESARROLLO ANTI-TRINITARIO DEL CUERPO SOCIAL.

Intrínsecamente perverso es explicar los progresos de la humanidad como si fuesen productos normales de la lucha de clases, o sea, de los PROGRESOS DEL ODIO, y del movimiento ANTI-TRINITARIO.

Intrínsecamente perverso es presentar la creencia en Dios como una «alienación», la reconciliación de las clases como

una trampa, el espíritu de sacrificio como una tontería, la aceptación cristiana de una injusticia como una traición, y, por consiguiente, HACER DE LA RELIGION Y DE LA FE EVANGELICA EL PRINCIPIO DE TODO MAL.

Intrínsecamente perverso es presentar a la propiedad privada de los bienes de producción como fuente esencial de los conflictos sociales, es decir, PRESENTAR A LA PERSONA HUMANA RESPONSABLE COMO SI FUESE UN SIMPLE ANIMAL, INEVITABLEMENTE DETERMINADO POR SUS INSTINTOS.

Intrínsecamente perverso es presentar al comunismo, es decir, el ANIQUILAMIENTO metódico de las libertades personales, familiares, económicas, sindicales y políticas, como si fuese LA UNICA REDENCION POSIBLE DE UNA HUMANIDAD QUE, SIN ESO, QUEDARIA ENTREGADA POR SUS INSTINTOS A LAS CONTRADICCIONES.

Intrínsecamente perverso es imponer por la fuerza y por la dulzura, por la tortura y por la sonrisa, por la violencia y por la falsa paz, la más acabada forma de COLONIALISMO INHUMANO A UN TERCIO DE LA HUMANIDAD.

Intrínsecamente perverso es realizar, por medio del comunismo, el sueño prometeico de una humanidad materialista que se haga cargo de su propia naturaleza, de su propia creación y de su propio destino, y que, MEDIANTE EL TRABAJO COLECTIVO DE CENTENAS DE MILLONES DE ESCLAVOS, BUSQUE LLEGAR A SER SU PROPIA CAUSA, es decir, LLEGAR A SER DIOS.

Intrínsecamente perverso es caricaturizar el consejo evangélico de «presentar la otra mejilla», con objeto de hacer culpable a la víctima que se defiende, y absolver al agresor que saquea, aterroriza, lava los cerebros, mutila y extermina.

Intrínsecamente perverso es comenzar una revolución cultural que borra de los espíritus toda la herencia humana y establece un horrible totalitarismo de pobreza, castidad y obediencia.

El comunismo es un todo, y, como tal, lleva a cabo, lo más completamente posible, una ofensiva satánica. Al Dios creador opone la humanidad autocreadora. A la Trinidad, misterio de amor, opone la dialéctica, misterio de odio. A la fraternidad humana, opone la lucha de clases. Al espíritu de oración, penitencia y sacrificio, opone las pasiones de la envidia, de los celos y de la venganza. A la jerarquía de la Iglesia y de la comunión, opone el aparato del Partido Comunista. A la redención consumada en el Calvario por Cristo, Nuestro Señor, opone la persecución de los miembros de su Cuerpo Místico y la destrucción de la imagen de Dios en el hombre. A la libertad de los hijos de Dios opone la servidumbre de una multitud de robots colectivizados. A la pie-

dad con respecto a la herencia del pasado, opone la rebelión de la juventud contra todo lo que la explica, enriquece y forma. A la civilización cristiana opone la mística de la esclavitud totalitaria y de la barbarie técnica.

Al misterio de Piedad opone al misterio de Iniquidad, e intenta persuadir a la humanidad de su victoria...

Pues, repetimos de nuevo, Satanás es el mono de Dios.

«*Procurad, venerables hermanos, con sumo cuidado, que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que COLABOREN CON EL COMUNISMO EN TERRENO ALGUNO LOS QUE QUIEREN SALVAR DE LA RUINA LA CIVILIZACION CRISTIANA.*» (N.º 60)

En adelante ya no basta con saberlo. Hay que decirlo. Hay que difundirlo.

Y luego HAY QUE REZAR. Hay que rezar mucho.

Francia lo necesita. El mundo lo necesita. La Iglesia lo necesita.

Se trata de un combate espiritual y se aproxima el último cuarto de hora. Dios es el dueño de la historia, y es por el comunismo por quien doblan las campanas.

CAPÍTULO XI

Francia 1968:

UNA CRISIS DE CIVILIZACION

Numerosos análisis se han intentado ya, sobre estas semanas de mayo de 1968, durante las cuales Francia «explotó». A la luz de todo lo que, a propósito del comunismo, se evoca en este libro, parece que será posible iluminar, en profundidad y a diferentes niveles, los «acontecimientos», como —públicamente— han sido llamados.

Nanterre llevó a los tumultos del bulevar Saint-Michel; éstos a la huelga general, y la huelga general al borde de la democracia popular.

En tres semanas.

Una cosa es completamente segura. Nuestros analistas habituales, socialistas o liberales, no esperaban este acontecimiento.

La izquierda excluía su posibilidad. Georges Lavau escribía a comienzos de mayo, en «Esprit», las siguientes líneas:

«*Una cosa es segura, y es que la Francia de 1968 no parece poder permtirse el lujo de tener un escenario político tan apasionante como el de Checoslovaquia, tan dramático como el de Estados Unidos, o tan glorioso como el de Vietnam. Ni la agitación de una minoría de estudiantes en unas pocas universidades, ni ciertas originales manifestaciones obreras, ni el malestar que reina en Bretaña, afectan seriamente a la vida política.*»

En ese mismo momento, la derecha, con la mirada clavada en el cuadro de mando de la economía, no hablaba más que de la recuperación:

«*La expansión de Francia,* manifestaba *Le Monde* del 11 de mayo, *parece acelerarse. El índice de producción industrial, sin la construcción, y una vez corregidas las variaciones estacionales dio en marzo un nuevo salto, pasando del 160,5 al 163,6 %, o sea más 1,8 % en un mes. Con relación a marzo de 1967, el crecimiento es del 6,8 %.*»

En resumen, Francia parecía tranquila, en calma, si no feliz... Bastó un puñado de revolucionarios bien adiestrados para conmover y, más tarde, derribar esa fachada de cartónpiedra, y hacer aparecer la realidad.

¿La realidad? Con esto quiere decir el estado espiritual, el estado de las inteligencias, de las voluntades, de las sensibilidades de los franceses.

En resumen, ¡la realidad de las almas!, una palabra que ya casi no se emplea, incluso en los medios católicos, por miedo a caer en un estilo de ¡primera comunión! Lo cual, además, no impide que las almas existan y que, a menudo, estén en mal estado.

Porque cuando un pueblo soporta pasivamente que la anarquía se instale en la calle, cuando el mundo del trabajo se somete, con miedo, a un nuevo patronato que le ordena paralizar al cuerpo social por entero, cuando toda una población queda sobrecogida y muda, o no se mueve más que cuando una voz oficial la convoca a los Campos Elíseos, es porque, tras la fachada de pueblo próspero, se esconde un pueblo en decadencia.

A partir de entonces, las minorías activas tienen una buena ocasión para interpretar a su gusto la distorsión —real— que existe entre las estructuras, y la realidad invisible de los espíritus y de los corazones. Así, aquí tenemos la «contestación» global de la sociedad de consumo; allí, la constitución de un «poder estudiantil»; y en otra parte, el «proceso» con miras «a la implantación del socialismo».

Sobre todo, se ha hecho evidente que entre los menores de veintcinco años, que son veinte millones, y los mayores de veinticinco años, que son treinta millones, existe una línea de fractura.

Los «acontecimientos» han hecho que aparezca una distorsión entre las estructuras, a la vez autoritarias y demagógicas, de la sociedad contemporánea y la realidad espiritual, exasperada en los jóvenes y amedrentada en los demás.

Cualquiera que sea el chapuz o el remiendo en curso, ahora sabemos que Francia está a merced de la revolución latente.

Sin embargo, en esos días tan graves se formularon aspiraciones sanas.

Esas aspiraciones sanas se descubren, en germen, en potencia, en los jóvenes de este tiempo.

Nacidos al final o después de la guerra de 1939-45, han descubierto un mundo en crecimiento científico, técnico, económico, ininterrumpido. Lo han recibido todo: el auto, el tocadiscos, la televisión y el mundo sin fronteras. Simultáneamente, ignoran las privaciones, las guerras y las revoluciones que, desde hace siglo y medio, habían jalonado la vida de Francia cada veinte años aproximadamente.

En Francia, y en todo el mundo, han roto con todos los conformismos, estilo burgués, o estilo proletario. Están ávidos de recibir, pero rechazan los fracasos viventes que, de-

masiado a menudo, tienen ante sus ojos. Por lo tanto, están, a la vez, disponibles y salvajes: dispuestos, en mayoría, a volver a encontrar un orden social conforme a la naturaleza del hombre en el don de sí y en el amor, y, a falta de eso, dispuestos, en minoría, a romperlo todo, saquearlo todo, por decepción y por odio.

En esos días de mayo se han presentido sus aspiraciones sanas. Seguramente en forma un tanto arbitraria, me parece que he descubierto tres de ellas:

a) El deseo de que cada persona se adapte a un papel social, en profundo y verdadero acuerdo con su vocación y con sus dones. La sociedad industrial y la selección escolar que la sostiene, están lejos de llevar a eso. Muchos auténticos artesanos se ven reducidos a no ser más que simples peones. Demasiados temperamentos de jefe están reducidos al papel de simples especialistas de la impugnación, de la reivindicación y de la negación. Demasiados intelectuales ineficaces ocupan puestos de mando...

b) El deseo de una vida social menos convencional y más verdadera. Esta es la aspiración de la juventud de todos los tiempos. Hay tanta gazmoñería conformista en el «camarada» revolucionario con el que se tutean quienes jamás le habían visto, como en el «querido amigo» burgués entre hombres que solamente tienen relaciones superficiales. Fue necesaria la huelga de todos los transportes para que los automovilistas parisinos, repentinamente poseídos del espíritu de pobreza, acogiesen familiarmente a los peatones en sus coches. El mismo día en que el metro reanudó su servicio, volvieron, tanto uno como otro, a lo suyo. En medio de las violencias, inconscientemente, existía el deseo de una sociedad más fraternal. En medio, sobre todo de los sufrimientos, la benevolencia activa del hombre para con el hombre hizo su aparición durante algunos días.

c) El deseo de constituir un verdadero pueblo y no una masa informe. El pueblo vive y se mueve por su propia iniciativa, y por su responsabilidad, en los diversos niveles de la vida social. Tiende a constituir un cuerpo vivo, en el que cada célula es responsable, y en el que cada órgano es capaz de tomar resoluciones y asumir responsabilidades. La masa es movida desde el exterior y entregada a las demagogias que despiertan, excitan y manipulan sus intereses y sus pasiones. Precisamente lo que se intentó expresar fue la negativa a ser una masa.

¡Sí!, hemos percibido esas aspiraciones de completo desarrollo personal, de fraternidad social, y de dinamismo orgánico de un verdadero pueblo. Están inscritas, profundamente y en todas las épocas, en la naturaleza humana. Y po-

demos oírlas cada vez que el libro de la historia, rompiendo los conformismos, se abre por una página de verdad.

Pero esta verdad no es solamente consoladora.

Pues si bien hemos oído la voz de la recta razón, también y por encima de todo, hemos descubierto el espectáculo de un pueblo privado de estructuras de apoyo, vaciado políticamente de su substancia, económicamente infantil y con una juventud parcial, pero gravemente fanatizada, que confunde salvajada con eficacia.

Esto de ninguna manera se hizo por sí solo.

Desde la liberación de 1945, sobre todo, las estructuras espirituales de la Iglesia de Francia, entregadas a experimentos indisciplinados, han favorecido un retroceso y, a veces, un hundimiento de la auténtica vida sobrenatural. Desde 1958, principalmente, la despolitización de los franceses, una demagogia lamentable respecto a las costumbres y a la «cultura», una serie de reformas de la enseñanza puramente administrativas, han conducido a una situación espiritual, intelectual y moral, a la que, en absoluto, es exagerado calificar como catastrófica, e incluso como abominable.

La dimisión de los adultos, el fracaso casi universal de la educación, la falta de carácter de los mayores, de exigencia en la formación de los jóvenes, y la espantosa intoxicación de los espíritus de estos últimos, han conducido a una sociedad sin nervio. Me perdonarán que no haga concesiones a la moda, llamada conciliar, de solamente ver positivo por todas partes, de solamente retener lo que es bueno, etc. Eso resulta una cómoda justificación para aquellos que, faltos de carácter o de una elemental conciencia de su responsabilidad, ya no se atreven a decir no, ni al error, ni al pecado.

Esta sociedad sin nervio, con lo que quiero decir sin vigor espiritual y sin fuerza moral, la encontramos en todas partes.

Por desgracia no hay más remedio que reconocer que, en primer lugar, la descubrimos entre los cristianos, entre los católicos, entre los que van a misa y viven de los sacramentos.

Como todo el mundo sabe, hoy, en los medios católicos, es necesario tomar precauciones cuando se quiere incitar al sacrificio. Es necesario un valor excepcional si se desea afirmar que el dominio de sí mismo en el orden conyugal, y hasta en la simple vida sexual, es un punto importante de la moral cristiana. Es necesario heroísmo para sostener públicamente que se cree en la existencia de los ángeles, en la realidad histórica del pecado original, o ¡en la conciencia que Jesús tenía de su divina filiación! Es necesario aceptar pasar por integrista si uno pone su confianza en María, si considera

que el celibato sacerdotal es querido por Dios en la Iglesia latina, o que el Papa y los obispos constituyen una jerarquía de derecho divino.

SABEN que no exagero. Y saben, también, *el estado de las almas* y *el estado de las costumbres* que se esconden detrás de este patente hundimiento de la fe, de la disciplina y del juicio moral. Cuando un hombre no vive como piensa, decía hace poco Paul Bourget, termina por pensar como vive. Actualmente descubrimos una ilustración bastante sorprendente de esa frase.

La verdad es que la apertura al mundo, querida por Dios para llevarle su mensaje, en numerosos casos se ha transformado en un apabullamiento ante el mundo. En nombre del Concilio, unos se hacen apóstoles de la sexualidad sin trabas, otros de la oposición sistemática respecto a la jerarquía, o también, apóstoles del Socialismo, del Guevarismo, o de un Ecumenismo inconsistente. No hay por qué asombrarse de que, en estas condiciones, los jóvenes vuelvan la espalda la Iglesia y al sacerdote, incluso aunque, en innumerables ocasiones, no lleguen a comprender el porqué.

Aquellos —y los hay— que siguen viviendo en la dependencia íntima de Dios, en la obediencia a la Iglesia, y que señalan que no hay amor sin exigencia, ni don de sí sin totalidad, ni vida interior sin sacrificio, son, tranquila y sonrientemente, excluidos, ignorados, o reducidos a la porción congrua. En estos últimos tiempos se ha hablado mucho de objetividad en la radio y en la televisión. Habría mucho que decir sobre la orientación unilateral, si no escandalosa (Paupert-Oraison), de la mayor parte, digo bien: la mayor parte de las emisiones religiosas.

Esta sociedad sin nervio, esta sociedad de misión, la descubrimos en el mundo de la economía, en el mundo del trabajo, en el mundo universitario, en el mundo comercial, en el mundo artístico, en el mundo de los medios de comunicación social, en el mundo de la moda. Y no sigo.

¿Cederé a la moda del momento? ¿A la «contestación» global? ¡Yo no esperé a Cohn Bendit! Los que hayan leído el libro que escribí, en 1965, ya lo saben. Al afirmar que Francia no era un país de misión, sino de dimisión, describí el hundimiento de la fe, de la moral, de la justicia y de la pureza. Después de eso, indiqué que estábamos enfrentados, no con un simple problema religioso, sino con una crisis de civilización.

Ya se ha hecho la prueba.

La sociedad que se está derrumbando es un desafío a la fe en Dios y a la naturaleza del Hombre. Es la sociedad en donde demasiados profesores de universidad meten a Sartre, a Mao y a Marcuse en el espíritu y en el corazón de muchachos

y muchachas de veinte años. Es la sociedad en donde las clases sociales están cerradas y coexisten, sin incluso conocerse. Es la sociedad en donde la rutina, la administración y la tecnocracia, reemplazan a la libertad, a la adaptación viviente y a la cooperación activa. Es la sociedad de la película erótica, de la publicidad para neuróticos, de la minifalda, de los contraconceptivos y del aborto. Es la sociedad de la canción salvaje, de la música concreta y del arte abstracto. Es la sociedad que edifica escuelas sin formar profesores, y que fabrica cohetes mas no construye casas. Es la sociedad en donde, de veinte millones de menos de veinte años, tres millones son inadaptados psíquicos, físicos o sociales. Es la sociedad en donde el derecho está radicalmente separado de la moral, y en donde, finalmente, el hecho está radicalmente separado del derecho. Es la sociedad en donde la televisión, después de haber presentado como «ídolo» a Johnny Haliday, se da cuenta de su error, y presenta a ¡Cohn Bendit! Es la sociedad en donde los mejores están tan bien educados que, desde hace mucho tiempo, les ha abandonado la virtud de la indignación.

Todo hay que volver a encontrarlo: la ley de Dios, la ley natural, el método intelectual, el dominio de los sentidos, el orden social, la colaboración entre las clases, la conciencia en el trabajo, el uso de la propiedad, el ejemplo en la educación, y un mínimo de salud moral y mental en la cultura.

Tal es, en el fondo, la crisis de civilización que fue el terreno del mayo de Mao.

Capítulo XII

LAS TRES FASES DE LA SUBVERSION DE MAYO

Una Francia descristianizada y abandonada a una decadencia religiosa y moral sin precedentes, tal fue el TERRENO de lo que, sin temor a equivocaciones, podemos llamar el «mayo de Mao».

Ya se sabe cuál fue el CLIMA político que favoreció el éxito psicológico de la empresa revolucionaria: un régimen que festejaba su décimo aniversario, y al que las realizaciones económicas, científicas, militares, y hasta la estabilidad política, no bastaron para hacerle popular. Para ello hubiese necesitado un elemento moral y humano.

En ese terreno y en ese clima se desarrolló una OPERACION SUBVERSIVA que se manifestó, sucesivamente, por:

— la subversión universitaria (a partir del 3 de mayo);
— la subversión social (a partir del 13 de mayo);
— la subversión política (a partir del 28 de mayo).

LA SUBVERSION UNIVERSITARIA

La subversión universitaria, si simplificamos al máximo, pudiéramos resumirla en los siguientes términos: en el interior de la Universidad francesa, en donde el irrealismo del ministerio de Educación Nacional había prolongado una situación tan artificial como intolerable, un puñado de revolucionarios adiestrados rompió las amarras de la disciplina y del respeto. Bastante inconscientes al comienzo de la naturaleza revolucionaria del movimiento, y satisfechos de provocar una reforma por la fuerza, los estudiantes, en gran número, siguieron a ese movimiento.

Sabemos cómo se las ingeniaron los agitadores. Les vemos aparecer en Anthony, en 1965, exigiendo que el pabellón de las chicas se abra durante la noche para los chicos. La primera intervención de la policía, los primeros alborotos, se remontan, por tanto, a tres años antes. La opinión pública de entonces no vio en ello nada más que un hecho fuera de lo corriente.

Pero no era un hecho solo. No se trataba de un acontecimiento aislado, sino del afloramiento repentino de una ac-

titud humana fundamental: la contestación global —como se dice en estos tiempos— de la sociedad ex-cristiana, llamada capitalista, llamada liberal burguesa, llamada de opresión sexual, llamada de consumo, según los tiempos y lugares. Pues, para quien conoce sus respectivos temas, es evidente la doble influencia de Mao y de Marcuse sobre los espíritus.

Los incidentes de Anthony se repitieron en febrero de 1968, en Naterre. Se trataba también de la «libre» circulación de hombres por los locales de las jóvenes, un buen número de las cuales eran menores. Lograron establecerla por la fuerza.

Más tarde los incidentes multiformes se suceden en Polonia, Alemania, Italia, España y Checoslovaquia. Pero nadie se preocupa por ello. En la facultad de Letras de Nanterre, en febrero, algunos cientos de estudiantes, cuatro profesores y una decena de ayudantes de profesor, constituyeron una especie de soviet que será el prototipo de las comisiones, comités y soviets de «contestación» que, teniendo como modelo los de la revolución cultural china, se extenderán en mayo, como un reguero de pólvora, por la casi totalidad de los establecimientos universitarios y de enseñanza secundaria de Francia.

El 2 de marzo, los revolucionarios de Letras de Nanterre ocupan durante la noche la sala del Consejo de la Facultad. Ya no es posible dar marcha atrás. El movimiento llamado «del 22 de marzo» sale de ahí. Cohn-Bendit, que juega en Francia el mismo papel (y con los mismos métodos) que Rudi Dutschke en Alemania, ha desencadenado la Revolución. En Nanterre se multiplican los incidentes.

El 26 de abril, y como siempre en Nanterre, el «movimiento del 22 de marzo» celebra una asamblea general en el anfiteatro B-1 (rebautizado «Che Guevara») y decide organizar tres jornadas anti-imperialistas a partir del 2 de mayo. A algunos profesores se les impide dar clase. La agitación aumenta y gana al Barrio Latino. El 3 de mayo, por orden del rector, la policía obliga a evacuar la Sorbona. Ya se sabe lo que sigue. Las torpezas del Gobierno, el partido que de ellas sacan los agitadores, los motines, las barricadas, la represión policíaca, los heridos, la capitulación del poder. La táctica de la Revolución respecto al poder es simple. Provoca, y a continuación, según los casos, grita, o a la represión policíaca, o a la capitulación del Gobierno. Este no comprendió lo que ocurría. El 11 de mayo, Francia se encuentra en un clima de guerra civil.

Evidentemente, surge una pregunta.

¿Quién ha pensado y organizado esta agitación? Los «grupúsculos» que la provocaron fueron numerosos, rivales e incoherentes. Anarquistas, troskistas de varias tendencias,

maoístas. Además, desde el comienzo de la agitación, fueron condenados por los comunistas moscovitas. A pesar de lo cual, el movimiento se inicia y apunta correctamente.

Triunfa. ¿Es simplemente efecto del azar? ¿Existe verdaderamente un «malestar» mundial de la juventud, especialmente de la universitaria, y un malestar lo sufcientemente profundo como para provocar semejantes violencias?

Yo no creo eso. Hay malestar. Pero por sí solo no tiende a hacer estallar toda la vida social! Ahora bien, entre los conductores encontramos igual filosofía: la de Rudi el Rojo es la misma que la de Cohn-Bendit. Esta filosofía se proclama terrorista: «*No, de ninguna manera, filosofía del terrorismo, sino filosofía terrorista unida a una práctica terrorista. Hoy se está pudriendo la sociedad occidental en su conjunto, incluido el proletariado. Sabemos muy bien que no la salvaremos con nuestras reflexiones y con nuestras meditaciones. El arma de nuestra salvación se forja en otros sitios, en Sin-Kiang... La sociedad en que vivimos está condenada a rehusar, cada vez más salvajemente, escuchar la razón, conduciéndonos así, de forma lenta pero segura, a la necesidad de la violencia pura.*» (Pierre Trotignon en la revista *L'Arc*, número especial sobre Sartre, 1966.)

Así, aparentemente, la contestación global no tiene ni nombre, ni faz. Recluta todas las sectas y está condenada por Moscú. Pero trece millones de chinos manifestaron su solidaridad con los «estudiantes franceses». *Y la factura que pasa la revolución es de tipo cultural.* Subleva a la juventud contra sus mayores. Subleva a quienes en las universidades reciben la cultura, contra esa misma cultura.

Se sirven de todo: de Marx y de Guevara, de Lenin y del Libro Rojo, de Trotsky y de Marcuse. Conhn-Bendit es un revolucionario sin etiqueta y arrastra a una revolución que quiere ser, a la vez, informal y espontáneamente contagiosa.

Pero al aventajar así a la revolución social de Moscú con una revolución cultural, y al hacerse apoyar por las «masas chinas» y condenar por Seguy y Moscú, la Revolución que estalló en mayo benefició a un campo: al campo chino. Este es lo bastante sutil como para no firmar sus obras, e incluso, para figurar de simple comparsa entre otros...

Así tuvimos nosotros el mayo de Mao.

LA SUBVERSION SOCIAL

Apenas terminada la noche de tumultos del 11 de mayo, apenas desmanteladas las barricadas de la calle Guy-Lassac, apenas había comenzado el día, cuando el Partido Comunista

francés decidió que era necesario «recubrir» a la revolución naciente.

¿Fue adoptada esa decisión con un conocimiento exacto y completo de los planes en proceso de realización? ¿Comprendieron los comunistas, por simple observación, que estaban al comienzo de un proceso «izquierdista» de GRANDISIMA ENVERGADURA, o por el contrario, sabía de fuente segura que los «troskistas» habían preparado, después de una primera etapa universitaria, una segunda etapa, la de la huelga insurreccional en las fábricas?

Una cosa es segura. El P. C. que, al comienzo de mayo, condenaba la agitación estudiantil, y que no parecía tomarla más en serio que el mismo Gobierno, cambió de actitud. Proclama su solidaridad con los estudiantes víctimas de la represión policíaca y convoca a una huelga general durante una jornada, fijada primeramente para el martes y adelantada después (por razón simbólica) al lunes 13 de mayo. Una manifestación, de por lo menos quinientas mil personas, completa el conjunto.

El P. C. y la C. G. T. esperaban, sin duda, que esta manifestación de fuerza bastase para ahogar la agitación de los «grupúsculos izquierdistas» y restablecer el prestigio revolucionario de los moscovitas. Pero, en ese mismo momento, los «izquierdistas» inauguraron una nueva táctica con objeto de invertir la tentativa del P. C., preconizando la alianza de los obreros y estudiantes, conforme a la táctica de la revolución cultural china —táctica que preludia el trabajo manual de los estudiantes y la invitación de los trabajadores a las universidades.

El peligro para el P. C. es evidente. Corre el riesgo de, en lugar de recubrir a la Revolución izquierdistas, verse, poco a poco, anexionado por ésta. Pero se niega a ello.

Por una parte, no es el iniciador del movimento. A pesar de sus negativas, se «ha subido al tren en marcha», y esto se sabe perfectamente. Por otra parte, en la «etapa actual de la política francesa», de ningún modo se ha previsto provocar la prematura caída del gaullismo mediante la violencia. La política de Moscú a este respecto es clara: el comunismo, pero ¡por vías legales! En tercer lugar, el P. C. estima que, bajo la Quinta República, los acontecimientos y el tiempo trabajan a su favor y que el empleo de la violencia pudiera estropearlo todo. Por último, teme realmente que, no solamente la Revolución izquierdista se lo anexione, sino que, incluso, le cierre el camino del poder mediante una acción repentina, violenta y con éxito. Lo que se está jugando en Francia, en un elevado nivel, es la lucha, y una lucha de velocidad, entre Moscú y Pekín, cuya última apuesta es la conquista del mundo. Por ello ambas estrategias se enfrentan.

Ya se sabe cómo definió Lenin al «izquierdismo»: ¡enfermedad infantil del comunismo! La revolución permanente, la «imaginación en la calle», la insurrección por todas partes a la vez, son profundamente contrarias a la tradición bolchevique. Este NO QUIERE TENER IZQUIERDA. Sin esta inquietud estaría perdido. Y ya sabemos cómo Lenin y Stalin, de forma despiadada, acosaron a los trostkistas, y cómo, finalmente, el mismo Trostky fue abatido. Ahora Mao es quien, al esforzarse por suscitar revoluciones en todas las universidades del mundo, hace suyas las tesis trostkistas de revolución permanente en todos los países.

El P. C. se ve obligado a rivalizar en astucia. Si deja a sus tropas ir a la huelga insurreccional, sangrienta, les hace el juego a los izquierdistas y se encontrará a remolque de ellos. Además, desencadenará con ello un proceso de represión gubernamental que pudiera tener éxito. A la inversa, si no hace nada se reconoce conservador, y, ante el movimiento de contestación de la sociedad capitalista puesto ya en marcha, corre el peligro de perder, si no sus tropas disciplinadas y aguerridas, al menos la confianza de las «masas populares» que irán tras el partido que parezca más fuerte y, por consiguiente, más eficaz.

Toda la táctica del P. C. consistió en evitar rechazar radicalmente cada uno de los términos de esta alternativa.

Cuando —a partir del 14 de mayo— resultó evidente que la huelga general no bastaría para recubrir el movimiento salido de Nanterre y que corrían el riesgo de que la descomposición «gaullista» hiciese triunfar en las fábricas una verdadera huelga insurrecional, los moscovitas decidieron jugar por todo lo alto. Por sí mismos paralizarán a Francia, sector a sector, y del mismo modo que «recubrieron» la revuelta izquierdista del 11 de mayo con la huelga general del 13, recubrirán las detenciones en el trabajo de los izquierdistas mediante una total parálisis de la economía francesa. Esta parálisis total, APARENTEMENTE, tendrá un alcance reformista y no revolucionario. Su objetivo reconocido consistirá en una serie de reivindicaciones sociales que, incluso, ante la rápida capitulación del Gobierno será necesario incrementar sobre la marcha. Todo eso les permitirá controlar el movimiento que había sido lanzado y TERMINAR CON LA HUELGA.

Aparentemente, porque, profundamente, los moscovitas persiguen un objetivo auténticamente revolucionario. Mediante la acumulación simultánea de reivindicaciones ruinosas (ya que se han desencadenado en todos los sectores a la vez), lograrán detener la expansión de la economía francesa, dar comienzo a un proceso inflacionista, preparar largo plazo la devaluación de un cierto número de monedas occidentales,

falsear los mecanismos del Mercado Común, y conducir, así, a lo que, cuando llegue el momento, denominarán «el fracaso histórico de la economía burguesa».

Con ello mataban dos pájaros de un tiro. Pues la política del régimen en materia de salarios, viviendas, seguridad social, etc., había chocado profundamente con las aspiraciones de las llamadas capas populares de la nación. Por lo tanto, inevitablemente, se considerará al Gobierno responsable del fracaso económico a que conducirán unas medidas sociales que, a la vez, fueron rechazadas durante un tiempo excesivamente largo, y aplicadas luego en forma demasiado brutal. No tardarán mucho en reprocharle haber anulado las ventajas obtenidas, mediante los acuerdos de Grenèlle, por «la clase obrera en lucha».

Vemos cómo, técnicamente, los conflictos se suceden a partir del 14 de mayo con una mecánica perfectamente regulada. Ese día, a las 17 horas, comienza la huelga «ilimitada» en la fábrica Sud Aviation, cerca de Nantes, con la ocupación de los edificios y el secuestro del director M. Duvochel. Después siguen Renault, Berliet y Rhodiaceta. Más tarde, correos, ferrocarriles, taxis, y un gran número de empresas privadas. La economía francesa, implacablemente sometida a un plan progresivo de parálisis regulado como una operación militar, en pocos días queda casi completamente congelada. Las basuras se acumulan en las aceras. Y durante ese tiempo, como en un delirio, las radios «privadas»y l'O.R.T.F. machaquean, día y noche, su propaganda a los inmovilizados franceses. De ese modo asistimos a un prodigioso lavado de cerebro impuesto a toda una población. La técnica moscovita de la huelga general sumergía, poco a poco, a la técnica china de la revolución cultural.

Simultáneamente, las relaciones entre moscovitas e izquierdistas son frías, y, a veces, pésimas. Los estudiantes que fueron a la Renault encontraron las verjas cerradas. Después del 13 de mayo, Cohn Bendit embistió frontalmente contra los «crápulas estalinistas» (*Le Monde* del 15 de mayo). El secretario general de la C. G. T., el 17 de mayo, responde con sumo desprecio: «¿Cohn Bendit? ¿Quién es ése?»

A partir de entonces las dos «partes participantes» en la Revolución continúan su lucha, cada una por su lado, sin dejar de desafiarse, de utilizarse y de excomulgarse. Durante algunos días, los izquierdistas intentarán proseguir una acción insurrecional en los barrios estudiantiles. Pero, al quedar aislados, notarán que (provisionalmente, señala Sauvageoit) deben de renunciar a dicha acción. Poco les importa, puesto que han situado al órgano esencial de la revolución cultural en el lugar que le corresponde. La Sorbona fue ocu-

pada el 14 de mayo al marcharse la policía. También lo fueron el Odeon, Censier, Bellas-Artes y Medicina. Luego se forman «comisiones» en casi todos los establecimientos de enseñanza de Francia. «Ocupan» noche y día. «Contestan» sin descanso. Seriamente afirman que el trabajo es «constructivo». La relajación sexual lo acompaña todo. ¡Marcuse y Mao, Guevara y Castro, orquestados sinfónicamente.

En realidad la revolución cultural está en marcha. Pero, por sí misma no es suficiente, y Cohn Bendit afirmó, claramente, que la crítica de la Universidad no será efectiva más que si, dentro de la lucha revolucionaria, es continuada por los explotados. (O dicho de otro modo, más que si, finalmente, los moscovitas se ponen a remolque de los izquierdistas manipulados por Pekín.) Pero el golpe se ha dado.

LA SUBVERSION POLITICA

La subversión política llegó relativamente tarde. Duró dos días. Los izquierdistas no pudieron realizar a fondo su plan por haber recubierto los moscovitas la huelga insurreccional con una enorme huelga social. Por otra parte, la huelga social generalizada apenas podía rebasar el fin de mes, pues los huelguistas casi no tenían ya dinero. Sólo la ausencia de reacción del Gobierno, la suspensión en último extremo del Consejo de Ministros, y la salida para Colombey, motivaron que el 29 y el 30 de mayo la C. G. T. decidiera desviar la huelga social en el sentido de una huelga política. Y, aun así, esta inflexión fue relativamente ambigua. Se vio entonces a los candidatos de la izquierda proclamar que el poder estaba vacante y proponer sus servicios. Eso era lo que, desde hacía días, esperaba el estratega del Elíseo. Dejar a la huelga pudrirse e incitar a los dirigentes a cruzar el Rubicón de la ilegalidad; estos medios —que según parece fueron adoptados con plena deliberación— permitieron al discurso del 30 de mayo restablecer aproximadamente la situación, en nombre de una legalidad en peligro.

Y el 30 de junio, la segunda vuelta de las elecciones proporcionaba al régimen una mayoría sin precedentes, que claramente expresaba el «no» de los franceses ante la amenaza de la democracia popular, cuya sombra se proyectó sobre Francia durante una semana aproximadamente.

Eso no impide que el peligro subsista aún. Porque ni Moscú ni Pekín han renunciado a sus proyectos. Y su rivalidad en la dirección de la revolución mundial pone más en evidencia la concurrencia entre los dos «modelos» revolucionarios que se enfrentan: la revolución «social», disciplinada, metódica y algo pesada de las antenas de Moscú, y la revolución

«cultural», espontánea, anárquica y ciega de las antenas de Pekín.

La cuestión que en este caso se plantea puede resumirse en tres palabras:

¿Moscú?

¿Pekín?

¿O qué?

QUINTA PARTE

EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO

¿Moscú?
¿Pekín?
¿O qué?

Esta cuestión les parece que está mal planteada a un cierto número de franceses de más de veinticinco años que, aunque no quieren ni a Moscú ni a Pekín, no comprenden que simples retoques de detalle no bastan ya para hacer aceptable la sociedad contemporánea para los jóvenes de nuestro tiempo.

Estamos en el crepúsculo de un período, y, digámoslo: en el crepúsculo del mundo neo-pagano e individualista nacido del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución Francesa.

Además, estamos también en la tarde del mundo comunista. Una nueva etapa, enteramente nueva, se abre ante la humanidad. Esta etapa es la que ha prefigurado el Concilio Vaticano II ante la incomprensión general. Es la etapa del Evangelio predicado a todas las naciones. Es la etapa de la puesta en práctica de la doctrina social de la Iglesia en Francia, y después en el mundo entero.

Nosotros, ¡estamos tan lejos de eso!

Y esto, es ¡tan seguro!

TODAS LAS OTRAS FORMULAS HAN FRACASADO.

El liberalismo económico está muerto: la crisis de 1929 «acabó» con él. La sociedad de «consumo», que le ha sucedido, está al borde de la catástrofe con el hundimiento del hombre, de su armadura moral, y hasta de su simple equilibrio psicológico.

El comunismo agoniza. Fracturado en diversos bloques concurrentes (Moscú, Pekín, Belgrado y Cuba) solamente se sostiene ya por la violencia. La guerra civil en China y la ocupación soviética de Checoslovaquia lo prueban superabundantemente.

No todos lo ven. En particular los jóvenes que se apartan de Moscú son seducidos por Mao o por Marcuse. No encon-

trarán en ellos lo que buscan, pues ni la austeridad totalitaria, ni el erotismo universal, pueden colmar al corazón.

«*Es todo un mundo que hay que rehacer desde sus fundamentos, y de salvaje hacerlo humano, y de humano hacerlo divino, o sea, el Corazón de Dios. Millones de hombres reclaman una nueva orientación y vuelven sus miradas hacia semejante empresa, en el respeto de la libertad humana*» (1).

Ese mundo a rehacer no es un mundo en comunismo, sino un mundo en comunión. No prevalecerán las puertas del infierno. Y ha llegado la hora de recordar, con una visión total, pero no TOTALITARIA, las exigencias cristianas de la política natural. Está de acuerdo con la vocación de Francia contribuir a dársela a los hombres de nuestro tiempo y mostrar su fecundidad.

(1) Pío XII: 10 de febrero de 1952.

Capítulo XIII

NO PREVALECERAN LAS PUERTAS DEL INFIERNO

A medida que progresivamente profundizamos en el pensamiento de Karl Marx, en la estrategia revolucionaria de Lenin y en la revolución cultural de Mao, y que tomamos conciencia de la victoria obtenida por el comunismo sobre el resto de la humanidad, desde hace veinte años, por medio de la mentira y de la violencia, vamos adquiriendo una certidumbre, que incluso llega a tener un relieve destacado. El comunismo no es un simple error del espíritu, una simple consecuencia de las debilidades humanas. Es la manifestación de un odio y de una inteligencia pervertida en el mal, tal que apenas si podemos pensar que unos hombres, con sus simples fuerzas humanas puedan llegar a tanto. Si meditamos sobre las enseñanzas dadas principalmente por Pío XI en la Encíclica *Divini Redemptoris*, sentimos la tentación de buscar la causa más lejos: «*POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA asistimos a una lucha fríamente calculada y cuidadosamente preparada contra TODO LO QUE ES DIVINO (2.ª Epist. Tes. 2,4). Porque el comunismo es por su misma naturaleza totalmente antirreligioso y considera la religión como el «opio del pueblo», ya que los principios religiosos, que hablan de la vida ultraterrena, desvían al proletariado del esfuerzo por realizar aquel paraíso comunista que debe alcanzarse en la tierra.*» (N.º 22.)

Si interpretamos estas frases literalmente, nos vemos obligados a pensar que la lucha a la que asistimos, y en la cual estamos también empeñados, no es simplemente un combate temporal entre dos tendencias políticas, ni siquiera un enfrentamiento de dos familias ideológicas. Y aunque hoy el mundo aparezca dividido en dos a causa del comunismo, el marxismo-leninismo no se enfrenta con los hombres en primer lugar. Los hombres, más que un adversario, son aquello que se ventila en el juego. El comunismo frente a quien se presenta hoy, es FRENTE A DIOS. La lucha que desgarra a la humanidad expresa más que nunca el inteligente odio de la antigua serpiente contra el Dios del amor, Creador y Redentor. En esta lucha lo que está en juego es toda la humanidad. Lo cual no quiere decir que no seamos capaces de jugar un papel eficaz en dicho combate con nuestra

oración, con nuestros pensamientos y con nuestras acciones. NO TENEMOS DERECHO, EN ABSOLUTO, A CONDUCIRNOS COMO SIMPLES ESPECTADORES, a señalar los golpes y a contar los puntos.

«*Pero si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan sus centinelas* (Sal. 121 (122), I). *Por esto os exhortamos con insistencia, venerables hermanos, para que en vuestras diócesis promováis e intensifiquéis del modo más eficaz posible el espíritu de oración y el espíritu de mortificación.*

Cuando los apóstoles preguntaron al Salvador por qué no había podido librar del espíritu maligno a un endemoniado, les respondió el Señor: «Esta especie (de demonios) no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno» (Mt. 17, 20). *Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad si no se acude a una santa e insistente cruzada universal de oración y penitencia; por esto recomendamos singularmente a las Ordenes contemplativas, masculinas y femeninas, que redoblen sus súplicas y sus sacrificios para lograr del cielo una poderosa ayuda a la Iglesia en sus luchas presentes, poniendo para ello como intercesora a la Inmaculada Madre de Dios, la cual, así como un día aplastó la cabeza de la antigua serpiente, así también es hoy la defensa segura y el invencible Auxilium Christianorum.*» (Pío XI: *Divini Redemptoris,* n.os 61 y 62.)

Este texto es claro y no deja lugar a ninguna ambigüedad. A quien el comunismo quiere mal, no es primordialmente al hombre, sino a Dios. Las fuerzas del mal, a través de siglos de tanteos, han conseguido formar una coalición que, esencialmente, busca rechazar los frutos de la Redención. No se trata principalmente de un combate temporal, sino, ante todo, de una lucha espiritual, de una lucha contra los espíritus rebeldes que, aunque de antemano están perdidos, siguen luchando hasta el fin.

Los males que crucifican a la humanidad, solamente pueden curarse de una forma: mediante la oración y la penitencia. Estas palabras de la Encíclica podemos leerlas distraídamente y considerarlas como una especie de cláusula de estilo de acuerdo con la personalldad del que la escribe. Pero si lo hacemos, cometeremos un grave error. Aunque la lucha contra el comunismo en su forma temporal presente una importancia no despreciable, esa lucha no tiene ninguna posibilidad de éxito si no es, en cierta manera, preparada y alimentada por el combate espiritual, cuyas dos armas principales son las que Pío XI indicaba a los obispos: oración y penitencia.

A menudo oímos preguntar a los hombres si no es posible refutar al comunismo sin hacer referencia a Dios. Desearían

también que les señalásemos cuáles son las «técnicas» que pueden, con plena seguridad, darles la victoria. El laicismo continúa realizando su labor, admitiendo, en resumidas cuentas, que el mal existe, pero deseando que podamos vencerle sin tener que recurrir a Aquel que es la Fuente de todo bien. Tal vez sea ésa una de las causas de la tiranía del comunismo en las dos quintas partes del mundo.

Marx planteó el problema *teórico:* o el hombre tiene una Causa fuera de sí mismo y, en ese caso, Dios existe, conduce al mundo con su Providencia, y debemos rezarle, amarle y servirle. O bien la materia autodinámica es el principio supremo, el hombre no tiene más causa que él mismo, y Dios no existe. Entonces la humanidad, autocreadora de su naturaleza y de su destino, es por sí sola su propia providencia —y si se admite esta hipótesis, no vemos claramente por qué habrá que combatir al comunismo, puesto que aceptamos sus principios básicos.

Lenin planteó el problema *práctico:* o existe una ley moral trascendente, impuesta al hombre por su Creador, y el hombre se juega su destino según persiga su fin o se aparte de él. O bien no existe ninguna ley superior al hombre y, entonces, asesinar, engañar, oprimir, torturar, someter a las masas y condicionar los espíritus, solamente son técnicas en sí mismas perfectamente neutras. Los que retrocedan ante su empleo, serán débiles que se ilusionan a sí mismos imaginándose un orden moral que no existe. Llegó el momento de arrancar las cadenas y de conducir a la humanidad a la independencia absoluta, más allá del bien y del mal, y hacia el pleno goce del dominio de sí misma, por sí misma y para sí misma.

Por último, Mao planteó el problema *metafísico:* puesto que ni el marxismo ni el leninismo han podido cambiar al hombre, sólo resta una posible tentativa: arrancarle su memoria, aniquilar su herencia cultural, y reducirle a la esclavitud mediante cadenas colectivas, no sólo exteriores, sino también interiores.

Ese —y no otro— es el problema que el comunismo plantea al mundo y a todos y cada uno de los hombres. Si Dios no existe, lo que llamamos la dignidad de la persona humana es sólo una convención arbitraria que puede ser anulada por mayoría de votos. Si Dios existe, no podremos intentar vencer al comunismo con nuestras solas fuerzas humanas, sino pidiéndole a Dios que nos conceda su luz y su fuerza para cumplir sus designios y obtener la derrota, incluso temporal, del odio organizado.

En definitiva, no se trata de vencer a otros hombres, sino a las fuerzas infernales, de las que, voluntariamente o a la

fuerza, esos hombres son soldados. Sólo podremos obtener tal victoria en la perspectiva de las virtudes teologales, en la Fe, en la Esperanza y en la Caridad sobrenatural.

1. VICTORIA DE LA FE

Si el combate fuese simplemente natural, a cada hombre habría que oponer otro hombre, a cada técnica otra técnica, y a cada método otro método. Pero la perspectiva cambia si no somos los soldados de Dios en este combate. En ese caso, la primera cosa que deberemos hacer será revestirnos con las armas de la luz, arrodillarnos ante el Señor, y recurrir a sus sacramentos. No podemos oponer al avance del comunismo un ejército de hombres abandonados a sus pasiones o a su orgullo. Semejante ejército más bien le reforzaría.

El marxismo-leninismo se funda esencialmente en el análisis y en la exasperación de los conflictos. ¿Pero qué es un conflicto? Es el fruto del pecado. Irrumpe entre dos esposos, entre dos clases, o entre dos pueblos, cuando ni la justicia, ni el amor, son capaces de jugar su pacífico papel. Como ya hemos dicho: el comunismo progresa con motivo de la exteriorización de los conflictos. Por el contrario, la comunión de los corazones progresa gracias a la interiorización de los conflictos. Mediante su ofrenda y con pleno derecho, Cristo Jesús resolvió todas las contradicciones pasadas y futuras de la humanidad en la cruz, que es el signo mismo de la interiorización de los conflictos. Mediante su ofrenda y con pleno derecho, Cristo Jesús resolvió todas las contradicciones pasadas y futuras de la humanidad en la cruz, que es el signo mismo de la interiorización de los conflictos. Si comemos Su carne y bebemos Su sangre recibimos la fuerza necesaria para vivir en Su amor; los Miembros de Su Cuerpo Místico, cooperando con las gracias de la Redención, se hacen capaces de despojarse del hombre viejo, de revestirse del hombre nuevo, y de, como los apóstoles, no tener entre todos más que un solo corazón y una sola alma.

Insistamos: éstas no son consideraciones fuera de lugar, sino el punto de partida de nuestra victoria sobre el comunismo, de su aniquilamiento, y de la paz. Cuando la Virgen María, Madre de Dios, se apareció en la llanura de Fátima a tres niños portugueses, el 13 de julio de 1917, les habló de Rusia, y les mandó rezar y hacer penitencia por los pecadores: «Si atendieren a mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no ESPARCIRA SUS ERRORES POR EL MUNDO, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia; los

buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas» (1).

Aquellos que conocieron este relato cuando, en 1942, fue publicada en francés por el canónigo Barthas la primera relación de las apariciones de Fátima, conservan aún el recuerdo de haber comprendido sólo imperfectamente estas palabras de la Santísima Virgen. En 1942, Rusia estaba siendo invadida por Alemania y los tres países bálticos se habían librado provisionalmente de la esclavitud soviética. Los que todavía sientan la tentación de dudar de la autenticidad de este mensaje del Cielo, pueden verificar la fecha de la edición y el contenido de las páginas. Comprobarán que, en esa época, las palabras: «Rusia esparcirá sus errores por el mundo», a lo más sólo tenían un sentido de vaga amenaza ideológica. Hoy el temible anuncio se ha verificado plenamente, y lo que está en juego es la dignidad del hombre.

«Por fin, añadió la Santísima Virgen, MI INMACULADO CORAZON TRIUNFARA.» Frente a la agresión que se extiende, y en las tinieblas que nos rodean, esta frase aparece como el punto luminoso que señala la salida del subterráneo por donde penosamente caminamos.

Por otra parte, no se trata de una simple frase de consuelo murmurada secretamente a las almas. Todo el pontificado del Papa Pío XII estuvo dirigido a la consagración de la Iglesia y del género humano al Corazón Inmaculado de María, consagración que fue formulada por el mismo Santo Padre el 31 de octubre de 1942, renovada el 8 de diciembre del mismo año, y seguida, el 4 de mayo de 1941, por el Decreto que, precisamente, instituyó la fiesta del Corazón Inmaculado de María con objeto de conmemorar la consagración del 8 de diciembre de 1942.

Podemos pensar que la propia Santísima Virgen fue quien hizo comprender al Papa que, en efecto, tal era el plan de Dios. Por una notable coincidencia, Pío XII había recibido la plenitud del sacerdocio el 13 de mayo de 1917, o sea, el mismo día en que tenía lugar la primera aparición de Fátima. El mismo observó: «*Entre tanto, a la misma hora, en la montaña de Fátima se anunciaba la primera Aparición de la Blanca Reina del Santísimo Rosario, como si la Madre piadosísima Nos quisiese significar que en los borrascosos tiempos en que transcurría Nuestro Pontificado, en medio de una de las mayores crisis de la historia mundial, tendríamos siempre envolviéndonos, protegiéndonos y guiándonos la asistencia materna y desvelada de la gran Vencedora de todas las batallas de Dios... No olvidéis que el mundo es el gran enfermo de hoy. Implorad incesantemente sobre él la*

(1) Canónigo BARTHAS: *Fatima, merveille du XXe siècle*, p. 78.

intervención milagrosa de la excelsa Regina mundi, para que las esperanzas de una era de paz verdadera se realicen cuanto antes y el triunfo del Corazón Inmaculado de María acelere el triunfo del Corazón de Jesús en el reino de Dios» (2).

Esta confianza del Jefe de la Iglesia en la victoria del Inmaculado Corazón de María es la respuesta de la fe a la promesa hecha por la Santísima Virgen en Fátima. Y esa misma promesa es una ilustración de la solemne profecía de Cristo Jesús: «No prevalecerán las puertas del infierno.»

Si según las palabras de Pío XI, *por primera vez en la historia asistimos a una lucha fríamente calculada y cuidadosamente preparada contra todo lo que es divino»*, el triunfo universal de esa rebelión indudablemente pondría en peligro el porvenir histórico del Mensaje evangélico, y la necesaria libertad de la Iglesia y de su Jefe. Pero, gracias a la fe, nos ha sido concedido creer que no prevalecerán las puertas del infierno. Gracias a la fe, podemos creer que el Inmaculado Corazón de María triunfará. A través de esa fe, podemos dar gracias al Señor por haber permitido que Su palabra y la de la Virgen María nos sostengan y fortifiquen en estas horas, en las que tantos hombres sienten la tentación de creer que la victoria del comunismo va en el sentido de la historia y que, por lo tanto, es inevitable.

2. VICTORIA DE LA ESPERANZA

Pues, en verdad, entre los cristianos son muy numerosos aquellos que, en *forma viva,* creen que el Verbo encarnado, Hijo de Dios, murió el Viernes Santo por amor a la humanidad, en el monte Gólgota. Asimismo creen también en la resurrección de Cristo y en que está en el Cielo a la derecha del Padre.

Pero son menos numerosos aquellos que creen que esta muerte de Jesús en la cruz haya servido verdaderamente para algo *aquí abajo.* Porque, como Cristo nos volvió a abrir las puertas del Cielo y nos dijo que Su reino no era de este mundo, tienen una cierta tendencia a creer que la Redención no tiene verdadera eficacia para la vida presente. De la civilización cristiana solamente recuerdan las insuficiencias y las flaquezas. Olvidan que esta civilización fue fundada e inaugurada por Jesucristo, y que la gracia de Dios constituye un socorro eficaz para conseguir que los esposos se amen según una exigente fidelidad, que los patronos y los obreros colaboren eficazmente en la justicia y la caridad, y que los

(2) Pío XII: Alocución del 4 de junio de 1951.

pueblos desigualmente desarrollados se completen y colaboren teniendo como base una civilización fraternal.

Esos cristianos creen que Cristo murió por nosotros, pero no creen que esto pueda cambiar el curso de la historia. Toman en consideración el desarrollo de las ideologías, de las conquistas, de las mayores injusticias sociales y de las no menores respuestas del odio organizado. Y ante los progresos del paganismo, del laicismo y del comunismo, tienen tendencia a jugar a perdedores. Creen realmente que Cristo es el Dueño de la historia, pero confusamente piensan que este dominio, para cada hombre, verdaderamente sólo se ejercerá más allá de la tumba. Piensan que más acá los acontecimientos de la historia son irreversibles, y, muchos de ellos, hasta se esfuerzan por buscar que la Iglesia, en la hipótesis de un triunfo universal del comunismo, pueda seguir estando presente en ese mundo así en gestación...

Tan cierto es que la esperanza, la «hijita» de Péguy, es una conquista difícil —y rara—. Quizá, para apreciarlo, en quien haya que pensar sea en Juana de Arco, pues Ella sigue siendo, en el Cielo y en los corazones, la propia llama de la esperanza.

Cuando llegó junto al Delfín, éste dudaba de la legitimidad de su herencia, y los jefes del ejército ya no tenían confianza en la victoria. Gran parte del reino estaba ocupado por los ingleses, y eran muchos los que creían que la suerte estaba echada, que el sentido de la historia ya había sido definitivamente fijado, y que pronto toda Francia estaría bajo el dominio del rey de Inglaterra.

Algunos creían en eso porque les interesaba, ya que colaboraban con el ocupante con objeto de conseguir honores y mejoras. Otros tenían miedo, pues eran débiles. Y como hacen siempre los débiles, se esforzaban por complacer a sus enemigos, traicionando a sus amigos. En cuanto a los que permanecieron fieles al Delfín, su fidelidad constituía más bien una manifestación de la rectitud de su conciencia, que un testimonio de su esperanza en la victoria. Cuando Juana llegó junto al Delfín, era la única en todo el reino de Francia, en tan triste situación, que tenía una firme esperanza en la victoria. Era la única, pues su esperanza provenía de que, en lugar de apoyarse en probabilidades o en pronósticos humanos, confiaba en Dios, teniendo como doctrina que «*los hombres combaten y es Dios quien da la victoria*».

Juana apareció en medio del ejército. Tenía dieciocho años. En cosa de días, casi de horas, el ejército, cansado y desmoralizado desde hacía tantos meses, recobró su ardor y su dinamismo. Inexplicablemente, no haciendo nada más que ser piadosa, creyente, fiel y confiada, Juana logró que compartiesen su esperanza. Alzó su estandarte, entusiasmó

a los hombres, y el ejército derrotado se transformó en ejército victorioso, y el ejército desmoralizado se transformó en ejército triunfador. A los ingleses se les persigue en Jargeau, en Beaugency, en Patay... El camino hacia la ciudad de la Consagración quedaba libre. Juana, llevada por su esperanza, condujo a su noble Delfín hasta la catedral de Reims, en donde, al ser ungido con los santos óleos se transformó en rey: Francia encontraba de nuevo el principio de su unidad.

La victoria temporal de Juana no fue la más difícil de alcanzar. Su confianza absoluta en la ayuda de Dios le permitió convencer al señor De Beaudricourt en Vaucouleurs, al Delfín de Chinon, a los teólogos en Poitiers, y al ejército en Orléans... Pero he aquí que luego la vemos prisionera en Compiégne y condenada en Rouen. Su rey la abandonó y el obispo Cauchon, rodeado de teólogos, se alzó ante ella para poner en duda sus palabras, negar la autenticidad de su misión, y convencerla de que había sido engañada... En esa ocasión los acontecimientos le fueron adversos. Ya no era la heroína que da valor a un príncipe y a su ejército, sino una pobre muchacha prisionera a la que se atosiga a preguntas, a la que se intenta persuadir de su fracaso, y a la que, finalmente, se condena al suplicio supremo, a la hoguera...

La esperanza de Juana permaneció intacta. Ahora ya no era la esperanza de una victoria cuya gloria le correspondería, sino solamente la esperanza en la misericordia y fidelidad de Dios frente a la muerte y frente al porvenir de Francia. Todo se derrumbó alrededor de ella. Se vio abandonada por su rey y condenada por hombres de iglesia. ¿Sintió acaso la tentación de salvar su vida, deshonrando su misión? Es posible. Pero, a través de esta agonía, se apoyó en Dios y en Su gracia, tanto más completa y únicamente, cuanto que le faltaban todos los demás puntos de apoyo humanos.

Cuando quedó atada a la hoguera, ya no tiene nada que esperar aquí abajo. Y sus últimas palabras fueron palabras de esperanza: «...Jesús... Jesús... Jesús...» En 1436, el último inglés abandonaba el suelo de París.

El Papa Pío XI fue quien canonizó a Juana de Arco en el preciso momento en que el comunismo comenzaba a tender sus redes por el mundo. Ante esta marea de la revolución que se extiende por el mundo, los hombres no están con menos incertidumbre que lo estaban los franceses de la época de la ocupación inglesa, en 1429. Son muchos los que, por cálculo o por miedo, están dispuestos a aceptar la idea de un triunfo histórico del comunismo. A estos y a todos los demás, Pío XII, con ocasión del quinto centenario del proceso de rehabilitación de Juana de Arco, dirigió las siguientes palabras:

«No es extraño que en los instantes más críticos, igual que una ráfaga de viento arrastra a las nubes y deja ver la estrella que guiará al navegante hasta el puerto, envíe el Señor la inspiración sobrenatural que hará que un alma sea la salvación de su pueblo. Alzad por tanto los ojos, Hijos muy amados, dignos representantes de una nación que se gloría del título de hija primogénita de la Iglesia, y mirad los grandes ejemplos que os han precedido... Si por un momento pudiera parecer que triunfan la iniquidad, la mentira y la corrupción, bastará con que guardéis silencio algunos instantes y levantéis los ojos al Cielo, para imaginarnos las legiones de Juana de Arco que vuelven con los pendones desplegados para salvar a la Patria y salvar a la fe... Si incluso, a vuestra vez, creéis que vais a ser víctimas, mirad a vuestros héroes rehabilitados, a vuestras catedrales reconstruidas, y una vez más os convenceréis de que LA ULTIMA VICTORIA PERTENECE A LA FE, a la que nada puede abatir, y cuya única depositaria es la Iglesia Católica» (3).

3. VICTORIA DE LA CARIDAD

Si por la fe nos adherimos a las palabras de Dios, y si por la esperanza nos confiamos a Su gracia, precisamente cuando los acontecimientos nos son adversos, no es menos cierto que, sólo en la medida en que la caridad divina se manifieste suficientemente a través de los hombres, cambiarán misteriosamente los acontecimientos, y, de acuerdo con la promesa de la Virgen María, Rusia se convertirá y tendremos paz.

Pero ya sabemos que la caridad no puede disociarse de la verdad. Hoy, la primera caridad para con los pueblos del mundo entero es hacer que conozcan los ardides y los engaños del comunismo. Por igual razón que la adhesión de las «masas» facilita el flujo revolucionario, necesitamos acrecentar la desconfianza de los pueblos frente al comunismo. Por ejemplo, la estrategia revolucionaria se vería seriamente entorpecida, si en los años venideros los crímenes y los verdaderos métodos del comunismo fuesen conocidos por *todos* los hombres y por *todas* las mujeres que habitan en el mundo.

Desgraciadamente, hay que reconocer plenamente que, a este respecto, la prensa de los países que se dicen libres no alerta casi nada a la opinión pública. «*La tercera causa,* decía Pío XI, *causa poderosa de esta rápida difusión del comunismo, es, sin duda alguna, la conspiración del silencio que en esta materia está realizando una gran parte de la prensa mundial no católica. Decimos conspiración porque no se*

(3) Pío XII: Mensaje radiofónico de 24 de junio de 1956.

puede explicar de otra manera el hecho de que un periodismo tan ávido de publicar y de subrayar aun los más menudos incidentes cotidianos haya podido pasar en silencio durante tanto tiempo los horrores que se cometen en Rusia, en Méjico y también en gran parte de España, y, en cambio, hable relativamente tan poco de una organización mundial tan vasta como es el comunista moscovita. Este silencio, como todos saben, se debe en parte a ciertas razones políticas, poco previsoras, que lo exigen —así se afirma—, y está mandado y apoyado por varias fuerzas ocultas que desde hace mucho tiempo tratan de destruir el orden social y político cristiano.» (*Divini Redemptoris,* n.º 18.)

Pío XI escribía estas líneas en 1937. Después de más de veinte años, siguen siendo de completa actualidad. La espantosa persecución de los católicos en China, sólo se conoce a través de libros a los que no se les ha dado más que una débil publicidad. La primera Encíclica del Papa Juan XXIII, de fecha 29 de junio de 1959, volvía a recordar enérgicamente el deber que tiene la prensa de decir la verdad y de formar juiciosamente el espíritu de sus lectores.

Así como es un deber de justicia y de caridad hacer conocer el verdadero rostro del comunismo, y difundir la Encíclica *Divini Redemptoris* y las obras que recuerdan el martirio de la Iglesia del Silencio, es también un deber complementario difundir la Doctrina Social de la Iglesia y trabajar por su realización práctica. Este libro no se propone exponer detalladamente dicha Doctrina, pero es muy cierto que la lucha contra el comunismo sería inútil si gradualmente no se le opusiese la realidad de la comunión. Corresponde a la Iglesia el formar a los espíritus en las nociones naturales y cristianas de la dignidad de la persona humana, del matrimonio, del Estado, de la propiedad privada y de la corporación profesional. Los últimos papas han proporcionado al mundo moderno una luz inmensa con objeto de que éste cambie de acuerdo con el designio de Dios. Cuando los cristianos emprendan la restauración de todos, las cosas en Cristo, con espíritu de sumisión y con fervor capaz de equilibrar la actual actividad de los revolucionarios profesionales, con la gracia de Dios será posible cerrar las puertas de la Historia al Comunismo.

Así fue como el Papa Pío XII aseguró: *«Fijamos Nuestra mirada en la Acción Católica y conservamos la esperanza, gracias a la confianza que Nos tenemos de encontrar en ella, estrechamente agrupados alrededor de los Obispos y de la Santa Sede, a ardientes y devotos colaboradores en la gran empresa que, por el bien supremo de las almas y de las naciones, Nos llevamos en el corazón más que ninguna otra: el regreso de Cristo a las conciencias, a los hogares, a las*

costumbres públicas, a las relaciones entre las clases sociales, al orden civil y a las relaciones internacionales» (4).

Debemos pesar estas palabras, pues nos hacen comprender que, en definitiva, la victoria de la caridad en el mundo no puede ser nada más que la restauración del reinado de Cristo en todas las formas de la vida privada y de la vida pública.

Tal programa parece inconcebible en los tiempos actuales. El primer obstáculo que encontramos para ellos es la desunión de las Iglesias, junto con el laicismo.

El plan de Dios es un plan de amor. Desde que los cristianos son hermanos separados, toda la humanidad, por completo, está escandalizada. Allí en donde la unidad de la Iglesia de Cristo debiera de haber dado frutos de fe y de amor para los paganos, la desunión de las Iglesias separadas llevó finalmente a la apostasía de las naciones. Los paganos del siglo I creyeron en Cristo porque vieron la unión de los cristianos, su amor fraterno, y sus rodillas dobladas mientras que su boca confesaba que Cristo es el Señor. A la inversa, después de trescientos años de división entre las Iglesias, Marx afirmó que la humanidad es Causa de sí misma y de la boca de Nietzsche salió este grito: «Dios ha muerto.»

No. Dios no ha muerto. El Resucitado está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Pero la unidad de los miembros del Cuerpo Místico ha sido rota. Durante trescientos años la desunión de las Iglesias ha sido, en cierta manera, como una especie de crucifixión del Cuerpo Místico de Cristo. Ahora bien, he aquí que el Papa Juan XXIII, apenas unos meses después de su elevación al Soberano Pontificado, anunció la convocatoria de un concilio ecuménico como si fuese una repentina primavera.

En el mismo momento en que, desde Moscú, la contraiglesia da consignas destinadas a completar la conquista revolucionaria del planeta, el Vicario de Cristo, desde Roma, da consignas destinadas a, si es posible, invitar a los hermanos separados a que se Le incorporen para restaurar todas las cosas en el reinado de Cristo.

¿Ha llegado la hora del retorno a la unidad de los miembros del Cuerpo Místico? ¿Está próximo el momento en que ya no habrá en el mundo más que un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor? ¿Somos capaces de concebir cuáles serían las consecuencias de una tal renovación de la situación, en el orden de la solidaridad internacional y de la unidad espiritual del mundo libre? La cuestión ha

(4) Pío XII: Alocución del 4 de septiembre de 1940.

sido planteada, no sólo en palabras, sino también en hechos. Con la perspectiva del Concilio, una etapa histórica de un alcance insospechado está próxima a nosotros. La desunión de las Iglesias rechazó a los paganos lejos de Jesucristo. La vuelta a la unidad de las Iglesias puede obtenerles la Fe en el Verbo Encarnado.

Si estos acontecimientos se produjesen, los hombres de esta generación se encontrarían ante la «*fundadísima esperanza de que pueda surgir una nueva era con la alegría de la paz cristiana y el triunfo de la religión*». (Pío XII: Encíclica *Ad coeli Reginam* del 11 de octubre de 1954.) Serían los llamados a descubrir una manifestación de la perfección de Dios con la restauración cristiana de la vida social. Serían los hombres que gozarían de «*la paz de Cristo en el reino de Cristo*», por la aceptación personal y diaria de adorar humildemente a Dios en el sacrificio de su corazón. Contemplarían el triunfo de la religión, no a la manera de los triunfos temporales en donde hay vencedores y vencidos, sino a la manera de las victorias del Dios Amor que da, que se da y que perdona.

Desenmascarar las mentiras y los horrores del comunismo; realizar en todo el mundo, y primeramente en Africa, los imperativos de la civilización cristiana; orar y hacer penitencia para obtener del Cielo la gracia inmediata de la conversión de Rusia y de la unidad de los cristianos; tales son las grandes líneas, y tal pudiera ser la acción positiva de los que, justamente angustiados por la situación mundial y sea cual sea su estado de vida, tienen conciencia de que esta situación les impone deberes.

Sin duda, ésos encontrarán, por añadidura, un especial consuelo al meditar sobre estas últimas líneas de la encíclica *Divini Redemptoris*, esa gran luz arrojada por la Iglesia sobre el comunismo que a continuación transcribimos para ellos:

«*Finalmente, para acelerar la paz de Cristo en el reino de Cristo, por todos tan deseada, ponemos la actividad de la Iglesia católica contra el comunismo ateo bajo la égida del poderoso Patrono de la Iglesia, San José.*

»*San José perteneció a la clase obrera y experimentó personalmente el peso de la pobreza en sí mismo y en la Sagrada Familia, de la que era padre solícito y abnegado; a San José fue confiado el Infante divino cuando Herodes envió a sus sicarios para matarlo. Cumpliendo con toda fidelidad los deberes diarios de su profesión, ha dejado un ejemplo de vida a todos los que tienen que ganarse el pan con el trabajo de sus manos, y, después de merecer el calificativo de justo, ha quedado como ejemplo viviente de la justicia cristiana, que debe regular la vida social de los hombres.*

»Nos, levantamos la mirada, vigorizada por la virtud de la fe, creemos ya ver los nuevos cielos y la nueva tierra de que habla nuestro primer antecesor, San Pedro. Y mientras las promesas de los falsos profetas de un paraíso terrestre se disipan entre crímenes sangrientos y dolorosos, resuena desde el cielo con alegría profunda la gran profecía apocalíptica del Redentor del mundo: «He aquí que hago nuevas todas las cosas.»

CAPÍTULO XIV

LA POLITICA NATURAL

Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI han resaltado con fuerza la importancia del orden natural que permanece inscrito en la persona y en la sociedad humana a través del desarrollo e incluso de las mutaciones de la historia. Esta política natural constituye nuestra positiva, concreta y realista respuesta al Comunismo.

1. DEFINICION DE LA SOCIEDAD

Como el hombre es conducido por su razón y nunca obra sin objeto, sin duda tiene un fin al cual naturalmente tienden su vida y su conducta. Si faltase ese fin, sería semejante a un barco a la deriva, abandonado al viento, batido por las olas, y, más pronto o más tarde, condenado a ir a parar a los arrecifes. Vemos así que todas las acciones de los hombres se hacen con miras a un bien, al cual tienden como a un fin. Que ese bien lo sea verdaderamente o sólo tenga la apariencia de tal, no cambia en nada la estructura esencial del acto humano.

Mas, desprovisto de los medios naturales que la naturaleza ha prodigado con los animales, un hombre solo, a pesar de estar dotado de inteligencia, será impotente para procurarse lo que necesita para conservar su vida y, con mayor razón, para desarrollarla. Por tanto, el hombre, por naturaleza, está llamado a vivir con otros hombres, con objeto de que todos mutuamente se ayuden entre sí y, con ayuda de las luces naturales, se esfuercen por coordinar sus acciones para obtener así más fácilmente el objetivo común. Lo cual se demuestra con evidencia por el hecho de que mientras los animales solamente se comunican sus pasiones, los hombres, por medio de la palabra, son aptos para comunicarse sus pensamientos, para unir sus voluntades y para organizar su vida social, cosa que no pueden hacer los otros animales, incluso aquellos que, como las abejas y las hormigas, por un determinado instinto, son llevados a construir grupos que presentan ciertas características de la sociedad.

Por lo tanto, en la exacta medida en que la sociedad esté

constituida por hombres capaces por naturaleza de moverse por sí mismos con miras a su fin, constituye verdaderamente una sociedad unida por un principio interno, y no una masa agitada desde el exterior por sus apetitos y por sus temores. En igual medida, no podemos concederle a Augusto Comte que la sociología provenga de la biología y sea como su hija. La Sociología y sus tres ramas: la Doméstica, la Política y la Económica son hijas de la Etica, y es a esta última a la que están esencialmente subordinadas, ya que el estudio de las acciones voluntarias en las sociedades familiar y política y en la economía social, arranca directamente de la definición del acto humano formulada por la ciencia moral.

Esta afirmación de la naturaleza esencialmente moral de la sociedad, definida como *unión orgánica de miembros que realizan actos voluntarios con miras a un bien,* no excluye por eso el que volvamos a encontrar en el organismo social un principio formal *análogo* a aquel que, en la materia viva organizada, ordena los miembros al fin. Y ello es así porque hay diferencia entre lo que es particular y lo que es general, ya que lo primero divide y lo segundo une. El bien particular de cada órgano es distinto del orden entre todos los órganos, cuyo fruto es la salud. De igual modo, en toda sociedad, el bien particular de cada uno es distinto del orden entre todos los miembros del cuerpo social, cuyo fruto es el bien común. Por tanto, además de las direcciones que tienden hacia los bienes particulares, se necesita una dirección que tienda al bien de todos. Por eso, en todo aquello que deba producir la unidad del orden una cosa siempre estará regulada por otra. Así, en el hombre, la inteligencia y la voluntad, por naturaleza, están llamadas a rectificar los apetitos y a mandar en el cuerpo, lo cual podemos comprobar, puesto que de entre todos los miembros del cuerpo hay uno, el corazón o la cabeza según las ocasiones, que es el principal y que hace moverse a todos los demás. Asimismo, en la sociedad, los diversos miembros no pueden ordenar sus acciones en armoniosa cooperación, a no ser con la condición de que, de entre ellos, uno tenga a su cargo el gobernarlos. A este le corresponderá conducir permanentemente a los miembros del cuerpo social hacia las exigencias del objetivo común, sin que por eso tenga que negar o estorbar la prosecución de los fines particulares legítimos, cuya protección, además, está contenida en el bien común.

De lo que precede resulta que, sometiéndonos a la sana doctrina de la causalidad, podremos definir a la sociedad como *la unión de miembros* (causa material), *ordenada mediante una autoridad* (causa formal), *que realizan actos voluntarios* (causa eficiente) *con miras a un bien* (causa final).

2. LA DIGNIDAD HUMANA

Sin salirnos de la línea de la filosofía natural, que remonta del efecto a la causa y de la creación al Creador, hemos admitido que la sociedad está constituida por miembros capaces de perseguir fines, puesto que están dotados de razón y de libre albedrío. Así nos aparece su naturaleza y su constitución íntima. En efecto, con relación a una cosa, es natural lo que se deriva de esa cosa como de su principio.

Pero esa razón y ese libre albedrío que la observación general comprueba en el hombre, y que hacen que sea específicamente diferente de los restantes seres vivos organizados, ¿son acaso simples variantes biológicas? Así como registramos que el animal se mueve por su instinto, ¿deberemos registrar que el hombre es capaz de disponer de sí mismo con miras a un fin? ¿Hay entre estas dos naturalezas una simple diferencia de HECHO? ¿O bien hay entre ellas una diferencia de DERECHO? ¿E incluye la naturaleza del hombre una cierta dignidad y exige que sea respetada en su integridad —lo que no requiere la naturaleza del animal—? La naturaleza razonable del hombre, ¿hace que sea *sujeto* de sus actos, o puede ser considerada como una simple etapa de la evolución biológica? Y el hombre, incluso considerándolo dotado de razón, ¿puede, al igual que el animal, ser tratado por sus semejantes como un simple *objeto* del que pueden disponer a su antojo?

Efectivamente, el fin de una sociedad de hombres libres es diferente del de una sociedad de esclavos. El hombre libre es aquel que puede disponer de sí. El esclavo es aquel de quien otro puede disponer. La razón humana, por evidencia interior de su esencia, afirma inmediatamente que corresponde a su naturaleza el obrar según una norma de justicia, es decir, respetando como *derecho* al ejercicio normal de su actividad. Bajo este aspecto, el derecho natural aparece como indemostrable. Recuerda en el orden del conocimiento práctico, lo que son los primeros principios en el orden especulativo.

Pero esta posición no es definitiva —incluso en filosofía natural—, porque sabemos que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido por la luz natural de la razón, y, por consiguiente, demostrado también en manera cierta, como la causa por el efecto, mediante las obras visibles de la creación. En consecuencia, la naturaleza y el orden que ésta manifiesta ya no solamente se les descubre y reconoce empíricamente: se les conoce también por su Causa. La racionalidad del hombre y su libre voluntad, no solamente se

presentan ya como hechos de la naturaleza, respetables únicamente en la medida en que la misma naturaleza parece digna de respeto. Aparecen como deseos de Dios, como un orden que refleja una Justicia trascendente, que ni es abstracta ni está solamente presente en la representación de los hombres, sino que es personal y viviente. «*La ciencia de lo justo y de lo injusto supone, por tanto, una más elevada sabiduría, que consiste en conocer el orden de lo creado y, por consiguiente, a su Ordenador. EL DERECHO, como enseñaba el Aquinate, est OBIECTUM IUSTITIAE* (S. Th. IIa IIae Qu LVII), *es la norma en que se concreta y se actúa la grande y fecunda idea de la justicia, y como tal, SI CONDUCE A DIOS, eterna e inmutable justicia en su esencia, DE DIOS RECIBE luz y claridad, vigor y fuerza, sentido y contenido*» (2).

No es del todo posible fundar razonablemente la dignidad humana, o sea, *el derecho de la persona a que se le reconozca que tiene un fin propio, que deberá perseguir de acuerdo con su naturaleza razonable y dotada de libre albedrío*, más que con la condición de fundar dicho derecho en la conexión entológica por la cual está ligado a su causa trascendente.

3. FAMILIA, ESTADO Y PROPIEDAD PRIVADA

La dignidad humana es el hilo de Ariana que, si no se suelta, basta para lograr un conocimiento cierto de la vida social por las causas. La conservación de las condiciones de esa dignidad se manifiesta como la inclinación propia del orden político natural.

De todas las sociedades la que nace del matrimonio es la más natural. Su finalidad no está abandonada a la libre elección de los hombres, sino impuesta por la estructura interna de la vida social: *la transmisión, el sostén y la educación de nuevas vidas por los esposos llamados a completarse haciendo esto, en la plenitud de la mutua ayuda doméstica.* Sus miembros están fijados espontáneamente por la naturaleza, la cual ha dispuesto que, así como el corazón y la cabeza se armonizan en el organismo corporal, así también se armonicen la naturaleza femenina y la naturaleza masculina en el organismo conyugal. El plan mismo de la vida familiar se transparenta antes de toda deliberación humana, pues re-

---

(1) Cf. SANTO TOMÁS: *In Eth.* L. V. lect. XII, núm. 1018 sqq., y también SANTO TOMÁS: Ia IIae Qu. 91, art. 3 co, y Qu. 94, artículo 2 co.

(2) Pío XII: Alocución de 6 de noviembre de 1949.

sulta del todo evidente que la pluralidad de los maridos va contra el fin primario del matrimonio, y que la pluralidad de las esposas impide esa mutua ayuda que constituye su fin secundario. En la sociedad que nace del matrimonio, una sola libertad se concede a los esposos: la de decidir si quieren fundar un nuevo hogar, y con qué persona, por una duración que, como atestigua el Evangelio, el mismo Dios fijó, en el amanecer de la Creación, para toda la vida.

La aptitud de la familia para despertar en el niño el ejercicio de la dignidad, y para aumentar esa dignidad en los padres hasta su pleno desarrollo, no se va a destacar aquí. Pero lo que sí hay que señalar es que, del cumplimiento por los esposos de su deber de padres, nace una deuda, en la que son acreedores. No quiere esto decir que, en justicia, pueda el niño jamás esperar devolverles lo que ha recibido de ellos, ni incluso que deba buscarlo. Pero, sin embargo, no por eso dejará de estar obligado a practicar con ellos esa justicia imperfecta que designamos con el nombre de piedad filial. Justicia impotente que, en cierta forma, recuerda nuestra impotencia frente a los dones de Dios, pero que no nos dispensa de los deberes que, en esta línea, hemos de practicar.

Una familia aislada no se bastaría a sí misma, pues no podría proporcionarse ni la prosperidad material suficiente ni el desarrollo cultural ni incluso casar a sus hijos. Por tanto, es necesario que una multitud de familias se unan de manera orgánica y actúen unidas con objeto de establecer entre ellas un orden justo, a favor del cual pueda cada una encontrar cómodamente su propio bien. En efecto, del mismo modo que en el cuerpo humano cada órgano está ordenado al bien común del organismo total —y no sólo a su bien particular—, igual ocurre también con las familias en la sociedad civil. Por consiguiente, el fin de la sociedad civil o política consiste en *la realización permanente de las condiciones exteriores que protegen los derechos y facilitan el cumplimiento de los deberes de todos los miembros que la constituyen.* Al conjunto de estas condiciones es a lo que llamamos EL BIEN COMUN.

La sociedad política, que tiene por fin el bien común y por miembros a la multitud de familias, tiene a su gobierno como principio formal concreto. Los miembros deberán ser permanentemente conducidos hacia el fin común según un principio de unidad, que ordene armoniosamente los diversos elementos. El gobierno, por tanto, es el órgano cuyo papel esencial consiste en infundir unidad en la protección de los derechos y en la práctica de los deberes: precisamente esta preocupación constituye la gerencia del bien común.

Aristóteles y Santo Tomás, después de él, están de acuerdo

en afirmar que el gobierno de uno, el gobierno de algunos y el gobierno de todos, son conformes, los tres, con la razón en la medida en que están ordenados al bien común. Y los tres son contrarios a la naturaleza si, de forma grave y habitual, se apartasen de ese fin. Considerado en abstracto, el gobierno de uno solo necesariamente es el mejor, ya que naturalmente es el más apto para comunicar la unidad política que es su fin propio. Pero esto no significa, de ningún modo, que este gobierno universalmente sea el mejor en circunstancias concretas. Corresponderá a la virtud de la prudencia el juzgar cuál de las tres formas le conviene más a un pueblo determinado teniendo en cuenta su psicología y sus tradiciones.

La sociedad civil, en fin, está formada por los actos políticos de sus miembros. De su rectitud y vigor depende, en gran parte, la obtención del bien común, hacia el cual deberá conducir el gobierno, y al cual, también, interiormente deberán tender todos los miembros. Bajo este aspecto, es cierto el dicho de que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen.

La sociedad política recibe, de modo eminente, el nombre de Patria, a causa de lo que porporciona a aquellos que legíticamente pueden ser llamados sus hijos. Durante siglos, generaciones sucesivas han recibido una herencia por medio de la organización política, la han aumentado y la han transmitido. Por lo tanto, tenemos para con la Patria deberes análogos a los que tenemos frente a un padre. No podemos, en justicia, esperar devolverle todo lo que de ella hemos recibido. Pero, sin embargo, existe nuestra deuda de honor y de fidelidad en todos los tiempos, y de servicio y sacrificio hasta el don de la misma vida si las circunstancias lo exigieran.

De este modo, la dignidad de la persona requiere, como organizaciones sociales fundamentales, a las sociedades familiar y política. En diferentes escalas, ambas tienden, por una admirable perfección interna, a proteger, de manera orgánica, a la persona y a sus derechos, y a favorecer el desenvolvimiento de su responsabilidad y el cumplimiento de sus deberes.

El matrimonio y el Estado no son las dos únicas instituciones ordenadas esencialmente por la naturaleza hacia este fin. Hay que añadir también a la propiedad privada, la cual concede al hombre un dominio del que puede usar para conseguir su propio fin. El reconocimiento de este derecho, o bien se mantiene firme o bien se hunde arrastrando consigo en su caída a la dignidad humana. Interesa, por tanto, para un orden normal, que el dinamismo propio de la persona pueda ejercerse sobre los bienes y fecundarlos así, en

servicio de la dignidad y seguridad de la familia, y, en consecuencia, en beneficio también del progreso económico de toda la sociedad.

El papel de la propiedad privada, que la propaganda comunista busca oscurecer en las inteligencias, es completamente fundamental. En economía social, sólo en tanto que la actividad de la persona pueda ejercerse firmemente sobre los bienes materiales veremos afirmarse el dinamismo productivo, como una consecuencia más de la iniciativa privada. La experiencia y el gusto por las responsabilidades, que a veces son pesadas, solamente podrán progresar dentro del marco de una iniciativa personal, tanto en el dominio de la industria, del comercio y del crédito, como en el de la agricultura y de los transportes, deberá contribuir al desarrollo de la dignidad de las personas, al igual que la familia y el Estado.

«*En efecto, el matrimonio y la familia, el Estado, la propiedad privada, tienden por su naturaleza a formar y a desarrollar al hombre como persona, a protegerle y a capacitarle para contribuir, con su voluntaria colaboración y personal responsabilidad, al sostenimiento y desarrollo, igualmente personal, de la vida social*» (3).

4. LA CORPORACION PROFESIONAL

Las familias, aunque encuentren en la propiedad privada un punto de apoyo natural, como están dotadas de capacidades desiguales, no pueden perseguir el bien común político bajo la autoridad del Estado sin mantener entre ellas relaciones infinitamente variadas. Así, aquellos a quienes las relaciones de vecindad llevan a tomar conciencia de una necesaria solidaridad llegan, por ello, a constituir municipios. Así, también, en el dominio de la economía social, y dentro del marco del derecho privado, se establecen relaciones de trabajo entre diversas categorías sociales, propietarios y no propietarios de los bienes de producción. En una sociedad bien ordenada, no se trata de retirar a los particulares las atribuciones que son capaces de desempeñar por sí mismos para transferirlas a la comunidad. Ni tampoco se trata de retirar a los grupos de orden inferior las funciones que están en condiciones de llenar, para confiarlas a una colectividad más vasta y de rango superior. La aplicación de este principio de subsidiaridad conduce a la constitución de cuerpos intermedios que se organizan entre la familia y el Es-

(3) Pío XII: Mensaje radiofónico de 24 de diciembre de 1952.

tado, como una manifestación de la vitalidad de todo el organismo social.

De entre estos cuerpos intermedios se deberá conceder una atención especial a aquellos que reúnen a los hombres que persiguen un mismo fin productivo, con independencia de la clase a que pertenezcan. «*Pues igual que, siguiendo el impulso de la naturaleza, los que se hallan vinculados por vecindad de lugar constituyen municipio, así ha ocurrido que cuantos se ocupan en un mismo oficio o profesión —sea ésta económica o de otro índole— constituyeran ciertos colegios o corporaciones, hasta el punto de que tales agrupaciones, regidas por un derecho propio, llegaran a ser consideradas por muchos, si no como esenciales, sí, al menos, como connaturales a la sociedad civil*» (4). La corporación interprofesional se deduce naturalmente de esto.

En resumen, el Papa Pío XII evocaba las líneas directrices del orden social cuando, en su mensaje de Navidad de 1956, afirmaba: «*Las estructuras sociales, como el matrimonio y la familia, la comunidad y las profesiones mancomunadas, la unión social dentro de la propiedad personal, son CELULAS ESENCIALES que aseguran la libertad del hombre y, con ésta, su papel en la historia. Son INTANGIBLES, por tanto, y la sustancia de ellas no puede estar sujeta a arbitrarias revisiones.*»

5. INSTITUCIONES NATURALES Y GRUPOS HISTORICOS

No es posible poner en idéntico plano a los dos grupos sociales que, desde hace un siglo o siglo y medio, ocupan un espacio considerable, e indudablemente desordenado, en las sociedades modernas y contemporáneas: la nación y la clase social. Por desgracia, para numerosos países, singularmente Francia, los mitos de «derecha» e «izquierda» gravitan a su alrededor.

Para apreciar la esencial diferencia que hay entre las instituciones de derecho natural, tales como la familia, la Patria y la profesión, y los grupos resultantes de hechos históricos contingentes, tales como la nación y la clase, necesitamos evocar dos constantes sociológicas que, si se confrontan, arrojarán una viva luz sobre nuestro propósito.

Dos fuerzas inclinan a los hombres a la vida social y dan a ésta su cohesión.

Una de ellas resulta de la atracción que los seres que están hechos para completarse sienten unos para con otros,

(4) Pío XI: Encíclica *Quadragesimo Anno*, núm. 87.

tal como ocurre con el hombre y la mujer, y con los padres y los hijos. De igual modo se unen también para completarse las familias dedicadas a actividades económicas muy diversas, que constituyen toda la sociedad política. La atracción que empuja a unirse a los seres complementarios, que es muy conforme con la razón (pues está profundamente penetrada de finalidad), es un *hecho de la naturaleza,* antes de ser un *hecho de la historia.*

La otra fuerza, que tiende a agrupar a los hombres y a dar a la vida social su cohesión, resulta de la mutua atracción que sienten los seres semejantes. Así vemos como, espontáneamente, en una reunión familiar los niños se separan de sus padres, o también, cómo las mujeres se desinteresan de las discusiones de sus maridos para conversar entre ellas.

DE ESTE MODO ES POSIBLE DISTINGUIR LAS SOCIEDADES FUNDADAS SOBRE LA *COMPLEMENTARIEDAD,* FUERTEMENTE PENETRADAS DE FINALIDAD, DE LAS COMUNIDADES FUNDADAS SOBRE LA *SIMILITUD,* MUCHO MENOS RACIONALES Y, EN CIERTA FORMA, MAS INSTINTIVAS Y GREGARIAS.

Ahora bien, es curioso comprobar que las divisiones ideológicas se manifiesten hoy más claramente a propósito de la nación y de la clase social, o sea, de los dos grupos históricos fundados en la identidad.

Hoy los nacionalistas son «de derechas» ¡No siempre lo han sido! En 1789 eran «de izquierdas». Pero, a mediados del siglo XIX, se levantaron a su izquierda los que oponen la clase a la nación, y los nacionalistas, frente a los socialistas, se encontraron sorprendidos y desorientados.

Habida cuenta que hoy, en todo el mundo, las pasiones más fuertes están exasperadas por mitos de clase, se considera oportuno determinar con precisión lo que es la nación y lo que es la clase. La cosa presenta tanta mayor importancia cuanto que el Papa Pío XII, el 14 de septiembre de 1952, pedía a los católicos que no se desviasen *«ni a derecha ni a izquierda».*

6. LA NACION

La nación, dado el significado que esta palabra ha adquirido en Europa en los primeros años del siglo XIX con los «Discursos a la nación alemana», de Fichte, es una creación de la historia. La Edad Media occidental, que no era incapaz de concebir una comunidad de idioma, no conocía nada que se pareciese a las naciones. La comunidad de idioma no tiene

relación alguna con la sociedad política, y en la Francia de aquella época tenemos una viva ilustración de ello.

La Reforma, al oponer la soberanía de la razón humana a la soberanía de la Iglesia y del Estado, afirma implícitamente, aunque en germen, lo que un día llegaría a ser la soberanía de la nación.

«*Casi es un lugar común*, nota a este respecto Pierre Vergnaud en una reciente tesis, *que hay que colocar a la Reforma en los orígenes del principio de las nacionalidades; en efecto, ella fue quien, antes de las doctrinas de la soberanía del pueblo, arruinó el equilibrio de los valores tradicionales al sustitur la autoridad de la Iglesia por la conciencia individual*» (5). Y el mismo autor cita una de sus fuentes: «*La revolución religiosa del siglo* XVI *fue una reacción de lo que hay de individual en la religión contra la unidad absorbente de Roma, y, a la vez, una reacción en nombre de las naciones contra la idea de monarquía encarnada en el Papado. He ahí por qué los Estados protestantes son los voceros de las nacionalidades*» (6).

He ahí por qué, históricamente, la realidad de la nación se desarrolló gracias a una semejanza étnica, y en reacción contra la autoridad política como principio formal de la unidad civil, y aun más, en reacción contra la autoridad divina como principio formal de la unidad de la familia humana.

Sin embargo, hasta que la nación, en el siglo XIX, hubo tomado conciencia de sí misma, no intentó afirmarse políticamente por medio del principio de las Nacionalidades, principio que, según el diccionario Littré, es «*aquel, según el cual, las porciones de una raza de hombres tienden a constituir un solo cuerpo político*».

Sea lo que fuesen esos desarrollos históricos, el hecho es que las naciones existen. La inspiración racionalista que suscitó su formación es una cosa, y su existencia es otra diferente. Nos queda por saber, frente a esta existencia, cuál es su verdadera esencia.

Si aceptamos que a la nación se la defina como un Estado-Nación, o sea, como la legítima coincidencia de una unidad étnica y de una unidad política, sancionamos con ello el principio de las nacionalidades, reconocemos al Estado nacionalista, y legitimamos la política nacionalista. Obrar de ese modo es ir contra el derecho natural, porque es fundar la sociedad política, no ya en la *complementariedad* de fami-

---

(5) PIERRE VERGNAUD: *L'idée de la nationalité et de la libre disposition des peuples dans ses rapports avec l'idée de l'Etat*, página 20. Ed. Domat-Montchrestien, 1955.

(6) LAURENT: *Histoire du droit des gens*, t. X, 1, 9. Edición de 1863.

lias que pueden ser de nacionalidades y de clases diferentes, sino en la *similitud* religiosa, étnica, lingüística o cultural.

Por consiguiente, si se quiere permanecer dentro de las normas del derecho natural, hay que considerar a la nación como una comunidad fundada en la semejanza que acaba de ser evocada, contemplada independientemente de la sociedad política, que es de otro orden. Por lo tanto, pudiéramos pensar que, precisamente para permitirle quedar dentro de los límites del derecho natural, Pío XII enseñó, en la Navidad de 1954, que *«la vida nacional es, por sí misma, el conjunto operante de todos aquellos valores de civilización que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya espiritual unidad constituyen como el vínculo. Al mismo tiempo, esa vida enriquece, como contribución propia, la cultura de toda la humanidad. EN SU ESENCIA, pues, LA VIDA NACIONAL ES ALGO NO-POLITICO; tan verdadera es esta realidad, que, como demuestra la historia y la experiencia, esa vida puede desarrollarse al lado de otras, dentro del mismo Estado, como también puede extenderse más allá de los confines de éste»*.

Es necesario insistir en esta definición, pues lleva consigo múltiples aplicaciones. Por ejemplo, la nación francesa desborda ampliamente a la Patria política francesa. Hay varios millones de personas que constituyen «la nación francesa de América» y que son ciudadanos, bien del Canadá, bien de los Estados Unidos. A la inversa, los Estados federales, tales como Bélgica, Canadá y Suiza, reúnen en una misma Patria política tradiciones nacionales diferentes, no sin que por ello tengan planteados delicados problemas de unidad en la diversidad.

7. LA CLASE SOCIAL

Podemos hacer observaciones análogas a propósito de las clases sociales.

En todos los tiempos, un mismo medio de vida, igual nivel de vida, una profesión y la cultura que ésta lleva consigo, han sido compartidas por familias que encontraron una atracción en esta semejanza. No obstante, la noción de clase social, tal como se ha ido deduciendo desde que el liberalismo económico y el socialismo conjugaron su nocividad, es algo diferente. Después de la nación, la clase social también ha querido afirmar sus derechos al poder político. Esencialmente la naturaleza de un partido socialista consiste en buscar conseguir el poder por intermedio de un grupo de ciudadanos, no en razón de su competencia o de su consagración al bien común, si no en razón de su conocimiento de

los problemas de una clase particular y de su consagración al bien particular de esta clase. Incidentalmente, ésta es la razón por la cual cada vez que un partido socialista está en el poder, busca remediar llagas sociales particulares, verdaderas y urgentes, pero con medios que habitualmente comprometen el bien común, principalmente las finanzas públicas y la moneda.

El comunismo va todavía más lejos. La clase proletaria no está llamada por él simplemente a la soberanía política, sino a la soberanía mística. Así como el nacionalismo hitleriano, fundado en la afirmación de la superioridad universal de una raza, llegaba hasta el nacionalismo absoluto, igualmente el comunismo, fundado provisionalmente en la dictadura del proletariado, aspira a la «liquidación» de las demás clases como tales.

Por lo tanto, el mismo problema se plantea para las clases sociales y para las naciones. Afirmar la vocación política de la clase como tal, del modo que la postula la dictadura del proletariado, es pisotear el derecho natural y conceder a este grupo de origen histórico, fundado en una semejanza, prerrogativas que solamente convienen a la sociedad política, más amplia y profundamente ordenada a la colaboración de las diversas clases sociales.

Por consiguiente, la clase social, en su esencia, no es una realidad política. «*Resulta de una similitud de condición de vida y de trabajo, de una comunidad de intereses materiales y morales, que, espontáneamente, llevan a congregarse y a solidarizarse a hombres y familias que sienten idénticas necesidades de existencia, y que comparten una misma cultura e iguales necesidades y aspiraciones*» (7).

En resumen, la familia y el Estado son sociedades orgánicas fundadas en una *complementariedad* de naturaleza, y la clase y la nación son grupos fundados en una *similitud* cultural o étnica que se ha ido desarrollando *a lo largo de la historia.* De lo anterior resulta que los hijos de una familia y los hijos de una patria están obligados a practicar la piedad filial y el patriotismo, virtudes derivadas de la justicia, mientras que los miembros de una nación y los miembros de una clase no tienen, para con una u otra, deuda comparable. La conciencia razonable de pertenecer a una clase social, y un sano espíritu de nacionalismo, continúan siendo legítimos, al igual que una santa piedad para con la una o para con la otra, en tanto que la nación no sea necesariamente identificada con la sociedad política, ni la clase lo sea con un me-

---

(7) Carta del Cardenal Secretario de Estado a las *Semanas Sociales de Francia* de 11 de julio de 1939.

sianismo histórico. Ambas, en fin, tienen derechos que corresponde a la sociedad política proteger y promover.

8. DE LA JUSTICIA SOCIAL

Así como el equilibrio orgánico de un cuerpo vivo es complejo, y, a veces, alteraciones locales tienen resonancia sobre todo el organismo, también el equilibrio jurídico-moral de la sociedad política está sometido a correspondencias que unen entre sí a las tres instituciones sociales fundamentales: familia, Estado y propiedad.

Estas tres instituciones no se levantan con independencia recíproca. De la aptitud del Estado para promover el verdadero bien común, dependen los derechos concretos de las familias. Del enraizamiento de esas familias en una propiedad privada, sanamente repartida, depende su justa independencia. Y de la rectitud de vida y de gestión de las familias dependen, también, la extensión de la eficacia y de la acción del Estado.

Además, toda hipertrofia de una de estas tres instituciones fundamentales necesariamente corresponde a una atrofia de las otras.

Durante la monarquía, la hipertrofia de algunas grandes familias amenazó periódicamente la autoridad del rey y las libertades del pueblo, y sólo lentamente se conquistó el equilibrio político. No fue posible impedir las guerras privadas hasta que San Luis lo logró en el siglo XIII, y, después de él, el abatimiento de los grandes continuó siendo una de las grandes preocupaciones de la monarquía.

En el siglo XIX, el individualismo condujo a la hipertrofia de los derechos de los propetarios. Simultáneamente se asistió a la atrofia del Estado liberal y a la desvergonzada explotación de las familias obreras y campesinas.

En el siglo XX, el socialismo condujo a la hipertrofia del Estado, nacionalizador de los bienes, planificador de la producción, redistribuidor de las renta. Absorbe a la gran empresa, desanima a la media y condena a la pequeña, culpable de «marginalismo»: atrofia de la propiedad. Simultáneamente, las familias económicamente débiles están «asistidas» hasta un extremo tal que tienen que depender en todo del Estado para poder tomar las más graves decisiones de su vida: alojamiento, natalidad, empleo, enfermedad, paro...

Si el Estado lo hace todo POR SI MISMO, si la sociedad lo hace todo POR SI MISMA, en vano quieren hacerlo PARA el hombre: privándole de su iniciativa y de su responsa-

(8) Pío XII: Alocución de 6 de noviembre de 1949.

bilidad de sujeto de derecho, lo hacen en contra de él. A la inversa, si el Estado deja que se haga POR los individuos, POR los que detentan el poder material, será incapaz de mantenerlos dentro del respeto a los derechos de los más débiles, y ya no gobernará PARA el hombre.

En estas condiciones, una política consciente de la verdadera naturaleza del bien común, y deseosa de procurarlo, no puede dejar de ver hoy que la hipertrofia del Estado, al igual que la hipertrofia de la propiedad, son incompatibles con la dignidad humana, y que sólo una sana autonomía de las familias y la unión social dentro de la propiedad personal, ampliamente difundida, constituyen los puntos de apoyo necesarios para la ordenación de toda sociedad verdaderamente preocupada por la justicia social, como principio dinámico que equilibre en la sociedad el movimiento jurídico de las tres justicias: conmutativa, distributiva y general.

9. LA SOCIEDAD DE LOS ESTADOS

La sociedad política es una sociedad perfecta. Encuentra en sí misma lo que necesita para alcanzar su fin: el bien público. Sin embargo, esto no quiere decir que la sociedad política pueda constituirse como si ella realizase el término absoluto de toda la vida social temporal. Desde el amanecer del pensamiento humano se ha sentido la necesidad de una organización jurídica entre los Estados que no fuese una simple coexistencia. Hoy, sobre todo, con la facilidad, rapidez y multiplicidad de comunicaciones, la necesidad de precisar el fundamento jurídico de las relaciones entre las sociedades políticas se presenta con una urgencia muy particular.

En el mensaje radiofónico de la Navidad de 1941, el Papa Pío XII hizo la síntesis de las condiciones fundamentales de un orden justo de la Sociedad de los Estados.

a) *Independencia de los Estados:* Dentro de los límites de un orden nuevo, fundado en los principios de la moral, no hay sitio para la violación de la libertad, integridad y seguridad de los demás Estados.

b) *Respeto de los derechos nacionales:* Dentro de los límites de un orden nuevo, fundado en los principios de la moral, no hay sitio para la opresión, abierta o secreta, de las características culturales y lingüísticas de las minorías nacionales.

c) *Cooperación económica entre los Estados:* Dentro de los límites de un orden nuevo, fundado en los principios de la moral, no hay sitio para una egoísta y calculadora acumulación de recursos destinados al uso de todos. Una tal

cooperación económica, realizada metódicamente y por etapas, evitarán en el porvenir amargas discusiones, cuando no feroces envidias.

d) *Limitación de armamentos:* Dentro de los límites de un orden nuevo, fundado en los principios de la moral, conviene proceder a una limitación gradual de armamentos, hasta donde la sinceridad y honradez recíprocas permitan hacerlo con prudencia. Pero, mientras que las circunstancias no lo permitan, la mejor salvaguardia de la paz consistirá en un pacto público que reúna a todos aquellos que deseen fundar su solidaridad en Dios y en la ley moral, «un pacto que también sea capaz de defender eficazmente a sus miembros contra todo ataque injusto a sus derechos y a su independencia». (Pío XII: 10 de noviembre de 1956.)

Tales son los fundamentos jurídicos de una organización de los Estados, que, como podemos comprobar, evitan confundir nación y Estado. Pero como éstas no coinciden, tendrán que ser especialmente mencionados los derechos de las minorías nacionales, como una afirmación de los principios en los cuales pueden y deben fundarse las relaciones orgánicas entre los Estados. De este modo, podrán distinguirse una de otra: la *Familia de las Naciones,* comunidad en donde las culturas y los idiomas están destinados a enriquecer mutuamente, y la *Sociedad de los Estados,* realidad jurídica que no se confunde con la precedente, y que no solamente requiere comunicaciones vitales entre sus miembros, sino también un Derecho público fundado en Dios.

El desigual desarrollo de los pueblos hace, además, que los privilegiados tengan el deber de colaborar en una acción de envergadura con miras a activar la elevación de la prosperidad y de la cultura de los pueblos en vías de desarrollo. Pablo VI ha dedicado la encíclica *Populorum Progressio* a la formulación de un programa concreto y realista en este sentido.

Tales son los puntos fundamentales de la política natural. La dignidad humana, la Familia, el Estado, la propiedad privada, el principio de subsidiaridad, la justicia social, la corporación profesional, la colaboración de las clases, la familia de las naciones, la sociedad de los Estados, el desarrollo equitativo de los pueblos, resumen sus principales aspectos, cuya síntesis hace que aparezca la esencial unidad doctrinal. Sin duda, estas verdades son verdades naturales que la razón puede alcanzar con sus solas fuerzas. Hay que insistir en ello, y por eso nosotros lo hacemos. Sin embargo, una pregunta queda aún por hacer:

Si estas leyes son tan evidentes, ¿cómo es que son tan mal vistas y tan poco seguidas? Eso es lo que ahora tenemos que examinar.

10. LA APOSTASIA POLITICA

La sustitución de la monarquía por la república no constituyó lo esencial de lo que se llama la revolución francesa. Esta no consistió principalmente en el paso de una forma política razonable a otra igualmente conforme con la razón, a la que simplemente se consideró como mejor adaptada a las nuevas circunstancias.

Desde hace siglo y medio, la república, en Francia, no ha sido principalmente la afirmación de la soberanía popular como *modo de ejercicio de la autoridad*, sino la afirmación de la soberanía popular, de la soberanía nacional, como fuente última, como *fundamento supremo de la autoridad*. Lo que la revolución francesa introdujo en la organización política, es menos la forma republicana de gobierno, que la afirmación del absoluto laicismo del Estado, fruto a su vez del racionalismo del pensamiento moderno.

Precisamente, el error del racionalismo moderno consistió en su pretensión de querer construir el sistema de los derechos humanos y de la teoría general del derecho, considerando a la naturaleza del hombre como si éste fuese un ser que existe por sí mismo y que NO TIENE RELACIONES NECESARIAS DE NINGUNA CLASE CON UN SER SUPERIOR, de cuya voluntad creadora y ordenadora dependen su esencia y su actividad.

Los autores de la Revolución francesa fueron racionalistas en ese sentido. En su época pasaron por gentes de izquierdas. Su racionalismo les condujo al individualismo, al nacionalismo y al liberalismo.

Fueron *individualistas*. La dignidad humana no era ya para ellos el derecho a obrar libremente de acuerdo con la ley divina, sino que se la representaban como el derecho para el individuo a darse a sí mismo su religión, su moral y su filosofía.

Fueron *nacionalistas*. Afirmaron que ni la soberanía política, ni ninguna autoridad, tienen su fuente en Dios. El principio de toda soberanía reside en la nación.

Fueron *liberales*. La economía social no debía ya estar ordenada por la cooperación de los grupos profesionales y el Estado, tomando como base a la justicia social. Dicha economía debía ser entregada al mecanismo de la ley de la oferta y la demanda que, en la sociedad individualista, actuaría sin ninguna traba.

Es necesario hacerlo resaltar: los revolucionarios no niegan el orden natural. No niegan el derecho. Incluso, en la boca, no tienen más que estas palabras: «derechos del hom-

bre», «derechos de los pueblos», «leyes naturales de la economía».

Por lo tanto, proclaman una ley natural. Proclaman un derecho natural. Pero esa ley está falseada. Ese derecho es utópico. ¿Por qué?

Para que tenga éxito, la tentación tiene que ser insidiosa y progresiva. La apostasía de las naciones modernas no tuvo lugar en diez años. Ha sido una obra de larga duración. Sus etapas fueron hábilmente elegidas. En el siglo XVIII se opuso un deísmo abstracto a la adoración del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo cual parecía excesivamente devoto a una sociedad en plena decomposición moral. La revolución pasó del Dios de los filósofos y de los sabios a la diosa Razón y a las «leyes de la Naturaleza». Estas leyes las formularon los hombres arbitrariamente.

En el caso particular de esta experiencia histórica, nunca se pondrá bastante en evidencia el siguiente hecho: el conocimiento de las leyes morales naturales, y singularmente, el conocimiento del derecho natural, están inmediatamente amenazados cuando ya no son edificados y onfirmados por la Revelación. El individualismo personal y el individualismo nacional están en germen en la Reforma. Alcanzan la madurez con ocasión de la Revolución, y comienzan con ella a dar sus frutos.

11. LA CORRUPCION DEL DERECHO NATURAL

Lo que han sido estos frutos es demasiado conocido para que sea necesario desarrollarlo ampliamente.

a) *La sociedad individualista,* por haber sustituido la regulación interna de la vida moral por la autonomía absoluta de la razón, fue entregada a un principio interno de disgregación social. Por encima de los hombres ya no existe un Legislador Supremo a la voluntad del cual el orden social está sometido en la unidad. Cada hombre es su propio legislador supremo, entregado de hecho al dinamismo de sus apetitos. La vida de la gracia ya no viene a ayudarle a rectificarlos. El hombre del siglo XIX deviene cada día más un lobo para el hombre. Y esto CON LA MONARQUIA, entre 1820 y 1840, en el momento del desarrollo del progreso técnico. Lo que entonces falta no es un régimen político tradicional: Francia lo posee.

En reacción pendular era inevitable que a la deificación del individuo viniese a sucederle la deificación de la sociedad. A falta de una regulación moral personal, de una regulación interna de los actos humanos de acuerdo con la Ley divina, se hizo sentir la necesidad de una regulación so-

cial anónima y obligatoria, necesaria para reestablecer en forma externa la unidad perdida en el secreto de las conciencias. Al individualismo sucedió lógicamente el socialismo. A Rousseau le respondió Marx.

b) Paralelamente, *los Estados nacionalistas*, por haber rehusado fundar la vida política y las relaciones entre los Estados en el derecho natural, en la sinceridad de la conciencia y en la virtud de la prudencia, aplicaron el principio de las nacionalidades como fundamento del orden político, y el principio de la utilidad como regla y base del derecho. Para Europa el precio de este error consistió en millones de muertos. Además, el mal ejemplo de Europa ha despertado el nacionalismo de pueblos que, en Asia y en Africa, hoy son víctimas de este principio cuyos orígenes filosóficos e históricos les son completamente extraños.

Segunda reacción pendular: el nacionalismo, después de haber absorbido tanto amor y exigido tanta sangre, terminó por inspirar odio, y determinó la reacción inter-nacionalista que está en igual nivel ideológico y pasional que él, pero que, además de eso, lleva a despreciar el patriotismo, considerado como una hipócrita justificación del error nacionalista.

c) Finalmente, *la economía liberal*, por efecto de una concurrencia desorentada, desembocó en las crisis periódicas de superproducción, en el proletariado, en el paro y en la lucha de clases.

Tercera reacción pendular: contra la libertad desordenada que había producido esos frutos de miseria se desarrollaron tentativas de dirigismo y de planificación de la producción, y de repartición de bienes y servicios.

Por haber perdido, al renunciar a la Alianza con Dios, la fuente viva de la verdad y la luz indispensable para la inteligencia, incluso del derecho natural, los pueblos modernos han sido entregados a dinamismos descompuestos de exigencias sociales, transformadas en contradictorias por el hundimiento de su clave de bóveda. Por eso, la historia, especialmente la de Francia desde hace doscientos años, es la historia de un deslizamiento por un plano inclinado que conduce a las sociedades siempre más a la izquierda del orden natural querido por Dios. El individualismo, el nacionalismo y el liberalismo, en 1789 eran errores de izquierda. Hoy, por la lógica interna de la evolución, se han transformado en errores de derecha, y, por reacción, han determinado nuevos errores más alejados que ellos mismos de la ley natural: el socialismo, el internacionalismo y el dirigismo. En cuanto al comunismo, representa en esta dirección una etapa límite, pues es la esencial negación del orden natural, y cuando considera a todas las cosas únicamente en el nivel

de la casualidad dialéctica de la materia en evolución, constituye, bajo este aspecto, la izquierda absoluta. En este sentido es como resulta intrínsecamente perverso.

12. EL FUNDAMENTO DEL DERECHO

La experiencia histórica, que además concuerda con la razón, prueba, hasta la evidencia, que la ley que ordena la vida de las sociedades solamente puede ser, o *dada* por Dios, o *afirmada* por el hombre, o *impuesta* por el Estado.

a) Cuando la ley natural es dada por Dios y formulada por la Iglesia, y cuando los hombres la reconocen como tal, la sociedad espontáneamente tiende a la justicia social, al equilibrio de las tres instituciones fundamentales, a la colaboración entre las clases y a la fraternidad entre las naciones dentro de una sociedad de Estados. En Occidente, la Edad Media demostró que este ajuste no está fuera del alcance del hombre cuando éste coopera con la gracia de Dios. La sociedad solamente puede estar constituida *para* el hombre, solamente puede respetar todos sus derechos, cuando esos mismos derechos están reconocidos por todos, tanto en su fundamento como en su sustancia, y cuando los deberes correlativos están suficientemente practicados. Por otra parte, la sociedad únicamente puede estar constituida *por el hombre,* cuando cada persona conserva las condiciones exteriores de una verdadera libertad, tanto en el cumplimiento de sus deberes como en el uso de sus derechos. Si estas condiciones se realizan plenamente, cada uno de los miembros de la sociedad familiar y política, en su puesto y con arreglo a su categoría, quiere ser el servidor de todos los demás. Pero desde que uno cualquiera de los miembros deje de renunciar a sí mismo y cese por ello de servir a los otros, sólo le queda servirse de ellos. El frágil equilibrio de la justicia social ha sido roto.

b) Cuando la ley natural es formulada por el hombre, fuera de la Iglesia, tomando como base un método intelectual simplemente natural, en teoría y hablando *simpliciter,* dicha ley natural pudiera quedar intacta. Pero la experiencia de la historia, así como la de la vida, demuestra que, en la práctica, *secundum quid,* se corrompe, en cierto modo, inevitablemente. El mismo Aristóteles no fue capaz de rebasar el estadio de una sociedad sostenida POR la servidumbre de los esclavos PARA asegurar así la libertad de los ciudadanos.

Es necesario destacar que ése es el punto que hace que el examen de los hechos sociales naturales y el análisis de la historia política no lleven *necesariamente,* en lo concreto,

a demostraciones políticas verdaderas, incluso si la razón, con sus solas fuerzas, es capaz de tales demostraciones.

Teóricamente la razón es capaz de eso, igual que *teóricamente* es cierto que «*la razón humana, en teoría, puede verdaderamente con sus fuerzas y su luz naturales, llegar a tener un conocimiento verdadero y cierto de un Dios personal que protege y gobierna al mundo con su Providencia, así como de una ley natural puesta por el Creador en nuestras almas*». Sin embargo, Pío XII prosigue, «*hay muchos obstáculos que impiden que esta razón use eficazmente y con fruto de su poder natural. Las verdades que conciernen a Dios y a las relaciones que existen entre Dios y los hombres rebasan, de manera absoluta, el orden de las cosas sensibles, y cuando tienen que traducirse en obras e informar a la vida, exigen que uno se entregue y renuncie a sí mismo. Para alcanzar semejantes verdades, el espíritu humano tropieza con dificultades, tanto por parte de los sentidos y de la imaginación, como por parte de los malos deseos nacidos del pecado original. De ahí viene el que, en tales materias, los hombres fácilmente se persuadan de la falsedad, o, al menos, de la incertidumbre de las cosas que desearían que no fuesen ciertas. Por eso es necesario afirmar que la Revelación divina es moralmente necesaria para que las verdades religiosas y morales, que de por sí no son inaccesibles a la razón, puedan, en el estado actual del género humano, ser conocidas por todos sin dificultad con una firme certeza y sin mezcla de error*» (9).

Ahí tenemos explicado el motivo por el cual hombres con auténtico genio político no pudieron alcanzar ni siquiera el simple conocimiento filosófico del Dios creador, cuando teóricamente dicho conocimiento puede ser logrado por sólo la razón: es decir, por el mismo poder que deduce las leyes morales y políticas naturales.

Del mismo modo, si las leyes estáticas de la sociedad fuesen verdaderamente leyes físicas, ¿por qué los hombres iban a ser tan poco dóciles en lo que a ellas se refiere, si se inclinan ante las leyes de las reacciones químicas? El empirismo organizador, tal como la ha concebido su organizador, se hubiese impuesto con igual evidencia que las experiencias cruciales de los físicos y de los biólogos.

Ahora bien, *los hechos* nos demuestran lo contrario. El mundo, hoy, está dominado por el comunismo, que es una explicación del devenir social lo más profundamente anticientífica que sea posible. Y sabemos muy bien, que el comunismo no es un error físico, sino un error moral: la negación del derecho natural.

(9) Pío XII: Encíclica *Humani Generis.*

Las leyes a las cuales deben someterse las sociedades son como las leyes a las cuales deben someterse las personas: son morales, y, en esta materia, la razón teóricamente es suficiente. Mas, sin la gracia, prácticamente, en cierto modo, la razón desfallece, y, «*en tales materias, LOS HOMBRES FACILMENTE SE PERSUADEN DE LA FALSEDAD O DE LA INCERTIDUMBRE DE LAS COSAS QUE DESEARIAN QUE NO FUESEN CIERTAS*». Por ejemplo, el impúdico se persuade fácilmente de la inexistencia de Dios; y el envidioso, del carácter puramente histórico y contingente del derecho de propiedad.

c) Por último, cuando a la ley natural se la niega, no sólo como voluntad divina, sino también, y a consecuencia de las reacciones pendulares que hemos evocado, como simple voluntad humana, ya sólo resta fundar a la sociedad en la Voluntad arbitraria del Estado. «Quitada, en efecto, al DERECHO, su BASE, constituida POR LA LEY DIVINA natural y positiva, y por lo mismo inmutable, ya no queda sino fundamentarlo sobre la ley del Estado como su norma suprema, y he aquí precisamente el principio del Estado absoluto» (10). El deslizamiento hacia la izquierda lleva hasta ahí, y este deslizamiento comienza en el mismo momento en que se separa a la creación del Creador. El fundamento del Derecho es Dios.

* * *

Tales son las grandes líneas de la política natural. Resulta evidente que su aplicación deberá de estar subordinada a la Revelación y, particularmente, al espíritu de los consejos evangélicos. Si libremente se aceptan el espíritu de pobreza en la economía social, el espíritu de castidad en el matrimonio y el espíritu de obediencia en la práctica de las responsabilidades sociales, contribuyen a dar a la política natural su pleno valor cristiano.

---

(10) Pío XII: Alocución de 13 de noviembre de 1949.

INDICE

Páginas

PUBLICACIONES DE
EDITORIAL SPEIRO, S. A.
GENERAL SANJURJO, 38 - TELEFONO 2 23 22 39 - MADRID

PARA QUE ÉL REINE (2.ª edición).—Por *Jean Ousset.*
LA ACCIÓN (Deber y condiciones de eficacia).—Por *Jean Ousset.*
EL TRABAJO.—Por *Jean Ousset* y *Michel Creuzet.*
MARXISMO-LENINISMO.—Por *Jean Ousset.*
EL COMUNISMO FRENTE A DIOS.—Por *Marcel Clément.*
FUNDAMENTOS DE LA POLÍTICA.—Por *Jean Marie Vaissière.*
LOS CUERPOS INTERMEDIOS.—Por *Michel Creuzet.*
CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LOS CUERPOS INTERMEDIOS (Actas de la VI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, Madrid, 28-29 octubre, 1967).
FUNDAMENTOS Y SOLUCIONES DE LA ORGANIZACIÓN POR CUERPOS INTERMEDIOS.—Por *Juan Vallet de Goytisolo.*
LOS MITOS ACTUALES (Actas de la VII Reunión de amigos de la Ciudad Católica. Barcelona, 1, 2 y 3 de noviembre, 1968).
PODER Y LIBERTAD (Actas de la VIII Reunión de amigos de la Ciudad Católica, Madrid, 6, 7 y 8 diciembre, 1969).
EL MUNICIPIO EN LA ORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD (Actas de la IX Reunión de amigos de la Ciudad Católica. Las Masías de Poblet y Vimbodí, 30 y 31 octubre y 1 noviembre 1970).
PATRIA-NACIÓN-ESTADO.—Por *Jean Ousset.*
PATRIAS-NACIONES-ESTADOS.—Por *Juan Vallet de Goytisolo, Herbert Gillessen, Félix Caruzzo, Jean Ousset, Henri de Lovinfosse, Marcel de Corte* y *Jean Beaucoudray.*
LA EDUCACIÓN DE LOS HOMBRES.—Por *Marcel Clément, Gustave Thibon, Jacques Trémolet de Villers, Michel de Penfentenyo* y *Jean Ousset.*
¿QUÉ ES LA CIUDAD CATÓLICA?
PRESENTACIÓN DE LA CIUDAD CATÓLICA.—Ponencia del *Dr. J. P. Poulin* al X Congreso celebrado en París en 1960.
LA CIUDAD CATÓLICA.—Breve explicación de su objetivo y actividades.
CRÍTICAS A LA CIUDAD CATÓLICA.—Por *Jean Madiran,* 1.ª y 2.ª partes.
BREVE SÍNTESIS DE MORAL SOCIAL NATURAL Y CRISTIANA.—Por *Miguel Ibáñez Pérez.*
FUNCIONAMIENTO DE LAS CÉLULAS Y CREACIÓN DE NUEVAS CÉLULAS.—Por *A. de Lassus, P. Jobbé-Duval* y *X. Pazat.*
FORMACIÓN DE HOMBRES DE PRINCIPIOS Y DE ACCIÓN.—Por *Gonzalo Cuesta.*
CONOCER, VIVIR Y DIFUNDIR LA VERDAD.—Por *G. Cuesta, J. Ramírez Valido, Juan Miguel Palacios, Rafael Gambra* y *J. A. de Cortázar.*
PUNTOS BÁSICOS PARA LA ACCIÓN DE LOS SEGLARES EN EL MUNDO.—Por *G. A. de Sotomayor, Juan Roig y Gironella,* S. I., *J. M. Gil de Mora, R. Gambra, J. Vallet de Goytisolo, E. Vegas Latapie, F. J. Fernández de la Cigoña.*
LA ACCIÓN DEL SEGLAR EN LA CIUDAD.—Por *Jean Ousset.*
PALABRA Y TESTIMONIO DEL CRISTIANO.—Por *Gabriel de Armas.*
INFLUJO DE LA FILOSOFÍA DE NUESTRO SIGLO SOBRE LA TEOLOGÍA ANTE EL AÑO DE LA FE.—Por *Juan Roig y Gironella,* S. I.
DIÁLOGO SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA.—Por *Joaquín María Alonso,* C. M. F.
LIBERTAD RELIGIOSA: TEOLOGÍA Y DERECHO.—Por *Blas Piñar.*
TRASVASE IDEOLÓGICO INADVERTIDO Y DIALOGO.—Por *Plinio Correa de Oliveira.*
LOS SEGLARES EN LA VIDA PÚBLICA.—Por *Amédée d'Andigné, Henri Rambaud* y *Jean Ousset,* prefacio de *Michel Creuzet.*
LA FILOSOFÍA CATÓLICA EN EL SIGLO XX.—Por *Rafael Gambra.*
LA ESCALONADA MARXISTIZACIÓN DE LA TEOLOGÍA.—Por *Miguel Poradowski.*
ALGO SOBRE TEMAS DE HOY.—Por *Juan Vallet de Goytisolo.*
TEOLOGÍA DE LA GUERRA.—Por *Ricardo Muñoz Juárez.*
EL ORDEN NATURAL Y EL DERECHO.—Por *Juan Vallet de Goytisolo.*
CONTROVERSIAS EN TORNO AL DERECHO NATURAL.—Por *Juan Vallet de Goytisolo.*
HOMBRE-NATURALEZA-LIBERTAD. EN TORNO AL TEMA LIBERTAD Y DERECHO.—Por *Jaime Brufau Prats.*
ALGUNOS ASPECTOS DE LA LUCHA POR LA VERDAD.—Por *Gabriel de Armas.*
ORDEN NATURAL Y SUBVERSIÓN EN EL PENSAMIENTO PONTIFICIO.—Por *Bernardino Montejano (h.).*